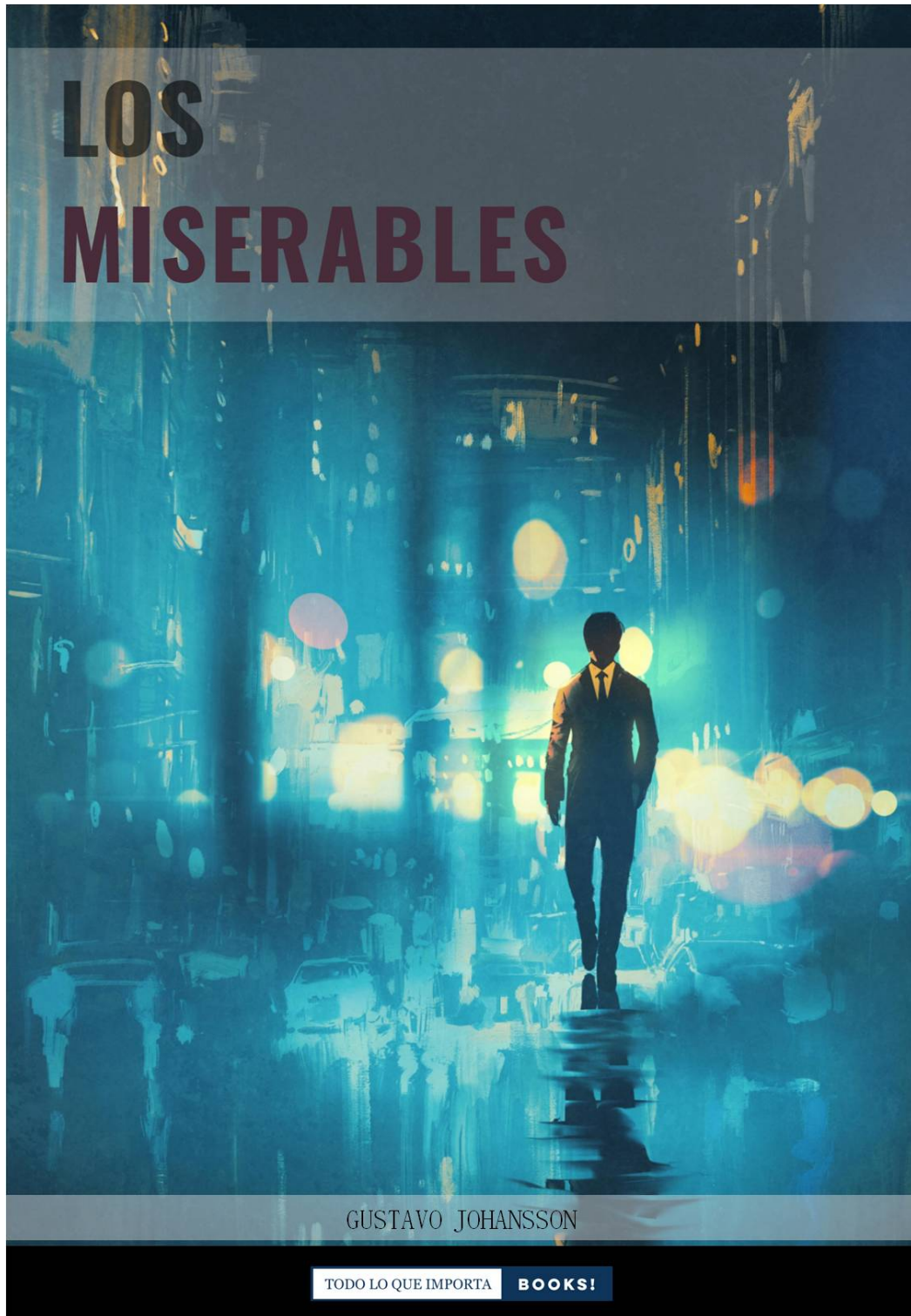


Los miserables

Gustavo Johansson



Capítulo 1

Nota del Autor

Escribir sobre el *Departamento de Asuntos Internos* que controla al *Departamento de Asuntos Internos* que a su vez controla otro *Departamento de Asuntos Aún Más Internos* de la policía,... porque incluso la anti-corrupción, hoy, está corrompida. Escribir sobre el yonqui «colocado» (pero no en un puesto de trabajo de la leche como funcionario en su ayuntamiento). Escribir sobre los polis buenos que aún quedan, porque aún queda alguno, sobre el ladrón honrado y sobre el banquero que un día lo fue, sobre el médico que se mete y sobre la puta que no puede porque no tiene. Escribir sobre maridos abandonados y sobre suicidas sin agallas, sobre la mala puntería del tío ese... *Cupido*, sobre los gatos del barrio que caminan a dos patas, sobre tiroteos *sinsentido*, sobre un contenedor en llamas y sobre el que esconde la mirada bajo la visera de una gorra con publicidad de bebida alcohólica de moda. Escribir sobre una sonrisa por un *sms* sin demasiadas letras. Escribir que el mundo no se acaba porque ya se acabó hace años. Escribir sobre el que ríe porque no llora y sobre el que llora porque ha olvidado cómo reír, sobre heridos de guerra que no han ido a la guerra, sobre poetas en paro y sobre notarios a los que les sobra el trabajo. Escribir un whisky (*solo no, con hielo*) a las nueve de la mañana. Escribir nostalgia. Escribir una fuga de rimel sobre lágrimas en mejillas que sonríen. Escribir «*moriría por ti...*». Escribir sobre una botella de vino sin denominación de origen vacía, sobre el que se la bebió y sobre por qué estaba solo cuando se la bebió, sobre besos sin sabor a besos y sobre quien cancela todas sus tarjetas antes de que quien se las ha robado se las gaste en el «hipódromo». Escribir sobre el que no necesita que le deje una mujer para coger una borrachera. Escribir sobre neveras que sólo contienen botellas de plástico de *cocacola* rellenas con agua del grifo. Escribir sobre una macabra carcajada cargada de ironías, escribir una caída en solitario. Escribir sobre las heridas que nunca cicatrizan, sobre el que se propuso construir un castillo y acabó levantando un edificio de oficinas. Que la amistad y el amor se declararon la guerra hace años, escribir en primavera. Escribir sobre café solo y sábanas frías, sobre esa barba de tres días y sobre fotografías en blanco y negro. Elecciones a hijoputa del gobierno. Sobre calles sin salida y sobre la colilla de un cigarro quemando unos labios de carmín barato. Escribir sobre el sexo sin amor, sobre un farol, un full y una escalera de color. Escribir sobre esa otra copa más. Escribir sobre el que escribe «*te quiero*» en la esquina de una servilleta de papel sobre la barra de aluminio de un bar. Escribir sobre amores que matan y sobre los amores que mueren en los juzgados, sobre un póquer descubierto en un bar de platos

combinados, sobre el que no llega a fin de mes y sobre aquél de quien nadie se lo esperaba, sobre aquél que ya no necesita motivos y sobre el que quisiera tener alguno. Escribir sobre los que van a la huelga y para los que ya no dejan entrar en el bingo.

...

Es más fácil que escribir sobre aprendices de mago, sobre los mamones de los marcianos (porque también los habrá que son unos mamones) o sobre el que descubrió que mezclando plutonio con *prozac* podía abrir portales en el tiempo, viajar al pasado, y además enamorarse por el camino. Es más fácil, porque sólo hay que salir a la calle, sentarse en un banco (con un cartón debajo del culo si es que ha llovido)... y observar.

Capítulo 2

Los miserables

Resulta curioso la de cosas que se te pueden llegar a pasar por la cabeza cuando te han puesto una venda en los ojos y tienes el cañón de una pistola pegado a la sien.

...

Adviertes hasta el más mínimo detalle...

...El acero de la pistola está frío, como cuando eras niño y el médico aquél te auscultaba con el estetoscopio aquél (o cómo diablos se diga); o como cuando todavía estás en la cama, porque es domingo, joder, y llaman a la puerta y te levantas a abrir y vas descalzo, claro, y en tu piso de cuarenta metros sin ascensor con vistas al patio de luces tampoco tienes parqué sino esa mierda de baldosas que cuando lo alquilaste "te vendieron" que eran del siglo pasado y que están condenadamente frías (ijoder, heladas!); o como los besos de Marisa, fríos, cómo el acero...

Adviertes hasta el más mínimo detalle...

¿Cuántos son?... No les he oído abrir la boca.

...Entonces te concentras, y escuchas cómo la bala que va a desparramar tus sesos (los mismos que un día creíste que te harían rico y famoso y que seguramente mañana acabará lamiendo cualquier puto chucho callejero) de repente deja el cargador y se reubica en el cañón de la pistola.

¡Clic-Clac!

...Una puta semiautomática.

Adviertes hasta el más mínimo detalle...

...Cuando te encuentras de rodillas sobre un charco de agua, porque hoy a llovido todo el día, porque la tierra está mojada y porque puedo olerlo, ese olor a sucia humedad. *¡Mierda!...* Entonces ya no sabes si es agua lo que empapa tus pantalones o si es que te has meado encima, porque nunca antes habías estado tan cerca del final, aunque sabías (y joder si lo sabías) que no podía tardar mucho más en llegar.

¿Dónde me han traído?... ¿Un callejón? ¿Un polígono? ¿Un vertedero?...

Entonces daría mi vida por un cigarrillo. Qué ironía. Qué vida. La que me queda. Segundos... En contra de lo que decía mi madre, al parecer, el tabaco no me matará. Y te planteas si te dará tiempo a terminar tu último pensamiento antes de que te metan una bala con la punta hueca en tu hueca cabeza. Entonces te preguntas si es que está (él) esperando a algo o si es que la espera se te hace (a ti, claro) condenadamente larga. Y de esta forma inicias una especie monólogo interno (y condenadamente íntimo), una especie de «vamos a dejar las cosas claras» contigo mismo, y te das cuenta de que hacía mucho que no eras sincero contigo mismo (si es que alguna vez lo fuiste).

Adviertes hasta el más mínimo detalle...

Un gato que maúlla. Los faros de un coche. No estoy en un vertedero. Pasos...

Y de repente... ¡PUM! ¡PUM!

...

Pero lo que realmente hace que te rebanes los sesos durante las próximas décimas de segundo es... por qué no son los tuyos los que manchan tus pantalones... ¿Por qué... Coño... Sigo... Respirando?...

Capítulo 3

Cardona (...hace cuatro meses)

Primero la forzó, y después... la mató. Todos lo sabían, lo sabían muy bien. Lo sabía la señora Bermellón, la portera. Lo sabían el señor y la señora Carmesí, vivían en el piso de arriba y ella siempre trataba de no coincidir con él en el ascensor, por lo que a menudo subía por las escaleras. Lo sabían los Granate, que vivían enfrente y que estaban hartos de oírlos discutir, todos los días... Todos... Todos lo sabían. Pero no existían pruebas y aquel GRANDÍSIMO hijo de puta quedó en libertad sin cargos. Su abogada lo felicitó: una mujer alta, con la frente muy alta, la lengua muy larga y la falda muy corta[1]. ¡Mierda!... A veces pienso que tendría que darles a sus abogados la misma medicina que a ellos, pero por esa regla de tres habría que cargarse a medio mundo, empezando por los políticos que nos gobiernan (o eso dicen) y luego tendría que pegarme un tiro porque tampoco yo estoy libre de culpas. Joder, por esa regla de tres... sólo quedarían niños (y borrachos) en el mundo.

Cardona se arrebujo en su gabán y tiró de las solapas del cuello hacia arriba cuando cayeron las primeras gotas de lluvia. Su cabello, de un castaño claro, desgredado y lo suficientemente largo como para que le cubriese la nuca y se confundiese con su barba de tres días (que sólo se afeitaba una vez empezaba a picarle y se pasaba el día entero rascándose el cuello como afectado por algún tipo de alergia) le conferían un aspecto del que cualquiera desconfiaría; sus ojos, igualmente castaños, con aquella hendidura en su ceja izquierda que dividía su vello ahí en dos partes y que tantas mujeres en su vida habían tachado de rabiosamente morbosa... así como su mirada, fría y rasgada, no ayudaban a suavizar su aspecto, como tampoco ayudaba a ello su fuerte constitución (aún, a pesar de sus cincuenta y siete recién cumplidos) de casi metro noventa de alto y noventa y ocho kilos de peso.

Cardona cerró las solapas de su abrigo entorno al cuello y suspiró. Esta era una lluvia fina, casi imperceptible, casi la agradecía. Podía verla caer si se fijaba en la única farola que alumbraba aquel maldito callejón y que emitía una luz tan tenue como la luz que alumbraba su vida; la luz de la farola brillaba intimidada por la oscuridad de la noche y quedaba reducida a un solo halo amarillento, igual que el foco de un circo de tres pistas antes de su última función. A través de ella podía ver la lluvia caer, podía verla caer entre los adoquines de aquella condenada calle del casco antiguo de Barcelona (de aquella Barcelona condenada), sobre las calles que se habían convertido en su jurisdicción particular desde que dejara el cuerpo para unirse a otro aún más sórdido; podía ver las gotas caer y

morir en el asfalto, húmedo, y lo que sintió se le antojó amargamente familiar y suspiró. Hasta que vio a *cam* (así lo llamaban) cruzar por debajo de aquel haz de luz amarillenta, llevándose consigo aquella lluvia caprichosa y de repente mortecina como si de un mal presagio se tratara.

Cam iba vestido igual que había acudido a los juzgados aquella misma mañana (con uno de esos chándales negros con rayas blancas que recorren el pantalón de las caderas a los tobillos y en la espalda el nombre sin gancho de un equipo de fútbol de tercera división). Cubrió corriendo los últimos pasos que lo separaban de *La noche a partir de las diez*, uno de esos sitios, sabía Cardona, de los que a menudo uno tiene que declarar que no conoce, pero que conocen muy bien los perros más perros de la ciudad, esos para los que el día comienza cuando anochece. Y cuando hubo entrado, cuando por fin la puerta del bar se cerró tras él, Cardona se dirigió a *La noche*...

Cuanto más se acercaba más calor sentía en sus entrañas.

El calor de sus miedos, quemándole la sangre.

El calor que reinaba en aquel tugurio indeseable que un día juró que jamás volvería a pisar.

El calor de lo que estaba por venir.

Y entonces abrió la puerta y dejó que la lluvia limpiara un instante el pequeño rellano que daba a la barra del bar antes de entrar, y suspiró y maldijo y entró y soltó la puerta que se cerró de nuevo tras él amortiguada por algún tipo de resorte, ahogando finalmente el murmullo de la lluvia cayendo del otro lado.

Se diría que había más luz afuera que en aquel condenado lugar. Un *radiocedé* sobre una silla al lado de la entrada escupía notas de jazz acompañadas de una voz femenina con la garganta cargada de nicotina, las paredes adornadas con las fotos enmarcadas de viejas glorias de la música negra de finales del siglo pasado y en la barra viejas glorias de nuestros días que fueron alguien hace tiempo pero que ya nadie recuerda. A ambos lados de la barra reservados de esos de mullidos sofás de apagados colores para que quien compre lo que sea que no esté permitido vender pueda tener enfrente al abogado del diablo con las manos encima de la mesa y la mirada clavada en la suya, y sobre sus cabezas ventiladores de esos de cuatro aspas que se mueven con la fuerza justa para sólo hacer circular el aire. El ambiente cargado de humo y de malos modos y de absurdas supersticiones de esas que siempre acaban matando a alguien; los rostros de la gente nadaban en un mar de sombras y sus miradas de gato lo seguían cuando pasaba por delante de cualquiera de ellos, algunos callaban hasta que pasaba de largo, otros continuaban hablando, conversaciones que eran sólo un puñado de siseos. Mientras el

barman limpiaba con un paño sucio la barra ennegrecida por el paso de los años y el alcohol.

Cam se había pedido una cerveza y permanecía sentado a una mesa cerca de los baños. En lugares como aquél, como todos los que allí acudían sabían, la gente tan sólo va al baño para meterse, y todos allí sabían, también (y muy bien), lo floja que tenía *cam* la nariz. Entonces se encontraba solo, como esperaba, «...y seguramente también colocado» se dijo Cardona. Y sin más dilación y menos tonterías se dirigió hacia él, le perdonó la vida de soslayo y se sentó delante suyo.

Cam lo observó un instante. Se lo quedó mirando fijamente durante casi un minuto (un minuto condenadamente largo), aguardó como el que trata de dar a entender que nada le importa (porque así era) y finalmente chasqueó la lengua en un gesto de aspaviento y le preguntó:

—¿Eres Cardona?...

Cardona asintió levemente, después dirigió la mirada a la barra, levantó la mano y llamó al *barman*.

Se le acercó el mismo chico que limpiaba la barra, con los pantalones caídos y uno de esos peinados de moda que dan la sensación de que uno se haya acabado de levantar hace sólo unos minutos.

—¿Sí?...

—Un bloody mary.

—¿Qué cojones es un bludimeri?...

—Tráeme un vodka, el que tengas, me da igual, con zumo de tomate de tetrabick, que de eso seguro que tienes. Porque tienes, ¿verdad?...

—Eso sí...

—Pues entonces sólo tienes que mezclarlo.

...El chico se retiró y los dejó solos otra vez.

—Por qué me has llamado... —preguntó *cam* de nuevo, impaciente— ¿Qué coño de pruebas son esas de las que me hablabas?... Hoy me han declarado inocente ¿Lo sabías?...

—...Le diste su merecido —le dijo Cardona por fin— ¿Verdad?... —y se llevó un cigarrillo a la boca, lo encendió con sumo cuidado y el humo de su primera calada trepó hasta el techo agarrándose al haz de luz amarillenta que colgaba por encima de sus cabezas encerrándolos en un

círculo de muerte— ¿Verdad?...

—Casi le hice un favor a esa zorra —le respondió *cam*, porque el hombre que tenía enfrente lo sabía, porque todo el mundo lo sabía, porque le daba lo mismo— ¿Te conozco?... —vaciló un momento— Tu cara me suena...

—No. No me conoces.

—Entonces de qué pruebas me hablas. ¿Eres detective, o algo así?...

Pero Cardona no le contestó, insistió:

—¿Por qué lo hiciste?...

Entonces *cam* rió, y se regocijó en sus carcajadas, como el asesino que era y que ríe cuando le recuerdan lo que ha hecho.

—¡Joder!... No tienes pruebas, de nada —continuó con una burda sonrisa enmarcándole la cara, desviando la vista al techo— ¿Verdad?... Joder... Eres un puto morboso —y volvió a clavar su mirada en él— ¿Qué eres? ¿Un maldito periodista? ¿Escritor o algo así?... —comenzó a reír de nuevo, más fuerte esta vez.

—...¿Por qué lo hiciste? —insistió Cardona una vez más. Otra calada, otra cortina de humo, otra mirada rasgada.

Entonces *cam* pareció saltar de repente, volvió a desviar la vista y la devolvió al frente otra vez, rápidamente. Lo atravesó con la mirada...:

—¡Oye!... ¡La quería, ¿vale?!... —le dijo como el que grita queriendo bajar la voz al mismo tiempo— ¡Escribe eso en tu condenado libro! —apuntó con su dedo índice sobre la mesa.

En aquel instante se les acercó el *barman* y le dejó a Cardona su copa sobre la mesa, sangrienta como una puñalada.

—Su... bludiloquesea,... señor...

—Gracias.

Y volvió a dejarlos solos. Su *bloody mary* entre los dos, roja, los ojos de uno inyectados en sangre, los del otro con las pupilas demasiado dilatadas por culpa de tantas frustraciones y de tanta coca.

—Puedes irte al cuerno —pronunció *cam* de nuevo, al cabo, cuando decidió que aquella entrevista («o lo que cojones sea» pensó) había terminado. Pero de repente la expresión de su cara se transformó en una mueca de dolor, y de asombro, y frunció el ceño y abrió la boca, como si

quisiese decir algo más, pero no asomó una sola palabra más a sus labios temblorosos —Hijo de puta... —ladró después de unos segundos, y parpadeó dos, tres veces...

—Deja que yo también te haga un favor —le dijo Cardona entonces colocando sobre la mesa un cuchillo de medio metro de largo pringado de sangre, después apagó la colilla de su cigarrillo con ella, coagulándola, como los viejos sellos de cera que se cerraban con fuego (la sangre estaba caliente, se dijo, podía notarlo en la palma de su mano manchada de rojo).

—Eres el guarda, el condenado guarda que había en la sala, ahora me acuerdo... —lo reconoció *cam* en aquel instante— ¿Por qué?...

Entonces Cardona sonrió irónicamente.

—¿Porque te quiero?... —le dijo, y le colocó la palma de la mano sobre una de sus mejillas y lo ayudó a apoyar la cabeza sobre la mesa. Su índice y el corazón manchados de sangre dejaron en su rostro un macabro tatuaje, como el de un indio salvaje de una de esas viejas películas del oeste; sonrió— Yo también te quiero —le dijo otra vez— Hijo de puta —le susurró al oído cuando su expresión desencajada descansaba ya al lado de su última cerveza.

—Vete al infierno...

—Tú primero —le susurró Cardona de nuevo. Algún día también él iría al infierno, seguro, se dijo, de eso no tenía duda. Pero antes enviaría allí a tantos condenados como *cam*, o como aquel otro de hacía unas semanas, y como al que le tocara mañana, y pasado mañana, o como su padre (si hubiera tenido la oportunidad),... a tantos como le fuera posible para no sentirse solo cuando él finalmente también bajara. Claro que antes que todo eso tendría que ir a ese maldito polígono en las afueras que decía la carta que había recibido esa misma mañana— Tú primero —le dijo otra vez mientras la mirada de *cam* se perdía en un punto fijo en ningún lugar a sus espaldas— Tú primero —entonces le puso en la mano la cerveza que estaba tomando antes de que llegara, se acabó su copa de un trago, dejó un billete y unas monedas sobre la mesa, se puso en pie y se marchó.

[1] De *19 días y 500 noches*, de Joaquín Sabina.

Capítulo 4

Tián

«...¿De dónde vienes?» su voz le llegó por sorpresa, como si acabasen de abrir una caja liberándola de su largo cautiverio, como siempre. Esperaba no despertarla, como siempre...

Tres palabras en la oscuridad de su pobre habitación que salieron de sus labios empujadas por un bostezo incompleto.

«...¿Dónde has estado?» siempre las mismas preguntas, siempre tres palabras, y siempre la misma respuesta:

—Sigue durmiendo.

Tosió llevándose la mano a la boca con tal de no hacer demasiado ruido. Después se sentó a los pies de la cama. No encendió la luz, sólo se descalzó, y suspiró...

—Tián...

—Sigue durmiendo.

Se frotó la mandíbula con el dorso de la mano, pensó que podría estar desencajada y que después de aquella noche sería difícil que tantos dientes siguieran en su sitio. Y entonces sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo...

Oh, Lucy...

Hasta que notó su abrazo alrededor de su pecho, la había vuelto a despertar.

—Sigue durmiendo Lucy...

—Tián... —murmuró ella. Y apoyó una mejilla sobre su espalda y lo besó en la nuca.

Pensó que su abrazo era su mejor medicina, mejor que tantas drogas de diseño de mierda, y entonces cerró los ojos dejando que su calor invadiera su cuerpo.

Lucy...

Y notó cómo se le tensaban los músculos del pecho, del abdomen, la entrepierna,... cuando su calor se contagió a la sangre que le bajaba por las piernas mientras ella iba desabrochándole los botones de la camisa que después tiró hacia atrás y dejó que le resbalara por los hombros. Entonces sus besos recorrieron su espinazo, arrancándole un gemido cada vez que sus labios se pegaban a su carne y a sus castigadas costillas, hasta su cintura... Hasta que acabó echándose sobre las sábanas, frías al contacto de su piel desnuda, mientras ella buscaba sus ingles.

Tián fijó la mirada en el techo del dormitorio de Lucy, oscuro como la noche, sin una sola estrella, y entonces las lágrimas asomaron a sus pupilas, y brotaron y las anegaron hasta acumularse entre sus párpados para acabar finalmente desbordándose, recorriéndole las mejillas hasta caer sobre las sábanas, para secarse, y para morir, como moría él cada día de su vida.

Se despertó de pronto, con un grito que murió en su garganta un instante antes de nacer, sobresaltado, angustiado... (*¡Un sueño! ¡Sólo un sueño! ¡Un mal sueño!... Nada más que eso...*). Tenía los cabellos empapados de sudor, al igual que su almohada, volvía a tener pesadillas.

Se quitó de encima las sábanas, se levantó y se apresuró a buscar sus ropas esparcidas por toda la habitación.

Lucy seguía dormida, hecha un ovillo en la cama, pero enseguida despertó también y se lo quedó mirando, contemplando su impecable desnudo recortado por la tenue luz del día que empezaba y se filtraba a través de sus cortinas con estampado de flores azules. Pensó que era un hombre rabiosamente atractivo, a pesar de su edad que ignoraba pero que presumía rondaba los cincuenta, al igual que presumía que en su juventud se había dedicado a algún deporte de forma profesional (tal vez fútbol, o atletismo); su espalda era un muro de piedra y sus hombros parecían las atalayas que custodiaban ese muro, tenía el cabello rubio, entrecano, y lo llevaba tan corto como un oficial militar en tiempos en que el servicio militar lo hacían hombres de verdad. Su mirada era de un gris que no dejaba entrever ningún sentimiento, algo que le daba un aspecto impresionable, algo que a Lucy le parecía sensible a la vez que seductor y que la volvía loca.

—¿Te vas?... —le preguntó.

—Tengo que irme —le dijo Tián mientras se abrochaba apresuradamente los pantalones y buscaba su camisa con la mirada, escrutando cada rincón

de la habitación de Lucy. *¿Dónde cojones?...*

—Está colgada del galán —pronunció Lucy intuyendo qué andaba buscando.

Ahí estaba su camisa, colgada del galán de noche, pero no precisamente como la llevaría un galán: arrugada y con esos enormes manchones de sangre seca que la recorrían del cuello hasta uno de los puños.

—Mierda...

—Voy a hacer café —pronunció Lucy al cabo, mientras se levantaba dejando que las sábanas le resbalasen por el cuerpo, recorriéndolo, acariciándole con suavidad los pechos y el vientre y los muslos, sus pálidas curvas como las de una de esas muñecas de porcelana de mirada triste, de piel blanca como la nieve; mientras se levantaba dejando que su larga cabellera negra le bajase hasta la cintura haciendo que en Tián se despertasen de nuevo los mismos instintos salvajes y pasionales de la pasada noche. Después se envolvió en su bata y salió de la habitación dejándolo solo.

Cuando Tián entró en la cocina, desnudo de cintura para arriba y se apoyó en el umbral de la puerta, la cafetera silbaba y dejaba escapar una larga humareda pidiendo a gritos que la retiraran ya de los fogones. Enseguida Lucy corrió a coger uno de sus viejos paños que colgaban del asidero del horno para depositarla sobre la mesa, sobre uno de esos salvamanteles con cenefas de colores de su madre que tanto le gustaban. De la calle les llegaban los murmullos de una ciudad que nunca duerme, del tráfico de las ocho, una sirena, un perro ladrando...

—¿Adónde has de ir?... —le preguntó ella, al rato.

—He recibido una carta.

—Hoy nadie escribe cartas, ¿no has oído hablar del *e-mail*?...

—Pues quien me ha enviado esa carta —dilucidó Tián un segundo, y tosió antes de seguir hablando—... Aún escribe cartas.

—Y, ¿quién es?...

—No lo sé.

—¿Adónde has de ir?...

—No lo sé.

—Nunca sabes nada —se quejó Lucy de repente— O no quieres saberlo. O no quieres que yo lo sepa...

—Sé que es fuera de Barcelona. Eso es todo.

Entonces Lucy le dio la espalda, se sirvió una taza de café y se encendió un cigarro, murmuró «joder», aspiró profundamente y escupió humo al mundo.

—¿Estarás de vuelta esta noche? —le preguntó otra vez.

—No lo sé.

Capítulo 5

Cardona

—¿Me pones otro, Elías?... —pidió Cardona empujando su vaso con sus dedos índice y medio sobre la barra hacia el camarero, sin dirigirle la mirada, mientras leía los titulares del periódico de la mañana.

—No debería —se quejó Elías entonces rellenándole la copa de bourbon desde detrás de la barra— Joder, que esta es la cuarta... ¡Y la última! ¡¿Estamos?!... —lo advirtió— ¡Coño, Diego, que aún no son ni las diez!

Aún no había otros clientes en *El Celler* aquella mañana gris de mayo, demasiado temprano: las sillas aún sobre las mesas y la mitad de las luces aún apagadas, igual que las tragaperras, el suelo todavía limpio del día anterior, la barra vacía y Elías aún de malhumor. Elías refunfuñaba desde su puesto detrás de la barra, un tipo alto y en extremo delgado que siempre (o casi siempre si es que el dueño de *El Celler* no estaba, lo que era bastante habitual) se empeñaba en ir con la camisa por fuera de los pantalones. Tenía el pelo rubio, largo y recogido en una cola, unos enormes ojos marrones y un pendiente en forma de cruz que le colgaba del lóbulo de su oreja izquierda. Cardona lo conocía desde hacía años y sabía que era un buen muchacho, que si estaba de malhumor era por tener que madrugar para ir a trabajar (*como les pasa a la mayoría de los chicos de su edad, joder*); sabía que pronto se le pasaría. Se llevó el vaso a los labios y bebió...

Bourbon barato, policía viejo, matón solitario.

Y en la primera plana de *El País*:

Hallado el cuerpo sin vida del maltratador Camilo «cam» Fonts en un bar del Borne de Barcelona.

Echó otro trago y continuó leyendo por encima la noticia:

Apuñalado... Encontrada el arma del crimen junto al cadáver... Posible ajuste de cuentas... La policía sospecha que la víctima conocía a su asesino. Rápido análisis que desvela que Fonts había consumido drogas antes de ser asesinado.

—Hoy el mundo es un poco mejor que ayer —murmuró Cardona en un suspiro, casi sin darse cuenta de ello, después de acabarse su bourbon de

un trago y de ponerse pie.

—¿Cómo dices?... —inquirió Elías desde el otro lado de la barra.

—Elías... —preguntó Cardona cambiando de tema mientras sacaba unas monedas que dejó sobre la barra al lado de su última copa de la mañana— ¿Has visto a Mayo, últimamente?...

—¿A Mayo?... No. Hace mucho que no viene por aquí —le respondió el camarero que secaba unos vasos sin apartar la vista del televisor que tenía colgado del techo a sus espaldas y que acababa de poner en marcha; en directo los formulas uno iban y venían más deprisa que los latidos de Cardona de la noche anterior, y anunciaban en una esquina de la pantalla *Peter Pan* a las diez— ¡Ese Alonso es la polla! —rió el barman sin intención de preocuparse por otra cosa.

—Pues salúdale si lo ves. ¿Quieres?... —le pidió Cardona sin esperar una respuesta, y después de eso se dirigió a la puerta.

—Descuida —le dijo Elías con la mirada aún clavada en la pantalla del televisor— ...Cuídate Diego.

Cuando Cardona salió a la calle sintió que volvía a caminar por el mundo real. Y pensó que le gustaría ver esa película, y a continuación casi se rió de sí, porque en su infancia no había habido tiempo para cuentos, ni para sueños, porque nunca tuvo nada con lo que soñar.

...Porque Nunca Jamás no existe.

Ni existe el País de las Maravillas de la tal Alicia.

Ni el del mago de Oz de la Dorothy esa.

No existen los magos.

Ni los políticos que de verdad piensen en arreglar... «esto»

El qué... El mundo... Este mundo.

No existe el amor, sólo bourbon barato y noches sin dormir.

Porque sólo existe esta Barcelona gris que hay de limpiar de cuatro tiros en la cabeza.

—Joder... —murmuró mientras buscaba sus cigarrillos en los bolsillos de

sus pantalones. Y entonces echó a andar, mezclándose con los tonos blancos y negros, apagados y melancólicos de la ciudad condal.

Capítulo 6

Ángel

—...¿Es que intentas redimirte, o algo así? —le preguntó el Padre Manuel a Ángel cuando al fin se deshizo de sus confesantes: De la señora aquella que siempre iba vestida de negro y que creía que no sabía que era la María, de *el perleta* quien no enlazaba un domingo con otro sin haberla liado de nuevo (en esta ocasión a punta de navaja en una farmacia), del señor Montsiac que le era infiel a su mujer con la María quien creía que en realidad la amaba y del doctor Brull que había vuelto a utilizar sus propias recetas para meterse de todo aquel fin de semana.

A sus veintipocos años Ángel pensaba que ya había vivido lo suficiente, como si se hubiera hecho viejo sin que le permitiesen darse cuenta de ello. Era un chico alto y de complexión atlética, lo que en su adolescencia le sirvió para soñar con convertirse en jugador de baloncesto profesional algún día, pero eso fue antes de que las cosas comenzaran a torcerse de verdad. Tenía los ojos pequeños y azules, la nariz pequeña y la boca pequeña, algo que, al parecer, gustaba a las mujeres que tan poco le costaba llevarse a la cama; su cabello greñado, tan rubio que casi parecía blanco, era otro de sus encantos que se empeñaba en ocultar casi siempre bajo una gorra la mayoría de las veces con la visera recortada.

—Hola, Padre... —lo saludó Ángel mientras terminaba de liarse un porro encaramado a la barandilla metálica de las escaleras de piedra de la Iglesia.

No había dejado de llover en toda la noche, una lluvia fina al principio que no tardó en convertirse en una aciaga tormenta, con lo que el día había amanecido limpio, de aire fresco; los niños no cesaban de corretear frente a las puertas de la iglesia mientras sus padres suspiraban porque al fin había terminado la misa y reían con hipocresía cuando se citaban con sus amistades para tomar algo antes de ir a comer; había un coche fúnebre aparcado cerca de la entrada principal, los había que lloraban y que hacían ver que lloraban (*«alguien que por fin termina con toda esta mierda»* se dijo Ángel) y un hombre tullido que no estaba tullido y que pedía limosna para los cuatro hijos que no tenía. Mientras el sol seguía lidiando con las nubes para pasarse por Barcelona aquel día.

—No me llames «padre»... —le imploró el Padre Manuel por enésima vez desde el día en que se puso la sotana— Últimamente vienes mucho. Pero eres mi hermano, y te conozco, joder si te conozco —le dijo, y lo miró directamente a los ojos en una mueca cargada de aspaviento— Dime que

coño pasa.

—Dímelo tú —le pidió Ángel— Acabas de terminar las confesiones, ¿verdad?... —y se llevó el canuto a la boca y lo encendió y aspiró profundamente, exhalando una larga bocanada de humo, contaminando la mañana.

—No creo que te interese la mierda que tengo que aguantar de todos esos lameculos.

—Dices muchas palabrotas para ser un cura —le dijo Ángel en tono acusatorio, señalándolo con los dos dedos con que sujetaba el canuto.

—A la mierda —gruñó su hermano, y rieron. En el mismo instante en que el señor Montsiac pasaba por delante de ellos, saluda a Manuel con la cabeza y éste le devolvía de igual forma el saludo con la sonrisa en los labios.

—Se ha vuelto a cepillar a la María, ¿verdad?... —pronunció Ángel en cuanto se hubo alejado unos metros.

—Esa mierda que te fumas hace que te imagines cosas —lo increpó su hermano.

—Vamos, cuéntamelo... —le imploró con una sonrisa socarrona y el humo de su última calada saliéndole por la nariz.

—No puedo... —pareció molestarse de pronto Manuel— Que es secreto de confesión, joder.

—Menudo hijo de puta —rió Ángel observando de lejos ya al señor Montsiac— Ya le pusiera yo las manos encima a la María.

—¡Joder, Ángel!... —saltó de repente su hermano— ¡Que podría ser nuestra madre!...

—*Gallina vieja hace buen caldo*. ¿No lo habías oído?...

—Qué quieres... —lo instó a cambiar de tema Manuel pasados unos segundos.

Ángel aún tardó un rato en contestar, observó el coche fúnebre que ya se iba, murmuró *joder* y llenó los pulmones de aire, murmuró *joder* de nuevo, dio otra calada, aspiro humo, escupió humo y le dijo:

—Tengo que irme fuera, esta noche —le explicó— ¿Puedes quedarte con la

niña?...

—¿Adónde tienes que ir?... —inquirió Manuel.

—Fuera de barna, a un polígono de no sé qué, no sé, por trabajo, he recibido una carta —alegó Ángel con despreocupación después de otra calada tan larga que esta vez casi coloca también a su hermano.

—Tú no tienes trabajo —señaló entonces Manuel como si fuese imposible que nadie fuese a emplearlo algún día.

—Ahora sí. Bueno... —titubeó un instante— En realidad es sólo una entrevista.

—Una entrevista —repitió Manuel, y arqueó una ceja, interrogante— Y ¿de qué se trata?...

—¿Puedes quedarte con la niña o no?... —insistió.

—Joder, Ángel... —se quejó su hermano, como siempre— Ten cuidado en qué te metes... ¿Quieres?...

—Gracias —musitó Ángel poniendo de nuevo los pies en el suelo— De verdad, muchas gracias. Le diré a Maca que después de clase vaya a tu casa.

Pero Manuel sólo le dedicó una de sus muecas de «*me tienes hasta los huevos*».

—Con tanto cura pederasta y tu hija cada dos por tres en mi casa... —le dijo—, al final me vas a buscar un lío.

—No es pecado ser cura, ni tampoco un puto desviado —le dijo Ángel— Pero las dos cosas no casan. Aún así me la sopla en que lado de la acera deis misa —casi consiguió hacerle reír— Pero si fueras un maldito pederasta, o lo que sea, además de cura... —le dijo también—, y encima le comieras la olla al pequeño Miqui, por no decir otra cosa, porque al pequeño Miqui no lo llaman «pequeño» por ser un tío bajito y con bigote sino porque sólo tiene doce años —puntualizó—, seguramente acabarías dando las campanadas con la chola.

—¿Es que te has enterado de lo del Padre Ignacio?... —le preguntó Manuel, ¿por qué no le sorprendía?

Ángel aguardó un instante y dio otra calada sujetando el *peta* entre sus dedos índice y pulgar, desvió la mirada un segundo al campanario y dijo:

—¿El qué? ¿Que lo encontraron colgado del campanario?...

—¿Y tú sabes algo de eso?... —inquirió Manuel de nuevo, aunque en realidad no era una pregunta, nunca lo eran.

Pero Ángel sólo se encogió de hombros, mató el *peta* y le dijo:

—Le diré a Maca que vaya a tu casa, ¿vale?...

Capítulo 7

Cardona

La dirección en la carta hacía referencia a un polígono como cualquier otro, con un montón de naves, algunas de empresas de esas que todo el mundo conoce porque anuncian sus productos en televisión y de las que te preguntas cómo narices pueden amortizar un anuncio de esos que cuestan tantos millones si sólo venden galletas de mantequilla con perlititas de chocolate; la mayoría de esas de las que nadie ha oído hablar jamás pero de las que un día cualquiera te enteras que se dedica a la producción del plástico que se utiliza tan sólo para recubrir la punta de los cordones de los zapatos con cordones y que quien se dedica a eso está forrado, porque el mundo está lleno de empresas que se dedican a fabricar cosas a las que nadie presta atención, pero que hacen obscenamente rico a alguien, porque todo el mundo lleva zapatos y casi todo el mundo zapatos con cordones.

Cardona se acercó a la nave que indicaba la carta, ésta parecía abandonada, las ventanas estaban tapiadas y la entrada era una enorme puerta metálica que seguramente servía, o sirvió, para la entrada de camiones. Cerca de ahí había una enorme tarima de hormigón de unos dos metros de alto para la descarga de mercancía desde la plataforma de un camión que daba a otro acceso por el que ningún vehículo de esas dimensiones podría entrar. Los alrededores también parecían abandonados, y ahí en donde un arquitecto un día creyó que un trozo de césped alegraría la vista a los empleados del lugar... sólo quedaba un montón de matojos amarillentos, latas oxidadas, preservativos y otras clases de plásticos.

Entonces encontró el lugar.

Aún faltaban unas horas, pero ya estaba anocheciendo, y pensó que no podía dedicarle a aquello mucho más tiempo, sobretodo porque intuyendo de quién era la carta que había recibido (si su intuición no lo engañaba, lo que era bastante habitual) antes de la hora aquel lugar estaría atestado de gente por todas partes, gente de esa que está ahí pero a la que no puedes ver, porque, si su intuición no lo engañaba, aquella gente sabía hacer muy bien su trabajo y no era buena idea que lo vieran merodeando por ahí antes de tiempo.

Así que se acercó a un enorme contenedor con ruedas que se encontraba a escasos metros de la entrada principal, observó en derredor una vez más y, cuando estuvo seguro que nadie lo vigilaba (aún) se agachó, sacó una bolsa de papel de uno de los bolsillos de su chaqueta, la abrió y

comprobó una vez más que su interior siguiera siendo el mismo,... que su vieja *beretta* de nueve milímetros (la NO reglamentaria) siguiera ahí, porque todo «buen» policía (o por lo menos así era cuando él era policía) tenía que tener un arma no reglamentaria además de la que le entregaban cuando ingresaba en el cuerpo.

Entonces volvió a envolverla con la bolsa de papel, después la dejó en el suelo detrás del contenedor apoyada sobre una de sus ruedas, volvió a mirar a su alrededor, se puso en pie y se marchó.

Capítulo 8

Toni

—...¿Adónde *vamo*? —podía ver su cara vieja y picada de viruela a través del espejo retrovisor; y más allá, reflejada también sobre el espejo: la noche, y las calles oscuras de una Barcelona de por sí siempre oscura, y más allá aún su última historia de amor, encendiéndose un cigarrillo, otra vez en su esquina, en su esquina de siempre.

Pero antes que todo eso podía ver su cara, su cara vieja y picada de viruela («*su cara de grandísimo joputa...*» pensó) a través del retrovisor, acomodándose en el asiento trasero de su taxi al tiempo que se llevaba un cigarrillo a la boca y se palpaba con ambas manos los bolsillos del pantalón en busca de un mechero o unas cerillas.

—No se puede *fumá* en el *tasi* —lo advirtió Toni.

Entonces aquél lo miró como si acabasen de decirle algo imposible de creer, clavando su mirada en Toni a través también del espejo retrovisor; aguardó un instante y le dijo:

—...Vamos —y casi se rió de él— ¿Lo dices en serio? ¿De verdad?... ¡Venga ya! ¡No me jodas! ¡¿quieres?!... —era un tío enorme, uno de esos tíos tan gordos que después de subirse a un taxi soplan como si acabasen de realizar el mayor de los esfuerzos, uno de esos tíos tan-tan-tan gordos que visten traje y corbata pero que nunca consiguen mantener la camisa por dentro de los pantalones más de dos minutos seguidos. Desclavó por fin sus ojos de los de Toni sobre el espejo y desvió la mirada a la cajetilla de cerillas que ya tenía entre las manos y añadió, acentuando cada palabra— No. Me. Jodas —y terminó después en voz baja aunque no lo suficiente como para que Toni no lo oyese— Sudaca de mierda...

Entonces se encendió el cigarro y aspiró profundamente llenando de humo la cabina del coche.

Toni lo dejó estar, murmuró un «*okey vale*» que no hubiera convencido a nadie, después se pasó la mano por su larga cabellera negra y taladró con su mirada de ojos negros como el carbón a aquel *gordo cabrón* en un momento en que concentrado en el tabaco ya no observaba al taxista.

Gordocabronjodeputamamón...

Toni tenía el color de la piel tan oscuro como el de sus iris, y la gente a menudo pensaba que era de procedencia suramericana cuando en

realidad era un chico delgaducho del sur de Cádiz que aún no estaba del todo seguro de cómo narices había terminado recalando en Barcelona; por ello, desde siempre y «*ien esta sociedad tan de buen rollo y donde tol mundo se quiere tanto!*», como él decía, ya se habían dirigido a él como «*sudaca de mierda*» en otras ocasiones, y cuando eso ocurría se sentía realmente en consonancia con el pueblo suramericano, desdeñaba de la capacidad del hombre de despreciarse así unos a otros y (isobre todo!) experimentaba unas ganas locas de reventarle los morros a quien fuera que se lo acababa de soltar.

Pero en esta ocasión se contuvo, cerró un instante los ojos y respiró hondo (tan sólo un momento, una décima de segundo), tras lo que volvió a preguntar:

—¿Adónde *vamo*?...

—A la calle Industria.

—...¿A qué altura? —arrancó.

—Tú conduce —le dijo aquél, y echó una calada y avivó las brasas de su cigarrillo que iluminaron por un instante la oscuridad en que vivía y moría todas las noches el interior de su viejo taxi *uno-punto-uno*— Hay un local... —habló de nuevo, al rato. Otra pausa, otra calada...— Quiero que me esperes fuera. Tardaré sólo unos minutos. Tengo que ir a unos cuantos sitios esta noche.

—¿*Negosios*?... —le preguntó Toni de repente, complaciente, oteándolo a través del espejo retrovisor como si no le importase en absoluto. Pero de repente, se dijo, sí que le importaba, de repente le importaba saberlo TODO de aquel individuo.

—Puedes llamarlo como quieras —le respondió aquél.

—¿A qué se dedica? —y se paró en un semáforo y aguardó y arrancó de nuevo.

Entonces aquél arqueó una ceja que enseguida ocultó tras el humo de su siguiente calada.

—Negocios... —le dijo en el tono más seco que fue capaz de lograr— Sólo eso.

Lo mismo hubiera dado si le hubiese dicho «*no se te ocurra volver a preguntarlo*». Pero Toni giró a la izquierda y cogió Diagonal por el lateral, e insistió...:

—¿Qué clase de *negosios*?... —por un momento creyó verlo sonreír, no le contestó— ¿Regenta un bar? ¿*Droga*? ¿Qué?... —le sonrió en un forzado gesto de complicidad— ¿Es un maldito putero?... —rió... («*Que le den*» se dijo ahora «*a mí sí que m'apetese hablar*»).

—¿Cómo?... —esta vez no escupió el humo del tabaco, éste le salió por la boca, por la nariz, y ascendió como el telón de un teatro de los horrores; su rostro una máscara estoica. *Pero de qué coño va...*

—Lo siento —se disculpó Toni entonces— Lo siento. Tenía ganas de *charlá, na'más...*

Observó a través de su ventanilla. La noche parecía tranquila y no había demasiada gente en la calle para la hora que era.

—Y si regento un bar de putas... ¿Qué?... —pareció saltar aquél de repente— ¿Acaso te importa?...

—...Para ná.

—Qué... —le preguntó otra vez— ¿Es que quieres un *ticket-descuento* para follarte por cincuenta a una de cien? ¿Es eso lo que quieres? ¿Es eso?... —casi consiguió hacerle reír, casi —Soy un *casher* —le dijo después— ¿Sabes lo que es un *casher*?... —pero Toni no le contestó, claro, porque aquella era una de esas preguntas de las que no se espera una respuesta, pero... ¿*qué-coño-es-un-casher*?— Voy a cobrarle una pasta al dueño del local al que me llevas ahora, y si no me paga... le doy de galletas hasta que parezca que viene de los malditos *uva*. Luego iremos a otro local... —le dijo—, y luego a otro... —entonces aplastó la colilla de su cigarrillo contra el reposacabezas enfrente suyo, se incorporó como si lo que quisiera fuese confesarle un secreto al oído y le murmuró—: ¿Lo... pillas, maldito inmigrante?... Eso... es lo que es un *casher*. Y eso es lo que soy yo —terminó recostándose de nuevo sobre su asiento.

*¿Cómo podía tené la desfachates de chamuscale el reposacabesas?!
¿Cómo?!...*

Porque tíos como éste se creen que acojonan a cualquiera.

Porque nunca antes se había subió al tasi de Toni. Claro, porque de haberse subió antes no habría habido otra ves.

...¿Un casher?

—Tá de coña, ¿no?... —le dijo Toni, pero su expresión indiferente no mentía.

Detuvo el taxi de nuevo cuando el semáforo se puso en rojo.

Pensó que hacía mucho que no echaba mano de la guantera, y pensó que estaría fría, puede que incluso encasquillada. Pero una sonrisa socarrona se acomodó entre sus mejillas, como la última vez hacía casi dos meses. Al parecer, se dijo, también había jodeputa que además eran *cashers* (o como diablos fuera que había dicho). Entonces abrió la guantera, sacó de ella a su buena amiga *desert eagle punto-cinco-cero* alias no *me toques los cojones que me hastío* y se la plantó a aquel *casher* picado de viruela a dos centímetros de su fea sesera...

—¿Pero qué cojones...

...Y Apretó el gatillo.

¡PUM! ¡SPLASH!...

¡Joé!...

<Silencio>

—¡Mierda! ¡Joé!... —se dijo otra vez (dotando ahora de sonido sus pensamientos). Suspiró y se cagó en la leche, se llevó un cigarrillo a la boca y puso a calentar el encendedor del coche— Coño...

Sólo lamentó el tener que volver a limpiar el parabrisas trasero (*el gordo* se lo decía a menudo: *Tío, esa es la mierda que trae el pegarle un tiro a un tío dentro de un coche*). Lamentó eso y el que no le pagara la carrera, aunque de hecho aquel maldito *casher jodeputa*, se dijo entonces, se bajó de su taxi bastante antes de llegar a su destino [claro que, pensó también, podría limpiarle la cartera, pero él no era un ladrón, puede que sí un asesino, eso sí (aunque el prefería «*pistolero*») pero no un ladrón, por muy, muy frío que estuviese el otro].

—Menuda mierda —suspiró de nuevo— ¡Menuda mierda! —y comprobó la hora. Aún faltaban cinco y media para su cita («*io lo que cojone sea!*» ladró) en aquel maldito polígono que indicaba la carta.

Capítulo 9

Tián (la reunión)

—¿Por qué lo hace?...

Que quien le hacía esta pregunta fuera policía no era algo que a Tián le resultase en absoluto tranquilizador, aunque tampoco era algo que lo pusiese especialmente nervioso. «¿Policía?...» se repitió, o al menos eso le habían dicho («*de la secreta*» le dijeron), aunque por la pinta que tenía parecía que sólo le faltaba un cartel sobre los hombros en el que hubieran escrito en letras bien grandes: ¡SOY POLICÍA! (*de la secreta, claro*); tenía la nariz machacada y llevaban (los dos) la placa colgando del bolsillo del pantalón, «...*les encanta esa mierda*».

Por lo demás, se encontraba en una habitación pequeña, sin ventanas y sin demasiada luz (un tubo fluorescente colgaba del techo justo encima de sus cabezas y amenazaba con fundirse en cualquier momento); las paredes grises y las esquinas mugrientas, con una mesa roja coja con patas de metal y tres sillas blancas de plástico de bareto de platos combinados, nada más, todo ello en el polígono a las afueras de Barcelona que indicaba la carta que había recibido dos semanas atrás.

—Por qué hago... el qué —les preguntó Tián como si no hubiese entendido bien la pregunta, y a continuación se reacomodó en su silla, con la mirada puesta despectivamente en ambos esperando a que dijese algo más.

Pero ninguno de los dos dijo nada, permanecieron sentados enfrente suyo (isumidos en un silencio de la leche!) y con la mirada igual de penetrante y cargada de mala folla que la suya.

Así que Tián chasqueó la lengua y habló de nuevo, ratificándose:

—Yo no hago nada —les dijo.

Nada...

Pensó que no le gustaba aquel sitio, porque se había pasado años trabajando en sitios como aquel cuando en lugar de pagarle con un sobre cerrado le ingresaban dinero una vez al mes en su cuenta corriente, en otra vida en la que tenía cuenta corriente, y muchas otras cosas. Pero todo aquello ahora se le antojaba lejano (demasiado) y no por los años que habían pasado sino porque tenía la sensación de que aquellos años pertenecían a otra época, a una vida que ya no le pertenecía, a otra vida

que no era la suya.

—Oh, vamos, por favor... —saltó de repente el de la nariz rota, el que se las daba de poli malo, un tío enorme (no gordo) de cabello negro y corto peinado con raya a la derecha y perfectamente afeitado; alguien que podría perfectamente pasar por ex boxeador si se dedicase a cazar asesinos en los Estados Unidos y no en España— Otra vez no, joder...

—Creo que ya no podemos enseñarle más pruebas, Sebastián —habló entonces el otro, un tío alto y estirado con una incipiente calvicie del que Tián, se dijo (pues llevaba ya un buen rato observándolo), dudaba que tuviera manos porque en la media hora que llevaban hablando aún no las había sacado de los bolsillos. Y pensó que parecía un policía sacado de una película de policías de los años cincuenta, con barba de tres días y americana de cuadros, de mirada viva aunque cansina y con un corte en la nariz ahí en donde descansaría el puente de unas gafas si las tuviera; perro viejo que jugaba el papel de poli bueno mientras le hablaba desde detrás del otro que, llegó Tián a la conclusión entonces... nunca hubiera llegado a nada como actor— ¿Ya le he enseñado las fotos de *el canela*?... —le preguntó de nuevo el poli bueno.

—Sí. Ya me las ha enseñado.

—Y... —Las que en todavía tenía la cabeza en su sitio— ¿Le he enseñado esas?... En esas... también se le ve a usted, Sebastián —pronunció entonces llevándose un cigarro a la boca en un gesto bastante mecánico.

¡Tiene manos!

—...En esas fotos estábamos hablando —alegó Tián después de unos segundos, con total naturalidad— Y en las que no tiene cabeza no puede decir que se trate de *el canela* porque... Joder, porque no... no tiene cabeza.

—¿Y si te machaco yo a ti la cabeza?! —intervino de nuevo el de la nariz rota— ¡A ver si así se te ordenan las ideas!

Tián se lo quedó mirando un instante, tosió, se llevó una mano a la boca, volvió a toser y después (aunque lo intentó) no pudo evitar reírse.

—Tío... —le dijo—, en serio, lo siento... Nunca te darán un *oscar*...

—¡No me jodas! —consiguió por fin hacerlo saltar, e incluso que se pusiera en pie.

—No... No, no eres mi tipo —le repuso Tián con su habitual tono y modos de viejo gallo de pelea que ya ha recibido suficientes picotazos en su

vida— En serio, no...

—¿Ah,... no?... No me jodas...

—¿Es que no tienes más frases?...

—¡¿Qué te parece...!

—¡Tranquilízate, Milo!... ¡Joder! —le paró de pronto los pies el otro. *¡¿Dónde estaba ahora el poli bueno?!...* y Tián se dio cuenta de que aquel tío era capaz de gritar «*tranquilízate, Milo, joder*» sin siquiera despegar el cigarrillo de sus labios— Sebastián... Dígame... —comenzó a decir de nuevo el poli estirado pareciendo recuperar de repente la calma— Referente a aquel otro, el que encontraron con la lengua en el bolsillo de su chaqueta... —vaciló— ¡Joder!... ¿Cómo se llamaba?... —preguntó en un alarde por demostrar su culpabilidad.

—No lo sé —declaró Tián con la rapidez y la sonrisa del diablo enmarcándole la cara— Dígamelo usted...

—¡Te estás pasando, tío! —lo increpó otra vez el de la nariz retorcida.

—Oigan... —los interrumpió Tián en esta ocasión— Si tan seguros están de que me he cargado a toda esa gente, mierda... —y pensó que aquello era ridículo, «*una absurda pantomima*» como diría Lucy, y tosió otra vez, una, dos, tres veces...— ¿Por qué coño no me detienen y acabamos de una vez?...

Pero no querían detenerle, pensó Tián, eso lo tenía claro.

Porque de lo contrario estaría seguramente esposado, con la cara como un bollo y con un foco chamuscándole las cejas y no vacilándolos de aquella manera, y desde luego tampoco en un polígono industrial a las afueras de Barcelona.

¡Menuda tontería!

¡Aquello no era un interrogatorio! Porque a nadie le envían una carta para citarlo para un interrogatorio en el que es sospechoso (*¡y culpable, joder!*) de cinco asesinatos. ¡¿Es que no habían oído hablar de los *e-mail*?!...

Y afuera, se dijo, más maderos que en la boda del príncipe, y más pobres diablos (al menos dos, como él) haciendo cola para entrar en el confesionario.

¡¿Pero qué coño es esto?! ¡¿El gran hermano de los asesinos?!...

—...Porque no queremos detenerle ?le dijo por fin el poli estirado de la americana a cuadros, poniéndose también en pie, plantando ambas manos sobre la mesa, clavando su mirada de ojos cansinos de perro viejo en los ojos grises y fríos del asesino que tenía delante.

Capítulo 10

Cardona

Cuando Cardona entró en la nave enseguida identificó a los que su viejo instinto de perro policía le decía que iba a trabajar con ellos en algo (en algo que seguramente a uno no le sirve para cotizar ni por lo que te dan de alta en la seguridad social).

Joder...

...Se encendió un cigarro y aspiró profundamente.
Dos asesinos pueden ser el uno alto y corpulento, con barba y melena,... y el otro bajo, gordo y calvo, pero ambos son iguales («*demasiado iguales*» como decía Cardona) y él sabía identificarlos muy bien:

- Un hombre más o menos de su misma edad que aguardaba apoyado sobre una pared en la otra punta de la nave, ancho de hombros, de brazos y de carácter y que por alguna razón no dejaba de toser.
- Un chico joven, («*demasiado, también*» se dijo) para trabajos exentos del régimen de la seguridad social.
- Y otro tanto o más joven que aquél pero que por su aspecto parecía que si estaba en «aquello», fuera lo que fuera «aquello» para lo que los habían reunido, era porque le gustaba especialmente.

Y en la otra punta de la nave y rodeado de policías que aquel día no vestían como policías...: Mayo.

¿Por qué no le extrañaba encontrarse con Mayo en aquel lugar? ¿Por qué no le extrañaba que Mayo fuese a estar involucrado en lo que fuera que fuese a verse involucrado él también?...

...Mierda.

Aquella era una nave grande (más que eso, condenadamente grande, enorme, ¡GIGANTE!) y estaba llena de gente. Peor aún, se dijo después, estaba llena de polis.

Ésta parecía dividida en dos niveles. Al parecer las oficinas ocupaban el piso superior, sólo un nivel por encima de donde se encontraba Cardona en aquel momento y... donde se encontraba en aquel momento (que, se dijo, seguramente había servido durante años para cortar pescado por la peste que hacía y que ahora estaba sembrado de consolas).

Entonces aspiró una larga bocanada de humo, murmuró «joder» una vez

más y se acercó a Mayo, sin prisa, sin ganas, sin intenciones, sin arma...

—Me han hecho entregar el arma —le ladró cuando aún lo tenía de espaldas, pensando al mismo tiempo en su buena amiga *beretta* que seguía tras el contenedor con ruedas cerca de la entrada, igual que el conductor de un atraco que espera impaciente a que sus colegas salgan pegando tiros del banco.

Mayo se dio la vuelta y se lo quedó observando durante lo que a Cardona le pareció un buen rato.

¿Aquel gesto extraño en las comisuras de sus labios era una sonrisa?... A saber.

—Después de todo... —dijo Mayo por fin, alejándose de sus colegas policías con los que hasta aquel instante estaba hablando—, ese arma ya la perdiste una vez... ¿O, no?...

—He visto un taxi en la entrada —apuntó Cardona entonces pasando por alto su comentario— ¿Te han vuelto a retirar el carné?...

Esta vez sí pareció que sonreía.

—No —le dijo Mayo— No. Ese taxi pertenece a un asesino.

También Cardona sonrió.

—Joder. Y es que hoy día todo el mundo tiene dos trabajos.

<Silencio>

—Supongo que imaginas de qué va todo esto —le dijo Mayo yendo al por fin grano, encendiéndose un cigarrillo que ya tenía en la boca cuando Cardona entró.

Cardona ya había estado en «historias» como la que se veía venir, aunque anteriormente en el bando de los buenos, o al menos, se dijo, cuando a los polis se los consideraba «los buenos».

—Sí —asintió un par de veces— Supongo que me imagino de qué va todo esto. ¿Vais a interrogarme?...

Esta vez Mayo rió, y lo hizo ruidosamente.

—No. A ti no —le dijo— Con los otros ya hemos terminado —le informó— Enseguida comenzaremos...

Capítulo 11

Mayo

Al parecer hacía tiempo aquella enorme nave había sido un enorme almacén de pescado, porque era enorme; «...y tal vez aún lo sea» se dijo Mayo entonces, meditabundo, divagando...: no enorme, sino un almacén, un almacén de pescado, claro, porque apestaba a pescado por todas partes.

«En fin» suspiró «qué más dará...» pensó después mientras se llevaba un cigarrillo a la boca y lo encendía en un gesto bastante mecánico.

Fuera lo que fuese y lo fuese o lo hubiese sido, ahora estaba vacía y era el lugar que habían escogido los de la OE (2) para aquella reunión.

Entonces exhaló una larga bocanada de humo y observó en derredor.

Las paredes estaban pintadas de color verde botella (bastante sucias) y al final de la nave en aquel nivel había un baño al que antes de tener que ir el comisario Mayo hubiera preferido hacérselo encima.

A continuación contempló a los cuatro con detenimiento.

¡Hay que joderse!

Por qué siempre, se dijo, lo escogían a él para historias tan marrulleras. Claro que al menos en esta ocasión contaba con varios operativos dispuestos en todas las salidas del almacén, algunos fuera incluso, por si a alguno de aquellos cuatro chalados (así se había referido a ellos el jefe Rojas) se le iba la olla.

Mayo pensó que ello le daba a aquel asunto un tono de distinción, de más seriedad tal vez, una operación auténtica. Aunque en el fondo tanto novato recién salido de la academia con un arma colgando por encima de las pelotas, se dijo también, se la soplaba bastante.

—Me llamo Víctor Mayo —se dirigió a ellos por fin, mientras Cardona también se encendía un cigarrillo y Toni fruncía el ceño (porque aquello no le gustaba, a ninguno le gustaba), Ángel comprobaba las puertas y ventanas de la nave por las que podría salir corriendo en cualquier momento y Tián comenzaba a toser otra vez— Soy comisario de policía, ya lo saben —les dijo— mi colega, el agente Rubio... —dijo señalando a Milo que se encontraba a su derecha— A él también lo conocen —e hizo un alto mientras avivaba las brasas con una última calada a la colilla de su

cigarrillo que tenía pegada a su labio inferior, como si la hubiese tenido ahí desde siempre; después la dejó caer al suelo y la machacó con el pie (con delicadeza, como si realmente existiese una técnica para algo así) y continuó—: Los cuatro son culpables de varios asesinatos. Los últimos... —les dijo entonces echando mano de una lista que sacó del bolsillo interior de su americana— Un cura pederasta colgado de un campanario... Un hijoputa que violó y mató a su mujer... El «famoso» *asesino del descorchador*... —en aquel instante Tián comenzó a reír, de repente, y acabó tosiendo otra vez («aquel pobre desgraciado» apuntó «era tan malo tratando de disimular su rastro como buscándose un mote»)— Y por último... —obvió Mayo su comentario—, el tío ese que se dedicaba a cobrar las deudas de dueños de *pubs* de mala muerte, pero que pagaban sus impuestos al fin y al cabo —terminó.

—¡Eeeh!... ¡No hay prueba de quién s'ha cargao a ese último! —saltó Toni de pronto— ¿No?... —*Pero si sólo hase sinco hora, joé... ¡¿Cuándo COÑO lo han encontrao?!...*

—Al *descorchador* ese... —habló Tián esta vez— Lo tenían. ¿Verdad?... —el comisario asintió, y antes que dijera nada Tián añadió— ¡Lo sabía, joder, sabía que la poli lo tenía, joder si lo sabía!... Lo que no sabía era que fuese tan cabrona.

—Hacía semanas que le seguíamos la pista —le dijo Mayo—, pero sabíamos que usted también, y también sabíamos que iba a actuar. Pudimos detenerlo, sí, pero preferimos dejárselo a usted —asintió de nuevo y añadió— Sí... A veces la poli se las da de «cabrona», bienvenido a este país.

—...Hay que joderse —rió Tián, tosió.

—Sí, a veces sí. En fin, al grano... —zanjó Mayo— Sabemos que son asesinos, y ustedes saben muy bien que lo sabemos —porque había quedado claro (¡clarísimo!) en las charlas que habían tenido con cada uno de ellos antes de juntarlos —Pero hay asesinos y asesinos —les dijo— Todas sus víctimas tenían algo en común —*¿qué coño tienen en común un cura pederasta, un marido hijoputa que viola y mata a su mujer, un tío que como si fuera el villano de un cómic se hace llamar «el descorchador» y un casher (o cómo cojones se dijera)?...* — Todos... —declaró Mayo al cabo de un rato— Todos eran unos *malnacidos*. Y... —añadió antes de que ninguno de ellos tuviese tiempo de decir nada al respecto—, aunque por lo que han hecho deberíamos meterles un puro que tardarían en acabar de fumarse veinte años,... no lo vamos a hacer —entonces volvió a guardarse la lista en el bolsillo interior de su americana, en el mismo de dónde sacó otro cigarrillo que se llevó rápidamente a la boca.

—Por qué —fue al grano también Cardona.

—Porque nos hacen un favor cada vez que le enseñan a uno de esos malnacidos dónde está la puerta de atrás —concluyó Mayo— En nuestro oficio a la gente como ustedes los llamamos *miserables*, porque hacen el trabajo más sucio, el más miserable, porque hacen lo que nosotros no podemos hacer por el juramento que proferimos un día cuando nos dieron la condenada placa —<silencio>— Ya han habido otros como ustedes —añadió cuando vio que nadie prefería opinar todavía—, y créanme si les digo que lo sentimos de verdad cuando de repente aparecen con una sonrisa de oreja a oreja en el maletero de un coche robado en el aparcamiento de un supermercado —pronunció irónicamente, en sus labios una sonrisa forzada. Encendió su cigarrillo.

—...¿Temen por nuestra seguridad? —se pronunció Ángel por fin— Porque a mí nunca me verán sonreír —siguió su juego de palabras.

—Espero que no —le dijo Mayo— Pero no se confíe. Cuando uno juega con fuego puede acabar quemándose, y ustedes cuatro no son los únicos aquí con tanta mala leche. Hay otro hombre que debería estar hoy también aquí —les informó— pero «se cayó del balcón de su casa hace dos días mientras regaba las plantas» —pensó que se sentía especialmente irónico aquella noche— Supongo que él tampoco creyó que pudiera sucederle algo así. Como ya he dicho... —insistió entonces una vez más— nos están haciendo un favor, por eso no los vamos a detener —a continuación se produjo otro silencio, que pareció prolongarse una eternidad, pero en absoluto incómodo para ninguno de ellos— Pero no se engañen —añadió en un último instante buscando dejar claro que trabajar con delincuentes no era algo que lo entusiasmase especialmente— No son policías —observó a Cardona, Cardona advirtió su mirada y Mayo aguardó un segundó antes de seguir hablando— Son la escoria de la humanidad —continuó— Son el cáncer de esta sociedad, son una lacra para nuestro sistema. Son la mugre de las calles de Barcelona. Sólo son la mierda que necesitamos, una mierda así de grande —les dijo separando las palmas veinte centímetros una de otra— Peor que eso, si la mierda cagase mierda... serían la mierda que caga la mierda.

—¡Joooé!... —intervino Toni en esta ocasión— De repente me siento... No sé... ¡La *leshe* de *motivao*! ¡¿No?!... ¡En serio! —rió— ¿Cuándo *empesamo*? ¿Cuándo *empesamo* con lo que sea que *hayamo venío* a haser aquí?... ¡Joé! ¡Lo digo en serio! ¡¿Cuándo?! ¡¿Cuándo *empesamo*?!... —preguntó con punta, haciendo ver que aplaudía.

—No se equivoque, hijo —le contestó Mayo con punta también— Sólo digo las cosas como son.

—Yo no soy su hijo —se puso serio de repente el asesino del taxi.

—Por supuesto que no. Si tuviese un hijo como usted creo me pegaría un tiro.

Entonces también Toni fue al grano: —Vale —ladró— Mi papá... —dijo queriéndose burlar de él una vez más—, siempre me *desía* que nadie da *ná* a cambio de *ná*.

—Claro que no —dilucidó Mayo.

—¿Entonses?...

—Aunque nuestras pautas de trabajo son... —y aguardó un segundo, tratando de dar con la palabra adecuada— «diferentes» —continuó el comisario mientras dejaba escapar el humo de su siguiente calada por la nariz— de alguna forma estamos en el mismo bando. ¿Para qué vamos a encerrarles si se encargan de quitarnos del medio a la chusma?... Sería diferente —puntualizó—, si lo hicieran por algún motivo... personal.

—Y quién *dise* que no sea *personá*... —intervino Toni otra vez.

—Puede que sea personal para usted porque su padre le propinaba brutales palizas todos los días cuando sólo era un niño —le dijo Mayo, tajante, conciso... (¿acaso creían que no los habrían investigado?)— Pero usted no mató a su padre, aunque no dudo que le hubiera gustado hacerlo. Claro que es personal. Siempre es personal. Para todos ustedes es personal, y para mí también. Pero ninguno vamos por ahí matando... sólo por matar! —echó otra calada. *¡Mierda!*...— Ustedes actúan como justicieros. ¡Como los malditos *batman* y *robin* esos que aparecen en los tebeos que lee mi nieto! Al igual que nosotros como policías, ustedes, todos, tenemos motivos personales, pero no es lo mismo si se trata de nuestras vivencias personales las que nos han obligado a escoger este «oficio» que si hay un móvil único, no es lo mismo actuar como un justiciero que como un condenado vengador. Le pegamos un tiro al malo, no al butanero porque nuestro hijo tenga sus mismos ojos saltones —y echó otra calada, y aguardó— Queremos que colaboren con nosotros. —declaró por fin— Porque como ya he dicho antes ustedes pueden pegarle un tiro a un tío y desaparecer y nosotros, por MUCHO que nos gustase, no podemos. Por mucho que sepamos que es culpable y por muchas pruebas de mierda que lo incriminen —terminó— Pero un tío con un agujero en la cabeza difícilmente saldrá al cabo de un año por buena conducta para volver a liarla.

—Comisario... —dijo esta vez Tián— Dígame... ¿Qué ganamos nosotros con esto?... A parte, claro está, de no darnos con los barrotes en los

morros.

—Esto no es un chantaje —quiso dejar claro Mayo de repente— Si alguno de ustedes decide no colaborar, a no ser que se le vaya la olla... —*tal como había dicho el jefe Rojas*— y vuela un edificio de veinte plantas, no será detenido. Seguiremos vigilándolos, por si acaso, nada más. Pero piensen en esto —les pidió—: La semana pasada encontramos en un parque el cuerpo sin vida de un camello al que conocíamos, era una fuente y en el fondo un buen chico. Estaba tumbado sobre un banco cubierto de cartones igual que un vagabundo. Alguien le pegó un tiro. Ese tío pasaba droga para ganarse la vida, no quiero decir que eso esté bien, no, no lo está. Pero si la coca que vendía mató a alguien,... él no era el auténtico culpable. Él sólo buscaba una forma de sobrevivir y para «cruzar el desierto» no hace falta saber inglés ni tener uno de esos condenados títulos que le dan a uno por correo. Puede que la coca que vendía matase a alguien, sí, pero él no era el auténtico culpable, y fue por eso por lo que lo mataron. Su asesino se entregó dos días después, lo mató porque su novia se había chutado una sobredosis. Ahora bien, el auténtico culpable vive, como dirían ustedes los jóvenes... —dijo dirigiéndose a Toni y Ángel— “de putamadre”, y tampoco necesita ningún título de mierda, y es el culpable no de una... sino de un centenar de muertes, todos los años. Ese es el auténtico culpable. Y para qué vas a pegarle un tiro a un camello al que nadie va a llorar y que será sustituido por otro pobre desgraciado al día siguiente si puedes seguirlo y guardar esa bala para el cabrón del ático —a continuación se produjo otro silencio. Mayo los escrutó con la mirada—... ¿Por qué vas a pegarle un tiro a un *casher* gordinflón en el asiento de atrás de un taxi —insistió—, si puede llevarte a quien lo anima a ser tan *malnacido*? ¿Por qué vas a quitar del medio a un tío cabrón si puedes cargarte a un auténtico cabronazo?... —entonces aplastó la colilla de su cigarro contra la pared, dejando una marca circular de color negro sobre la pintura de color verde sucio— ¿Que qué ganan con esto?... —les preguntó— Nada. No se trata de un chantaje, y no los vamos a detener —dijo otra vez— Pero si un día eligieron este «camino», por qué no hacerlo... mejor. Con nosotros el «juego» toma otro cariz. Piénsenlo... —les pidió— Les veré aquí otra vez dentro de tres días.

(2) Operaciones Encubiertas.

Capítulo 12

Cardona

Abandonaron la nave cuanto antes. Ninguno de ellos, a excepción de Cardona, parecía querer permanecer en aquel lugar más tiempo del que fuera necesario. «*Les veré aquí otra vez en tres días*» había dicho Mayo, pues eso.

Cardona se quedó un buen rato observando al equipo que había reunido Mayo, o mejor dicho el equipo que habían reunido para él («*seguramente Rojas*» se dijo): el equipo encargado de las comunicaciones, dos de esas chicas que parecen tan frágiles pero que seguramente disparaban mejor que cualquiera de ellos, sentadas frente a una consola y tomando café; los chicos de explosivos, y se dijo que no eran más que eso... chicos... y tras este pensamiento no pudo evitar maldecir; los de infiltración... «*Joder...*» ladró y dejó de observar. La verdad era que sabía reconocer muy bien qué papel desempeñaba cada uno de ellos con sólo mirarlos, e incluso creyó ver alguna cara conocida.

—...¿Recordando los viejos tiempos?

Mayo apareció por detrás suyo llevándose un cigarrillo a la boca y ofreciéndole otro a él.

—Gracias —aceptó Cardona de buen gusto.

Le dio fuego, los dos aspiraron profundamente.

—No hay de qué... Compañero.

—Al menos dos de ellos son buenos chicos ?pronunció Cardona entonces.

—Son asesinos, Diego —sentenció el comisario.

—Ya.

—Ya.

—Pues eso...

—...Diego —insistió Mayo, el humo del tabaco saliéndole por la nariz— Son asesinos, matan personas. ¡No te castigues, coño!...

—Sólo dime una cosa —le pidió Cardona, al cabo— ¿De quién se trata esta vez?...

Mayo rió con ganas y dio otra calada antes de volver a hablar.

—Diego, joder... Sabes de sobra que eso no puedo decírtelo.

—Venga... —se quejó Cardona.

—Sé que dentro de tres días estarás aquí otra vez, entonces te lo diré.

—Cómo ha cambiado la policía... —se quejó Cardona de nuevo a modo de respuesta.

—Sí. Algunos dicen que se ha vuelto «*muy cabrona*» —le dio Mayo la razón.

—Entonces nos vemos en tres días —terminó Cardona de repente tirando la colilla al suelo y machacándola con el pie, después de eso se dirigió hacia la salida, sin intención siquiera de despedirse.

—Diego... —lo llamó Mayo antes de que se fuera— ¿Dónde has escondido tu *beretta* de nueve milímetros esta vez?...

En esta ocasión fue Cardona el que rió.

...Pero qué jodido.

—Detrás de ese contenedor —confesó al fin señalando el lugar con un movimiento de la cabeza— Y qué...

También Mayo rió, y tiró la colilla al suelo y le dijo:

—Tú sí que no has cambiado. Nos vemos en tres días, compañero.

Capítulo 13

Tián (los tres días antes...)

—¿Por qué lo haces?... —le preguntó Cardona a Tián mientras maldecía por enésima vez su pobre sueldo de hombre pobre que había vuelto a dejarle sin tabaco.

Tián pensó que últimamente todo el mundo se empeñaba en hacerle la misma pregunta: *¿Por qué lo haces?...*

Pero al tal Cardona, se dijo también, no hacía falta mentirle, porque era igual que él, igual de «miserable».

—...¿Nunca te has dado cuenta —le dijo entonces—... de que lo que has estado haciendo durante años era justo lo que no debías?...

—No —Cardona se puso en pie y se dirigió a la máquina de tabaco que había al final del bar, introdujo unas monedas, sacó un paquete, y después regresó a la mesa. No había nadie más aquella noche en aquel bar del casco antiguo de Barcelona, tan frecuentado por pintores, músicos y poetas que ya no pintan, ni tocan ni escriben, frecuentado también, a menudo, por el paro de Barcelona que acudía ahí a perder las horas con sus problemas sin solución, sin un duro en el bolsillo y una de esas noveluchas de bolsillo que terminan arrugándose enseguida. No había nadie más ahí aquella noche, excepto ellos cuatro, el encargado que entonces sacaba las basuras y cuatro cervezas encima de la mesa—... Nunca —ratificó Cardona mientras le quitaba el celofán al paquete de tabaco.

—*Déjame adivinarlo...* —dilucidó Toni entonces, dirigiéndose a Tián con los ojos bien abiertos enmarcados por sus cejas en arcas— Tú sí.

—Sí... —les dijo Tián— Yo sí.

Cardona se puso cómodo y se encendió un cigarro, exhaló profundamente.

—¿Y?... —lo animó a continuar.

Por qué sentía, se preguntó Tián de repente, que lo que nunca le había contado a nadie debía contárselo entonces a aquellos tres desconocidos.

—He trabajado para mucha gente en mi vida —les contó Tián, y tosió una, dos veces...— Digamos que ninguno de mis jefes fue nunca el buen samaritano ese que dice la gente. He hecho cosas malas —pareció querer confesarse, su mirada clavada en el fondo de su botella— Joder... Le he hecho daño a mucha gente —continuó— Pero un día... —y entonces levantó la vista un instante, el justo para ver a los tres tratando de averiguar en sus pupilas lo próximo que diría— Un día me di cuenta de que estaba en el lado equivocado, sentí como si estuviera conduciendo mi vida hacia un callejón sin salida y que de seguir por ahí acabaría enmerdado hasta las cejas. Me di cuenta de que mis jefes eran unos auténticos hijos de puta y de que yo tenía las manos manchadas de sangre por su culpa.

—Y qué *hisiste*... —le preguntó Toni pasados unos segundos.

—Un día fui a verles —les contó— A la sede, así se referían siempre a aquel enorme despacho que tenían en aquel ático en Muntaner. ¡La gran sede!... —se rió, se burló— La gran sede llena de mamones ricos tocacojones. No fue difícil entrar —cerró un instante los ojos, regresando—, era uno de ellos —les explicó mientras una sonrisa socarrona se acomodaba entre sus pómulos de matón de la vieja escuela— Así que entré por la puerta grande. Saludé a Blas, el portero, un buen tío... Le di un beso a Manuela, la secretaria. Manuela... —susurró, calló, rió, continuó...— Y después pasé al despacho de los jefazos —abrió los ojos de nuevo— Maté a diecisiete personas aquel día —entonces echó el último trago de cerveza y dejó la botella vacía encima de la mesa— En mi vida me he sentido mejor.

Toni silbó como si acabase de entrar en el bar la puta más puta de las putas del barrio, pero sólo había hombres aquella noche en aquel bar de mala muerte.

—Caballeros... —los interrumpió de pronto el encargado, y todos dirigieron sus miradas hacia él: viejo, sucio, cansado, aburrido, harto...— He de cerrar.

—Vamos Manel, coño... No me jodas... —se quejó Cardona de repente, una queja a la que el tal Manel ya parecía acostumbrado.

—Pues cierra tú... —le dijo el viejo, entonces le tiró las llaves a Cardona que cazó hábilmente al vuelo— Que yo me voy con mi señora —añadió alzando el mentón, y después de eso se dirigió a la puerta —A tomar po'culo...

—...¡Cuídate Manel!

—Y ¿tú?... —le preguntó Tián a Cardona cuando por fin los dejaron solos.

—¿Yo?... Yo qué...

—...¿Por qué lo haces?

Entonces Cardona rió, y murmuró cuánto había que joderse (*¿cuánto?... ¡Mucho!*). Rió otra vez y aplastó la colilla de su cigarrillo en el cenicero que había en el centro de la mesa, se puso en pie y se dirigió a la barra.

—El día en que la poli metió a mi padre esposado en una lechera... —les dijo mientras echaba mano de vodka de garrafa, de zumo de tomate de tetrabrik y a un vaso que encontró en el fregadero y que pasó rápidamente por agua— Ese día pensé que tendría que haber alguien que hiciese frente a tanto hijodeputa.

—¿Te *refiere* a tu padre? —le preguntó Toni.

Pero Cardona no le contestó. Acabó de prepararse su *bloody mary* y echó un trago, removiéndolo con una pajita y echó otro trago.

—Murió dos años después... —continuó—, en la cárcel —y echó otro trago, largo, amargo, y después dejó el vaso vacío sobre la barra del bar al tiempo que se llevaba otro cigarrillo a la boca y lo encendía— Joder... De haber salido yo mismo lo habría matado —les confesó. Fue breve, siempre lo era, así era Cardona.

—¿Ángel?... —preguntó Tián, al cabo; de alguna forma todos iban a confesar sus crímenes aquella noche.

—Yo... también estoy aquí por mi padre —les dijo, mientras su mirada brillaba como el diamante incrustado en el anillo de oro de la exmujer del exministro que decide quién gana las elecciones en un pueblo sin nombre— Supongo que si no te dejan pasta al morir,... te dejan un montón de incógnitas y frustraciones como herencia.

—No tienes que contárnoslo si no quieres —lo alentó Cardona quien volvía a sentarse a la mesa echando humo por las fosas nasales.

Pero Ángel sacó un canutillo perfectamente liado de una pitillera metálica que guardaba en el bolsillo interior de su chaqueta; lo encendió, lo besó, y todos sintieron como si *maría* con su embriagador perfume se hubiera sentado también a la mesa para unirse a aquel extraño coloquio.

—Mi padre era un buen hombre —habló Ángel de nuevo, otra calada, un «joder» por lo bajín y otra calada más— Se la jugaron, eso es todo...

—No. No es todo —intervino Toni enseguida.

—No... —continuó Ángel con su mirada de repente clavada en el suelo— No. No es todo —repitió— Joder... Cuando maté a todos aquellos mamones tan sólo tenía quince años.

—*Ere* el cabrón imberbe aquél que se cargó a *toos aquello tío hase dies* años... *¿Verdá?*... —dedujo Toni de repente entonces, y rió con saña— ¡Ja! ¡Lo sabía. *¡Joé!*...

—Cumplí mi condena, ¿vale?... —lo increpó Ángel de pronto, sin levantar apenas la voz— Dos años y medio en un correccional y cinco más en la maldita modelo.

A continuación se produjo un instante de silencio, breve, incómodo tan sólo para uno de ellos.

—¿Y tú?... ¿Toni?...

Toni sonrió, siempre sonreía.

—Hay un montón de gente ahí fuera que no se *merese respirá* el mismo aire que *nosotro* —les dijo— Aunque el aire que *respiramo* esté *contaminao* y *nosotro seamo* igual de *miserable* que *ello*.

Toni no dijo más, fue todo cuanto declaró, y Tián enseguida se dio cuenta que de los tres era el único que podía hacer que todo aquello se fuera al cuerno, o no había apretado el gatillo suficientes veces aún o había disparado ya en demasiadas ocasiones (y ninguna de esas dos posibilidades, se dijo, le gustaba).

—Se está haciendo tarde —les dijo entonces, para concluir.

Y Cardona se puso en pie, aplastó la colilla de su cigarro en el cenicero en el centro de la mesa y les dijo:

—Entonces nos vemos en el polígono en tres días —aludiendo a las palabras de Mayo de la pasada noche. Tián asintió y Toni ladró «*claro*»; Ángel bajó la vista a la porquería que cubría el suelo del bar— ¿No?...

—No lo sé —pronunció Ángel. ¿Tenían aquellos tres matones una hija pequeña? ¿Tenían siquiera a alguien en sus vidas?...

Capítulo 14

el cordobés

—¿Cómo coño has llegado a esto?...

—Cómo coño he llegado... a qué.

Imitó su tono al hablar, pero Mayo no le hizo caso y escudriñó su apartamento de un vistazo:

Hachís, unas papelines, una cuchara chamuscada, un espejo roto y coca suficiente para chutarse hasta que fuese tan viejo que ya no recordase que antes que yonqui fue policía.

Joder... ¿De verdad sólo se metía, o también la pasaba?...

A sus cuarenta y siete años *el cordobés* se había convertido en un hombre sin objetivos cuya única ocupación del día consistía en esperar al día siguiente, con un cigarro chamuscándole los labios de tanto que los apuraba y (siempre que podía) con un vaso en las manos que contuviera cualquier líquido con un mínimo de graduación. Aquél era un hombre de modales rudos, de los que zanzan disputas sin necesidad de abrir la boca, sólo con la mirada; uno de esos tipos a los que si sólo has visto en una ocasión (en una cena con amigos, en un acto social o porque te lo ha presentado tu hermana a la que se está tirando mientras ella cree que algún día acabaran casándose y teniendo críos) te parece el tío más simpático que hayas conocido jamás, pero al que si acabas conociendo bien (y muy bien) en sólo un segundo puede convertirse en el tío más cabrón que jamás hayas conocido. Siempre iba sin afeitarse, sus ojos eran de un azul muy intenso y contrastaban de forma muy descarada con sus greñas negras que siempre llevaba engominadas hacia atrás, y como si su aspecto no fuese ya lo suficientemente marrullero lucía además una pequeña cicatriz en su labio inferior que hacía que éste se contrajera hacia dentro en una mueca bastante grotesca cada vez que abría la boca.

Mayo suspiró con desazón.

—Te estás matando —le dijo mientras se sentaba en una silla, la única que había, y echaba mano de sus cigarrillos.

—¿No me digas?... —le respondió *el cordobés* en un tono rutinario y cargado de aspaviento— Y yo que creía que ya estaba muerto. Qué

quieres, Mayo.

—Estoy montando un operativo.

—...¿Un operativo? —lo imitó otra vez *el cordobés*— Joder... —rió— Nunca aprendiste a hablar cristiano —y arqueó las cejas— Estás montando un *tinglao* —lo corrigió— Pero ya te he dicho que yo estoy muerto, me pegaron un tiro ¿Lo recuerdas?... ¡PUM! —abrió de repente las manos como si algo hubiese estallado entre ellas y después de eso rió otra vez— Claro que ni la puta de mi exmujer, que ahora vive de mi pensión, «*muerto en acto de servicio*» —se pavoneó—... asistió al funeral. Así que a quién coño le importa.

—No olvides que si no te hubiésemos matado... ahora estarías muerto —le recordó Mayo en un instante.

—Bonito juego de palabras —se burló de él otra vez *el cordobés*— ¿De quién se trata esta vez?...

—De nadie en particular.

—Vamos, no me jodas —rió de nuevo *el cordobés*— No estás reclutando asesinos para matar ratones.

—Ya te enterarás. Si aceptas este trabajo —le recordó, y se encendió el cigarro que aún sujetaba apagado entre los labios.

—Entonces ya lo veremos —ladró *el cordobés* clavando sus pupilas demasiado dilatadas en la mirada demasiado cansada del comisario.

—Necesito a alguien que dirija a esos pobres diablos —insistió Mayo una vez más— ¿Qué coño tienes tú que perder?...

Y por primera vez desde que el comisario entró en su apartamento, *el cordobés* tardó más de un segundo en responderle:

—Por qué no te vas a la mierda...

—Piénsatelo —le pidió Mayo, y entonces se puso en pie y se dirigió a la puerta.

«¡Joder!» se quejó para sí el cordobés, pues Mayo siempre había conseguido sacarlo de sus casillas, siempre... «*Tienes la mano rota para repartir mala leche, cabrón*»

Y cuando al fin el comisario salió de su apartamento (fumando, renegando

y cerrando la puerta de un fuerte golpe) oyó a sus espaldas:

—¿Ya se ha marchado el poli?...

Entonces *el cordobés* volvió a sonreír, murmuró un juramento por el que si le preguntasen después seguramente negaría, se dio la vuelta y la vio: envuelta en su bata de ducha, apoyada en el umbral de la puerta del baño.

—Sí. Se ha ido.

Y con un sugerente movimiento de caderas por cada uno de sus descarados pasos, dejando así que *el cordobés* entrevistara, admirara y volviera a desear sus largas piernas desnudas, blancas como el marfil, mientras se escondían y descubrían bamboleándose en el interior de su albornoz gris y malva... ella se hizo con los cigarrillos que había dejado sobre la cómoda, se llevó uno a los labios y lo encendió. Después aspiró profundamente y dijo...:

—¿Por qué todos los hombres con los que me acuesto tienen la misma puta manía de buscarse siempre la puta vida de *tinglao* en *tinglao*?

—copió sus palabras, con punta y la mirada fija en el remolino de humo que formaba las brasas de su cigarrillo enfrente suyo— Por qué coño no os buscáis un empleo normal como la mayoría de la gente...

A *el cordobés* su pregunta pareció hacerle gracia.

—Joder... Pues... sal con un funcionario —le dijo elocuentemente—, si es que crees que eso aportará estabilidad a tu vida.

—Ya me has entendido —le reprochó ella, sin parecer realmente enfadada, como si estuvieran hablando de lo más anodino, mientras dibujaba ahora aros de humo con sus labios incandescentes.

—Vamos... —rió esta vez *el cordobés*— ¿No me decías anoche que soy un sol?...

Y esta vez fue a ella a quién su pregunta pareció hacerla reír.

—Sí... De los que salen y se ponen todos los días —le dijo— Huyo de mi novio para alejarme de la vida tan perra que lleva, y caigo en manos del perrero.

Entonces *el cordobés* le dedicó otra de sus sarcásticas sonrisas, se diría que de pura melancolía.

—Qué quieras que te diga, Lucy... Esta vida es muy perra.

Capítulo 15

Cardona

La radio se puso en marcha como por arte de magia (*porque es lo que ocurre si la programas para que te despierte a una hora, y siempre a la misma puñetera hora... ¡Joder!*). Cardona se preguntó por qué narices tenía que despertarse siempre con la misma emisora, por qué narices eran siempre las mismas noticias, y tomó nota de que debería resintonizar la radio del despertador para despertarse de mejor humor otro día.

—Si sintonizara algo de música, la que sea... —se dijo— seguramente las mañanas me sabrían mejor.

...marido se acuesta con otra mujer, el caso de Bárbara nos...

—Cuánta mierda... —murmuró mientras ponía el café a calentar y se dirigía a la ducha.

Entonces entró en el baño y se observó en el espejo, y éste tuvo la indecencia de decirle a la cara (una mañana más) la mala cara que hacía siempre por las mañanas. Cada mañana envejecía un año y cada año una vida entera.

—Ummm... —negó con la cabeza y un gesto de abatimiento hacia su otro yo quien parecía que se burlaba sin apartar la mirada de él reflejado en el espejo enfrente suyo.

...A la mierda.

Se dio una ducha larga, y perdió el tiempo dejando que el chorro de agua a veces fría a veces caliente le masajeara la columna, la nuca y la espalda; entonces el agua le arrebató un suspiro y se apoyó con ambas manos contra la pared de viejas baldosas lacadas para terminar suspirando de nuevo, lánguidamente esta vez. *Ummm...* Se dio una de esas duchas reconfortantes, una de esas duchas tan largas que de ser siempre así la *sociedad de aguas de barcelona* se te merienda vivo. Y bajo el agua recapacitó sobre qué motivo tendría él que le «obligase» a rechazar la oferta de Mayo, se dijo que quisiera tener alguno pero... no lo tenía, porque ya no tenía a nadie, porque hacía años que su vida se había ido al traste y porque Mayo tenía razón. Entonces (otra vez) se acordó de la que una vez le prometió que siempre lo amaría, en la salud y en la enfermedad en la riqueza y en la pobreza hasta que la muerte algún día los separase, pero la muerte no los separó, lo hizo un tío del que Cardona tenía que admitir que era un hombre decente y que podía darle una vida

mejor que la que él siempre le propició.

Marisa. Tal vez, quién sabe...

Salió de la ducha y la radio seguía escupiendo estupideces. Entonces buscó otra cosa, cualquier cosa, jugó con el sintonizador de la radio para dar con algo que al día siguiente cuando lo despertase lo hiciese de mejor humor...

...Shrrr... tificado como Alejandro Díez abandonaba el edificio hacia las diecisiete treinta horas arma en mano. Tras no hacer caso de reiterados avisos por parte de la policía y tras levantar el arma en gesto amenazante, debido a la gran afluencia de gente y medios presentes los agentes de policía que se encontraban en el lugar se vieron obligados a abrir fuego...

Pero no había nada. El mundo que un día le prometieron se había ido a la mierda y la vida era una mentira disfrazada de buenas intenciones que ya no engañaban a nadie.

Finalmente apagó la radio. Y descolgó el teléfono, y marcó...

Riiing... Riiing... ¡Clic!

—¿Diga?...

—Marisa.

—Diego...

—...

—...Diego... Qué...

—¿Cómo estás?... —la interrumpió antes de que pudiera preguntarle cualquier cosa cuya respuesta seguramente ella ya conocía y a la que él no querría contestar.

—Bueno... Mis dolores de cabeza son cada vez más fuertes, por lo demás bien. Ahora iba a llamar a Anna a ver si puede recibirme.

—¿Por qué a Anna?

—Y por qué no...

—...Bueno, Anna es ginecóloga, ¿qué te va a decir?...

—Es médico, Diego... ¿Crees que los ginecólogos sólo entienden de chochos?...

—Bueno... Sólo pensaba, que...

—Diego... —lo interrumpió ella esta vez— ¿Qué quieres? —su tono de voz no invitaba a una respuesta, porque no la esperaba, porque tampoco la quería. Aquél no era el tono que Cardona deseaba oír de los labios de la mujer a la que todavía amaba, aunque se lo esperaba— Qué quieres Diego...

«Quiero volver contigo, sentir otra vez el calor de tus piernas enroscadas a mi cintura, quiero despertarme contigo todas las mañanas de mi vida,

quiero acariciarte la espalda, comerme tu nuca a besos, quiero volver a sentirme vivo»

—Nada —le dijo por fin— Nada, disculpa...

—Claro...

—Claro.

—Cuídate.

—También tú.

—Adiós.

—Adiós.

¡Clic!

Entonces se dirigió a la ventana y se apoyó con ambas manos sobre su marco de madera desgastada, de cantos astillados y de lados bufados después de aquella inundación hacía ya demasiado tiempo, la que intentó disimular después pintando de malva y blanco roto y que se le antojaba ahora igual que su vida presente, pintada con colores vacíos sin gracia ni matices.

...Y se quedó observando la calle, como quien estudia el mapa de un campo de batalla; su mirada perdida entre la acera y la calzada. Pero enseguida volvió en sí, a la realidad, a su realidad, a la triste realidad en blanco y negro que conformaba su vida, y su entorno. De repente sus pupilas regresaron a su lugar y propinó un golpe seco sobre la madera que formaba el marco de la ventana en la parte más baja, activando un resorte (*¡CLAC!*) que dejó al descubierto una pequeña cavidad y en su interior un arma, la misma que le entregaron el día en que dejó la academia e ingresó por fin en el cuerpo de policía, la misma que alegó que había perdido durante una persecución el mismo día en que lo expulsaron del cuerpo, la misma que se había llevado a la sien en un par de ocasiones ya aquel mes... con la mirada turbia por culpa del vino y el corazón podrido por culpa de tantos años malvividos. Entonces se dijo que ya no volvería a apuntar su cañón a su sesera, que a partir de aquel momento ya sólo se desquiciaría de otra manera. Por fin sabía cuál era la respuesta que debía darle a su ex colega del cuerpo.

Capítulo 16

Ángel

Con la misma rapidez con que se introduce en tu corriente sanguínea notas su efecto dilatador en las pupilas de tus ojos, entonces esa corriente se convierte en una marea de aguas tempestuosas (¡el temporal en tus venas!) y de repente la chica del cuadro, aquella chica vestida con lentes que sale de su casa, que tiene a un lado una vieja bicicleta y al otro un perro callejero sin rabo, pierde el óleo que le maquilla la cara, te mira, te sonríe y te dice: *Vaya, hacía mucho que no te metías...*

—...¿Estás colocado? —pero no era la muchacha del cuadro la que le hablaba ahora, sino Manuel, al tiempo que se quitaba el alzacuellos, lo dejaba sobre la encimera y se dirigía a la nevera. Aquella era una pregunta retórica (“*demasiado*” se dijo Ángel) pues Manuel no esperaba una respuesta; sacó el tequila del congelador y se puso una copa— Estás colocado —afirmó esta vez, entonces se bebió el tequila de un solo trago y se sentó enfrente suyo— Vale. Cuéntame... —le pidió a continuación— ¿Cómo fue la entrevista esa? O lo que fuera a lo que fuiste el otro día.

Entonces Ángel se incorporó y la chica del cuadro chistó.

—No lo sé —se pasó la mano por la cara— No sé si debo aceptar ese... —titubeó— «puesto»... —dijo por fin.

—¿De qué se trata?...

Ángel arqueó las cejas, cansado. *Y eso qué más te da...*

—...Manuel —le dijo... Pero no terminó la frase— Oh, mierda...

—...¿Sí?

—Oye... Bueno, mira... Si algo... me ocurriese...

—¿Qué coño te ha de ocurrir, Ángel?... —lo interrumpió casi de inmediato.

—¡Yo qué sé! —saltó Ángel de pronto— Cualquier cosa, lo que sea...

—...¿Ángel? —inquirió su hermano una vez más.

—¡Podría salir mañana a comprar el periódico... y podría atropellarme un

autobús! ¿No?...

—...Está bien —se dio por vencido Manuel, como siempre— Está bien —*Joder, casi mejor no saberlo.*

—...Pues eso —insistió Ángel— Que... si me ocurriese... algo... Tú te harías cargo de Maca, ¿Verdad?...

—...¡Joder! Ya sabes que sí. ¿De verdad necesitas preguntarlo? ¿En serio? ¡¿Por qué coño lo preguntas, Ángel?!... —Manuel sabía que no valía la pena intentar sonsacárselo, porque nunca se lo diría, porque nunca le contaba nada.

—Porque... creo... que voy a aceptar ese... «puesto» —se dijo Ángel entonces mientras le lanzaba una mirada furtiva a la chica del cuadro quien a su vez le guiñaba un ojo y sonreía— Sí. Eso creo...

Capítulo 17

Milo

La comisaría adquiriría otro cariz cuando por fin se quedaba vacía, cuando de repente apagaban tantas radios que no hacían otra cosa que emitir el mismo comunicado desde diferentes frecuencias a tiempos dispares, cuando el humo del tabaco que se acumulaba hasta después de las nueve se disipaba y cuando podías abrir una ventana sin que nadie se quejara porque hiciese demasiado frío o porque el ruido de la calle no dejase trabajar, cuando el jefe Rojas por fin dejaba de ladrar, cuando la mayoría de los ordenadores estaban apagados y los guardias de turno se iban a buscar el café que debía mantenerlos en vela hasta la mañana. Entonces, Milo hubiera jurado que estaba solo...

—¿Te quedas?... —oyó de pronto la voz de su compañero. Mayo salía de su compartimiento, con un cigarrillo apagado entre los labios y buscando despreocupadamente sus cerillas en los bolsillos interiores de su americana.

—Un rato, sí —le dijo Milo con la mirada clavada en la pantalla de su ordenador.

Mayo esbozó una mueca divertida ante la de ceño fruncido de su colega.

—Joder... Dime... ¿Qué hay que haga que el agente Rubio... —le dijo entonces, en chanza— no se largue a su casa después de un día tan condenado como éste?... —«*joder, tan condenado como todos*» pensó Mayo un instante antes de que Milo le respondiera.

—Estoy revisando unas notas.

—Ya —por fin dio con las cerillas y se encendió el cigarrillo, entonces inspiró, espiró y murmuró «ummm»...— Pues yo me largo —le dijo— Nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, Milo.

...La comisaría adquiriría otro cariz cuando se quedaba vacía. Es entonces cuando el cerebro de un policía funciona mejor, cuando puede indagar con total tranquilidad en la ficha del miserable aquel que no le cuadra para nada que forme parte de todo este tinglao (*pero qué cojones*

hace este tío aquí...); aunque la pregunta que de verdad importa es:

¿Quien coño ha elegido a este mamón para que forme parte de este grupo?...

...

—¿Todavía aquí, Milo?...

—¡Joder!... —casi escupe el corazón por la boca del susto. Se dio la vuelta— ¿Qué coño pasa hoy? ¿Es que hoy nadie se va a su casa o qué?...

—Yo sí. Pero creo que Mayo aún anda por aquí.

—No. Acaba de irse —gruñó Milo devolviendo la vista a la pantalla de su ordenador.

—¿Qué estás mirando?... —le preguntó entonces el otro poli.

—La ficha de un pobre cabrón —gruñó Milo de nuevo mientras aquél se le colocaba detrás, bajaba la vista y se fijaba en la ficha de aquel «pobre cabrón».

—¿No es ese uno de los cuatro que han escogido para el operativo que está montando Mayo?... —Milo asintió con la cabeza— Milo... —dijo aquel otra vez— Siempre has sido el que pega primero y después pregunta, y eso cuando le dejas algún diente al... «pobre cabrón» —rió— ¿Qué coño te da ahora por investigar?...

Esta vez Milo dejó de indagar en los archivos y dedicó toda su atención al otro poli— Ya ves —le dijo—, hasta los *pelagatos* sentimos curiosidad a veces. Y el tío este... —añadió señalando con la mirada la pantalla de su ordenador—, ya estuvo fichado en el noventa y dos por un asunto relacionado con Manresa. Dime, cómo coño han pasado por alto algo así los de la OE...

—...No deberías meter las narices en los asuntos de la OE, Milo —lo advirtió aquél.

—Ya te lo he dicho... —fue tajante entonces el agente Rubio— Sólo tengo curiosidad —le dedicó media sonrisa y volvió a lo suyo.

—Pues no deberías —insistió el otro poli— La curiosidad mata a muchos gatos en nuestro oficio.

—No me jodas, *chamo*... ¡Vamos!... ¿Por qué no te vas a detener *yonquis*, que es lo tuyo?... —pero de repente aquél saca su arma de la funda

interior de su chaqueta y apunta al agente Rubio directamente a la cabeza, quien no puede por más que arquear las cejas en un gesto de desconcierto absoluto— ¿Pero qué coño...

—Se te da bien pegar a «los malos», Milo. ¿Por qué coño no dejas las malditas indagaciones para los malditos novatos?...

—No me jodas *chamo*. No seas cabrón. ¡Que no tiene puta gracia!...

...Pero el disparo queda amortiguado por el silenciador de su pistola, y el agente Rubio con la frente sobre el teclado de su ordenador, igual que si estuviese dormido, como si no estuviese acostumbrado a trasnochar por culpa de unas malditas indagaciones.

Capítulo 18

Cardona

¿Por qué llamaban a aquellos lugares «asilos»? «Asilos» recapacitó Cardona, sonaba fatal, peor que fatal (la palabra «asilos», se dijo, daba asco). ¿Y «geriátricos»?... (*Joder, peor... ¡Mucho peor!*). Y no digamos ya «residencias para la tercera edad» porque... ¿a quién COÑO le gusta que le recuerden que está en la tercera edad?, dicho así suena a equipo de segunda división, suena a última estación.

—Mathew, Cariño, Me tienes completamente abandonada. Ya era hora que vinieras a verme. Dime... ¿Cuándo viniste por última vez?... Joder... Ya ni me acuerdo —Cardona se dijo que la palabra «joder» sonaba irreverente en boca de aquella ancianita— Cuando veas a Diego hazme el favor de recordarle que todavía tiene una madre, ¿lo harás?...

Cardona contempló a su madre, sentada en su silla en una esquina del salón de aquella enorme caja expendedora de pastillas (*porque eso es lo que es un maldito geriátrico*) al tiempo que buscaba sus gafas en su bolso «Gocci» de lentejuelas violetas que le había regalado Marisa hacía ya demasiado tiempo.

—Soy Diego, mamá —le dijo mientras se quitaba la chaqueta, la dejaba sobre el respaldo del sofá que tenía al lado y se sentaba en él.

—¿Diego?... —por fin encontró sus gafas, sobre su falda, entonces se las puso y acercó su cara a la de su hijo hasta que lo tuvo a dos centímetros de sus narices— Oh, Diego, cariño... Me tienes completamente abandonada, ya era hora que vinieras a verme, ¿cuándo viniste por última vez?... ¡Cuándo!... Joder... Ya ni me acuerdo... Cuando veas a tu hermano hazme el favor de recordarle que todavía tiene una madre. ¿Harás eso por mí, cariño? ¿Lo harás?...

Cardona suspiró lánguidamente, después cogió la mano de su madre y la escondió entre las suyas.

«*La última vez que vine a verte fue la semana pasada*» estuvo a punto de decirle, «*...y la anterior a esa la semana antes*». Pero, se dijo, tampoco lo recordaría la próxima vez que fuera a visitarla.

—Mateo no ha podido venir mamá, te envía saludos.

«*No ha podido venir porque sigue en la cárcel*» le hubiera dicho Cardona «*...y seguirá ahí unos cuantos años más*».

—Vaya... —sintió su aflicción— ¿Por qué no ha venido esta vez?... —le preguntó, su amable sonrisa de siempre enmarcando su cara llena de arrugas, sus ojos castaños, y vidriosos, y su pelo plateado recogido en una red— ¿Sigue con esos negocios suyos?...

—Sí, mamá... Sí, sigue con esos negocios suyos.

Para qué preocuparla, después de todo Mateo tenía sus propios negocios dentro de la cárcel.

—Viaja demasiado, es un hombre muy ocupado —se quejó su madre— Y eso no es bueno.

—¿Cómo te encuentras?... —trató de cambiar de tema— Dime, ¿estás bien? ¿Te tratan bien aquí?...

—Oh, sí. Estupendamente —seguía sonriendo, rió— ¿Y tú?... ¿Cómo estás, cariño? ¿Y Marisa?... ¿Cómo está Marisa? Dile que venga a verme. ¿Se lo dirás?...

—Claro, mamá.

¿Tenía que contarle otra vez que su mujer lo había dejado? No, para qué.

—Eres un buen hijo —le dijo.

—Mamá... —empezó a decir Cardona entonces—, tengo un trabajo que hacer —entonces sintió que sus palabras se le atragantaban, que se atropellaban y que después se las llevaba el aire antes de llegar a oídos de su madre— Puede... que no te venga a ver en... en un tiempo, mamá.

—No te sulfures, cariño... Me tenéis acostumbrada —una queja dentro de una sonrisa.

Y era cierto, pensó Cardona, porque aunque fuera a verla todos los martes para ella transcurrían meses entre una semana y otra.

—Vendré de nuevo tan pronto haya terminado, ¿de acuerdo, mamá?...

—...Hijo —le preguntó entonces— Dime... ¿Cuándo vas a dejar esa maldita policía?

«Ya no estoy en la policía».

—Un día de estos, mamá, te lo prometo.

—Eso espero, cariño, eso espero... —su sonrisa ya se había acostumbrado a sus mejillas y ya no las abandonaría hasta que su hijo se fuera.

—Volveré pronto —le dijo Cardona finalmente, poniéndose de nuevo en pie y plantándole un beso en la frente— Te quiero mamá.

—Cuídate mucho.

Antes de salir, Cardona le entregó a la enfermera una bolsa de caramelos, de esos con forma de trébol de cuatro hojas que tanto le gustaban a su madre.

—Que no se los coma todos de una vez —le dijo.

—Descuide señor Cardona.

Y entonces pensó que ya estaba listo para ir a ver a Mayo.

Capítulo 19

Toni

La gente cree que los taxistas no escuchan, piensan que son como autómatas que te llevan de aquí para allá y de allá para aquí y que si te dan conversación te van a prestar la misma atención que si fuese la radio la que arreglase el mundo. ¡Pero SÍ que escuchan! *¡Los muy cabrones!* Y los que más los de Barcelona, y de estos el que más... un tal Toni Maneras (*¡joder! ¡A ese no se le escapaba una!*).

Aquel tío (un tío enorme, con melenas y bigote y al que seguramente nadie había tenido las narices de decirle aún lo mal que le olían los sobacos) se había puesto a hablar por el móvil nada más subirse a su taxi, después de indicarle a Toni a dónde se dirigía:

—A Balmes con Rosellón —le dijo.

Y entonces comenzó a largarlo todo, porque nadie espera que a un taxista le importe sus historias personales, y, de ser así, tampoco se espera que éstas puedan interesarle tanto como le interesaba a Toni la vida de cualquiera que pensara que pudiera beneficiarle en lo más mínimo.

Las coincidencias (o la mala suerte de aquel tío, según se miré) fueron muchas. Pero la clave de todo estuvo en la forma cómo se citó con su amigo, su hermano, su tío, su amante «*o la madre que lo parió*» pensó Toni; pues le dijo:

—Ya tengo los billetes para el crucero —y después de eso— El barco sale mañana a las dos de la tarde del muelle número nueve.

Una frase (puede) de lo más normal, pero no tanto si mientras largaba por el móvil y entre frase y frase empleaba además palabras tales como: «mercancía», «*el trucha*» (a quien por cierto Toni conocía), «ven solo» y «ni se te ocurra joderme».

Toni no pudo evitar que una sonrisa socarrona asomara a la comisura de sus labios mientras jugueteaba entre los dientes con un palillo y observaba a aquel tío enorme a través del espejo retrovisor.

Si aquel tío hablaba con su mujer (o con su marido, se dijo Toni, por lo de «solo») para decirle que por fin (porque estas cosas siempre son «¡por fin!») se iban de crucero juntos... no quedaba claro por qué además iba a decirle eso de «ni se te ocurra joderme» cuando (de hecho, pensó Toni) en este tipo de viajes lo que todo el mundo quiere es precisamente eso:

¡Joder!

Pero para peor suerte aún para aquel tío, había empleado un código que ya muy pocos conocían en Barcelona, y habría pensado «*¡pero qué puta mala suerte!*» de saber que el taxista que lo llevaba lo conocía perfectamente. Porque «*ya tengo los billetes para el crucero*» y «*el barco sale mañana a las dos de la tarde del muelle número nueve*»... no significaba otra cosa sino: «*ya tengo el dinero, quedamos mañana a las dos de la tarde en el muelle número nueve*». Y eso, tooodo eso, fue lo que llevó a Toni a estar en el muelle número nueve aquel martes por la tarde.

Toni acudió media hora antes de la hora señalada, pues desconocía en qué parte del muelle número nueve se daría lugar el intercambio de lo que fuera que lo había llevado hasta allí (algo que de hecho no le importaba en absoluto).

Lo que le importaba: Uno, que el que se subió a su taxi llevaría la pasta; dos, que otro tío o tía o tío disfrazado de tía llevaría cualquier cosa que pudiera pagarse con dinero en metálico (drogas, armas o información de esa que siempre acaba saliendo a la luz y que siempre acaba haciendo dimitir a algún alto cargo gubernamental, cuando no salpica a la guardia civil o a la Iglesia); pero eso, lo que fuera que el otro fuera a «comprar», a Toni le traía al fresco. Ya en el taxi, veinticuatro horas atrás, antes de que aquel tío enorme se bajara, se despidiese (cortésmente, eso sí) y no le dejase propina (*¡el mu mamón!*)... había decidido que sería más fácil esperar a que se produjera el intercambio que enfrentarse a dos tíos a la vez, sobretodo porque así se las vería con quien fuera que iba a recibir la pasta y no con aquel ogro que, se dijo, igual pesaba doscientos kilos; cualquiera que fuera a recibir el dinero tenía muchos puntos para ser más fácil de impresionar y, si cabía, también de reducir que aquel tío enorme que había dejado en su taxi un olor a sudor tan insufrible.

Así pensaba Toni Maneras.

Así que se compró un bocadillo de lomo con queso y se sentó en un banco. Desenvolvió el bocadillo, le dio un mordisco, maldijo una vez más el frío que hacía aquel día y se dedicó a observar:

- A los empleados de una agencia de transporte rápido descargando cajas y llevándolas hasta un almacén que hay en el mismo puerto.
- Al niño que sale con sus padres pijos de algún restaurante de lujo y que lleva una pataleta de la leche porque seguramente su papá no ha accedido a comprarle un condenado tren de juguete que ahora resulta que se convierten en robots.
- A la nena aquella de quince, dieciséis o diecisiete que tal como va vestida parece lo que no es de veintitantos.

- El autobús que acaba de llegar y del que se bajan un porrón de turistas, casi todos chinos (...o japos, porque quién coño los distingue).
- Al motorista que de repente se salta un semáforo porque llega tarde a entregar una pizza.
- Al coche que (de repente también) frena en seco y que le pita al motorista.
- El motorista que le enseña el dedo al del coche y que deja que la mozzarella se desplazase sobre la base de la pizza a ochenta por hora y quede toda en un lado para que quien la vaya a recibir le diga que se la vuelva a llevar.
- Un perro vagabundo (no, dos,... el otro venía detrás).
- Al niño pijo que ha dejado de patalear y que ahora se sienta en el suelo, y al papá que le dice que si no hace caso lo meterá en un internado.
- A la pareja de enamorados que pasea por el puerto admirando el agua contaminada bajo los cascos de los barcos igual que si fuera la de un manantial con nombre y con denominación de origen.
- Al tío ese gordo con americana, melenas y bigote con un maletín forrado de pasta de la mano, el tío ese que se subió a su taxi hacía sólo veinticuatro horas, el tío ese al que estaba esperando...

Entonces Toni se levantó, hizo una bola con el papel de aluminio con el que le envolvieron el bocadillo y lo tiró a una papelera, le dio un último mordisco al bocadillo y lo tiró al suelo. Y siguió (guardando las distancias) a aquel hombre. Pero no caminaron durante mucho tiempo, al poco éste se encontró con su contacto con quién se estrechó en un fatuo abrazo que apestaba a vergonzosa hipocresía (a partes iguales tanto por uno como por el otro) y se pusieron a hablar: Que «*qué tal tu mujer*», que «*qué tal tus hijos*», que «*qué tal tu reuma*»,... hasta que el gordo de la americana (ipor fin!) le enseña la pasta al otro y es entonces cuando a Toni se le ponen los ojos como platos.

...¡Joooé!

Acto seguido el gordo le entregó el maletín al otro tío (un hombre estirado, calvo, con barba de dos días y un traje de color gris que no se había quitado hacía al menos tres). A su vez, el calvo estirado le entregó otro maletín que se suponía contenía la información que mandaría al cuerno al actual gobierno de España y... ¡Ya está!

Y otro abrazo de gatos, y «*cuídate*» y «*saluda a tu mujer*» y también (se dijo Toni, aunque ninguno de los dos lo diría) «*que te den por saco*».

Entonces el calvo estirado del traje gris se fue por donde había venido y Toni lo siguió (cruzándose en su camino con el otro, el *puto gordo*, que de repente, pensó Toni, parecía haber perdido veinte kilos).

Toni siguió al hombre del maletín del dinero durante un par de minutos (aproximadamente cien metros) hasta que por fin dobló por la esquina del

diablo y...

¡Vamo Toni joé!... (ipistola en ristre!).

...Y de repente:

—¡Dame la pasta, ya!

Entonces a aquél se le fueron las cejas hasta detrás de la nuca.

—Pero... ¿Qué? ¿Qué dices? ¿Quién coño... —le preguntó el otro más confuso que alarmado.

—¡El maletín! ¡Coño!...

¡Y no me vacile que me pongo mu nervioso si m'enfado!

—¿Pero tú ya sabes lo que estás haciendo, niño?...

—Ahorrarme lo que *cueta* el puto gordo de *navidá* durante lo *prósimo* ochenta *año*. ¿No te jode?... *¡Vamo*, coño!... ¡El maletín! *¡JOÉ!...*

—Escucha chaval...

—*Cusha* tú cabrón... ¡Cómo *t'entra* el plomo en la mollera si no te *calla*!
—le clavó el cañón en la sesera y le quitó el maletín.

—Te estás equivocando, niño...

¿Ah sí?...

...«Tal ves» pensó entonces Toni cuando de repente aparecieron más de veinte maderos (pero de los chungos, se dijo, «*de los que visten de azul oscuro y llevan chaleco, casco, recortás y granás por cojone*»).

—¡AL SUELO CABRÓN! ¡AL SUELO! ¡JODER! ¡AL SUELO YA!

Toni no estaba sordo, pero ahora era a él al que le tocaba no vacilar. Así que soltó primero el arma y después el maletín y se estiró en el suelo con las manos sobre la cabeza (porque ya conocía el «protocolo», y lo conocía bien).

¡Joé!

¡Joé!

¡Joé!...

Y en aquel instante se le acercó aquel al que hacía sólo un rato estaba intentado robar, con una placa ahora colgando de su cinturón cuan

ostentosa condecoración.

—Pero serás gilipollas...

—¡Antonio Maneras! ¡COÑO!...

¡Coño!...

Toni se estremeció, al parecer alguien lo conocía (*«pero quien coño va a conoserme...»* se dijo), pero él también conocía, se dio cuenta, aquella voz...

Quién...

Entonces el poli del traje gris desvió la vista y Toni la siguió. Y entre tanto poli con chaleco, casco, el dedo en el gatillo y la adrenalina por las nubes... ahí estaba: Mayo.

Capítulo 20

Mayo

—...¿Quién mata a un policía en una comisaría?

—¿Hace falta que se lo diga?...

—¿Tenemos un topo?

—Un topo no. Un maldito cabrón.

Así era el jefe Rojas, siempre con la palabra *cabrón* en la boca. Un tío enorme, entrado en años y en peso y con la cabeza totalmente rapada por negarse a lucir aún la coronilla que empezó a asomarle ya antes de los veinte; él decía que aquello no lo acomplexaba (algo que todo el cuerpo sabía que era mentira) pero aún a sus sesenta y seis años, el tipo de poli que jamás se jubilaría prefería raparse a parecer el viejo en que se había convertido, y ahora además ("para más coña todavía" decían en los pasillos de la comisaría y en los bares en los que se juntaban los policías) había empezado a dejarse bigote, un espeso bigote tipo *resines* años ochenta con el que parecía sentirse muy a gusto.

Mayo maldijo para sus adentros, se encendió un cigarro, murmuró "menuda mierda" y dijo:

—Entonces hay algo que me preocupa más que el que le den una medalla a la mujer de Milo.

—¿Hay algo que le preocupa más que el que a su compañero se lo merienden los gusanos?...

—Seguro que los gusanos no comen tan bien desde hace mucho —gruñó Mayo fijándose en las teclas del ordenador que habían quedado marcadas en la frente de su compañero después de pasar en ella toda la noche— Milo era un buen hombre.

—Un poco... capullo —opinó Rojas.

—Sí —le dio la razón el comisario— Pero le había cogido cariño.

—Lo que le preocupa... —lo instó a continuar Rojas.

—...Es que si hay un cabrón entre nosotros... —lo interrumpió Mayo—, quién le dice a usted que no soy yo. Y quién me dice a mí que no es

usted.

Entonces Rojas se pasó la mano por su larga cabellera rapada hasta la nuca— Pues... se va a crear un mal rollo de la leche ?gruñó.

Aquella tarde Mayo cumplió con una costumbre que tenía hacía tiempo olvidada, y se dirigió al Bar Restaurant *El Celler* (aquél en las ramblas) al que solía ir con Milo pero al que no acudían desde que la mujer de éste comenzó a quejarse y a preguntarse por qué narices pasaban tanto tiempo en aquel lugar del que no entendía qué encanto le encontraba su marido, en el que Milo se pedía un cortado y él un whiskey, comentaban el partido del domingo pasado con el bueno de Elías y charlaban con los gatos del barrio que aún frecuentaban aquel lugar.

De repente sienta mal, pensó Mayo, no poner la oreja para Milo, aunque lo cierto es que pocas veces lo escuchaba. Elías, quien llevaba años sirviéndoles siempre lo mismo y a la misma hora ("*Para mí un whiskey*". "*Para mí un cortado, corto de café*") se quedó blanco cuando se lo contó.

—¡Joder! ¡¿Milo!? ¡No me jodas!... Milo es un buen tío —dijo Elías nombrándolo todavía en presente.

"*Siempre lo son. Todos los son*" se dijo Mayo, pues Milo no era el primer compañero al que le quitaban de en medio, "*...algo que ocurre si te pasas tocándole los cojones demasiado a alguien*" y ahora se trataba de averiguar quién "*coño*" era ese "*alguien*".

—Claro... —le respondió al barman guardándose para sí sus propias sospechas.

Pero lo jodido del jodido asunto, continuó deliberando Mayo, es que si Milo estaba metiendo las narices en "algo"... seguro que estaba relacionado con la operación Manresa, y lo habían matado por ello.

—...¿Me invitas a un trago? —oyó de repente a sus espaldas, entonces se dio la vuelta y se encontró con Cardona— Estoy sin un puto duro.

—¡Vaya! —opinó Elías— ¿En serio?...

—¡Menuda novedad! —gruñó Mayo— ¿Es que no te pagan en los juzgados esos en los que trabajas ahora?...

Cardona se sentó a su lado y obvió las preguntas de ambos.

—Me he enterado de lo de Milo —le dijo— Lo siento. En serio.

—¿Cómo te has enterado?

—Bueno... —pronunció Cardona— Aunque ya no esté en la policía, todavía tengo mis contactos.

—Ya.

—¿Qué sabéis?...

La pregunta a Mayo le hizo gracia, y rió con cierta hipocresía (*¡hay que joderse!*).

—Nada —confesó el comisario— No sabemos una mierda. Nada de nada.

—Un tío cabrón entra en una comisaría y se carga a un poli —resumió Cardona con cierto sarcasmo en su áspero tono de voz cargado de nicotina— Y no sabéis... ¿Nada?...

—No seas capullo, Diego, ¿quieres?...

—Cuéntamelo —insistió.

—Quien fuese apagó las cámaras de seguridad antes de cargárselo, fue algo del todo premeditado. Borró el historial del ordenador y después lo apagó, así que tampoco sabemos en qué coño estaba indagando Milo, y en el teclado, antes de que preguntes, hay huellas hasta de la señora de la limpieza. Así... que no sabemos una mierda.

—Entonces... —comenzó a dilucidar Cardona.

—Entonces... —lo interrumpió Mayo enseguida— Quién sea que se cargó a Milo no es «un tío cabrón que entra en una comisaría y se carga a un poli» —dijo haciendo alusión a su pavonería de hacía sólo unos segundos— Quién sea que se cargó a Milo ya estaba en la comisaría.

—Joooder...

—Sí. Joder.

—¿Tenéis un infiltrado?...

—No, un infiltrado no, un maldito cabrón —o al menos eso había dicho Rojas.

Cardona no llegó a tomarse nada, porque no quería nada en realidad. Así

que se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

—Nos vemos mañana en el polígono —le recordó al comisario mientras se alejaba. Pero antes de salir se detuvo un instante, se dio la vuelta, y le preguntó— Oye, Víctor... —Mayo ni siquiera le dedicó una mirada— Dime una cosa... ¿Os ha costado mucho dar conmigo?...

—En absoluto —le dijo el comisario apurando el final de su vaso que ya sólo contenía hielo y frustraciones.

—Ya... Eso suponía.

Capítulo 21

Cardona

Apretó el gatillo de su vieja *beretta* de nueve milímetros, y con sólo escupir la bala que se le atragantaba en el cañón llevó éste hasta detrás de las orejas de Cardona dejando escapar una humareda de una calada que mataría a cualquiera.

La bala silbó atravesando el descampado que quedaba detrás de su casa, el ruido amortiguado por los trenes de cercanías. Pasó por encima de matojos secos, de latas, de botellas de plástico y de cristales rotos, corrió a lo largo de la empalizada de «*TONI Y TERE PARA SIEMPRE*» y voló sobre las bolsas de basura negras, marrones y amarillas recicladas todas en un mismo montón, desplazándose por encima de los gatos que acampaban en el parque y por encima de ratas, ratones y condones, por encima de los restos del botellón de la noche anterior y de un viejo cuadro con caballos que llevaba ahí ya más de dos semanas, un sofá destripado, una revista porno, un coche de juguete y una pantalla de ordenador... hasta la lata de *dammlemon* que había colocado a unos doscientos metros y que al impacto salió disparada veinte metros más adelante.

—...¡Joder, Diego! Debería detenerte por lo que estás haciendo. ¿Lo sabías?...

Pero quién coño...

Entonces Cardona se dio la vuelta y se encontró cara a cara con un poli uniformado, con gorra, porra y mala leche (o lo que es lo mismo, se dijo «*...con el kit al completo*»).

—¿Ricky?... —pronunció entonces con una sonrisa socarrona asomándole al rostro, dejando caer el brazo que por el peso del arma cayó y quedó colgando como el pobre desgraciado al que un pueblo ha ahorcado.

—¿Qué? ¿Coño? ¿Haces?... ¿Diego?...

—Practico mi puntería. Qué... ¿Te apuntas?

—No, gracias. En la academia nos ponen a un tío de cartón para estas cosas —alegó Ricky, con sorna— ¿Cuándo te han devuelto el permiso de armas?...

—¡Coño Ricky, no jodamos! —lo increpó Cardona de inmediato— Además,

ahora trabajo de alguacil en los juzgados, vuelvo a tener permiso.

—¡Sí!... ¡Pero no puedes disparar a botellas en un parque! Joder, podrías herir a un niño.

Cardona miró en derredor...: ni un alma en lo que seguramente eran cientos de metros a la redonda, a excepción de las de los gatos que seguramente ya perdieron seis. Tan sólo mierda, por todas partes.

—...Tienes razón. No lo había pensado —le dio la razón con punta— Además —se adelantó a la siguiente intervención del policía? No era una botella... Era una lata.

Entonces Ricky lo amonestó con una mueca que Cardona conocía muy bien, y rieron.

—Pero qué cabrón... —continuó Ricky, riendo.

—¡Joder! ¡Cuánto tiempo! —pronunció Cardona al cabo— ¿Qué coño haces de uniforme? No me jodas que aún haces la calle...

—Sí, como las putas.

—Como las buenas, espero —le dijo después llevándose un cigarrillo a los labios— Pues a estas alturas te hacía en un despacho llenándolo de humo cuando Rojas no mira —le ofreció tabaco.

Ricky aceptó su invitación.

—Como las buenas, claro... De las que te cuentan chismes y te cobran barato —entonces los dos sonrieron: melancólicos, viejos y sin quedarles ya nada más que aprender de aquellas calles— Rojas...— musitó a continuación.

—Rojas. Sí... —le dio la razón Cardona, los dos sabían de qué hablaban.

Entonces Cardona le ofreció fuego y después también él se encendió su cigarro.

—Dime —preguntó Ricky de nuevo— ¿Hay que practicar mucho con el arma para vigilar en los juzgados?...

—Pues no, la verdad —le confesó Cardona mientras devolvía su arma a la cartuchera que le colgaba por debajo del brazo, al tiempo que escupía una larga bocanada de humo— No —dijo otra vez— Pero Mayo me ha reclutado para un *tinglao* que están organizando en la Central, aunque

aún no sé bien de qué se trata.

—¡Pero qué cabrón! —rieron otra vez— Nunca cambiarás. ¡Un *tinglao*! ¡Y con Mayo! ¡¿No te jode?! Nunca, nunca cambiarás... Eres un cabrón mentiroso y un iluso Diego Cardona —le dijo haciendo teatro— ¿Lo sabías?...

—Lo sé, Ricky. Joder si lo sé.

—Bueno... Oye yo tengo que irme. Cuídate mucho, ¿vale, compañero?... —se despidieron al fin— Y... ¡joder! *Cuidao* a qué coño le disparas, ¡¿vale?!...

—Claro, Ricky. Cuídate tú también —le dijo mientras lo dejaba solo otra vez, rodeado de latas, plásticos y cristales rotos.

«*Eres un cabrón mentiroso y un iluso Diego Cardona*»

Que era un cabrón mentiroso ya lo sabía, se dijo Cardona entonces. Pero tal vez Ricky tuviera razón y también fuera un iluso y por eso se había dejado convencer por Mayo, por la cantidad de adrenalina que corría todos los días por sus venas y por su «*iputa manía de no querer dejar (NUNCA) de intentar hacer de esta puta ciudad un lugar (aunque sea SÓLO) un poco mejor!*»

Capítulo 22

Ángel (de esto es de lo que va el juego)

Lo recibieron las mismas caras de tres días atrás:

La del calvo con barba que consulta el plano de una marquesina que hay a doscientos metros de la nave, la de aquél del mono manchado que comprueba la caja de un semáforo que él mismo ha desconectado y las de los dos que dan vueltas en una furgoneta de reparto con el logo de una sirena azul estampado en un lado. *¡Joooder!* Todos ellos policías. *¡Claro!...* Ángel ya se había dado cuenta de ello hacía tres días cuando acudió allí por primera vez, y no pudo evitar que una sonrisa socarrona le asomase a los labios ante tantas evidencias. Entonces (como la otra vez) pasó por delante de todos ellos y (como la otra vez también) estos hicieron o hicieron que hacían caso omiso, ya que también ellos sabían quién era él y a qué había acudido allí aquella noche.

Lo que de verdad le sorprendió fue el interior de la nave, de aquella nave mugrienta en la que los habían reunido un domingo (una mesa y cuatro sillas) y que ahora se le presentaba como si se tratase de una central de operaciones del mismísimo Pentágono (claro que Ángel no sabía como era el Pentágono, pero, se dijo, por fuerza tenía que parecersele). Pensó que al menos habría un centenar de personas, así como equipos electrónicos de todo tipo igual que si hubieran crecido con sólo regarlos de la noche a la mañana, todo el mundo parecía conocer perfectamente su trabajo y la consola a la que se le había asignado, cientos de impresos iban y venían de aquí para allá y vuelta, y, por supuesto, se daban órdenes, claro «*son la policía*» se recordó Ángel «*y seguramente habrán insonorizado este sitio para que todo este alboroto no trascienda y la gente siga creyendo que aquí sólo se corta bacalao (literalmente, claro)*».

Entonces vio a Cardona hablando con Tián. Separado de estos, solo, en una esquina, apoyado contra la pared y contemplando aquel vaivén de impresos y de órdenes y de maderos igual que si le hubiese sido asignada la supervisión de cada gesto de cada poli de aquel equipo... se encontraba Toni, y vio como le decía algo a una chica que pasaba por su lado, pero ésta lo ignoró y siguió su camino y al pasar junto a Ángel casi lo tiró al suelo de un empujón.

—Joder... —se quejó— Perdona —continuó.

—¡Quiero esos jodidos informes y los quiero para ya! ¡¿Estamos?!...
—alguien algo nervioso y Mayo en la otra punta de la nave, impertérrito.

El comisario lo vio y lo saludó con un gesto de la cabeza, un cigarrillo en la boca y una nube de humo a su alrededor.

—¡Necesito a los equipos uno, dos y tres a veinte putos kilómetros de Manresa! —seguía aquél, fuera quien fuera pensó Ángel, con los putos nervios por las putas nubes.

—...¡Ángel! —oyó a Mayo entonces, acercándosele, hasta que se le plantó a veinte centímetros de sus narices hablándole entre tenues volutas de humo huyendo de las comisuras de sus labios— Me alegra que haya decidido unirse a nosotros —le tendió la mano.

—¿Qué... Qué es todo esto?... —le preguntó Ángel mientras estrechaba su mano tratando al mismo tiempo de no fumarse él también su cigarrillo.

Mayo sonrió, ladró algo ininteligible y aspiró profundamente. Las brasas de su cigarro se encendieron y escupió otra bocanada antes de continuar hablando. Ángel pensó que se le veía de buen humor, que tal vez aquello le gustaba, después de todo, se dijo, aquel era su trabajo, ¿o no?... y después de todo el que se hace policía... se hace policía porque aquel tipo de mierda le gusta.

—¿Acaso no es obvio?... —contestó entonces con elocuencia el comisario, aunque sin falta del sarcasmo habitual en su tono de voz cansino— Es... nuestra nueva central... de... de *operaciones encubiertas*... Sí, eso... Si es que quiere... llamarlo así...

—Y ¿por qué aquí?... —le preguntó Ángel al cabo, aunque lo que hubiera querido preguntarle realmente fue «¿*Por qué COÑO aquí?*».

—Ayer encontramos al agente Rubio muerto, en la Central...

—...¿Su compañero?

Mayo asintió levemente mientras aplastaba la colilla de su cigarro contra la pared y enseguida se llevaba otro a la boca, murmuraba, buscaba sus cerillas en los bolsillos de su americana y chistaba con un desdén desmesurado (todo al mismo tiempo).

—Los jefes... —le dijo (encontró las cerillas y se encendió el cigarro)— Los jefes han decidido que este lugar es más seguro, la entrada está restringida sólo a un grupo de personas —«y...» pensó Ángel que le faltó añadir «*si trata de entrar alguien que no pertenece a ese grupo de*

personas se las verá con el poli ese de la marquesina o con el que nunca terminará de arreglar el maldito semáforo»— Piense —continuó Mayo— Piense que la información que recojamos aquí es tremendamente volátil... ¡PUM! —bromeó, se burló de sus jefes— ¡Cuánta mierda!... Ahora... la Central... no parece el lugar... más seguro,... ¿sabe?... Tenemos un maldito topo —y en esta ocasión, con el tono con que dijo «topo» llegó a Ángel el alcohol en su aliento mezclado con demasiada nicotina y rabia (mucho rabia).

No estaba de buen humor, pensó Ángel, lo que estaba era borracho.

—Siento lo de su compañero —consiguió articular.

—Ya. Yo también... —coincidió Mayo, al cabo, como si hubiese tenido que pensarse la respuesta— Yo también —dijo expulsando el humo de su siguiente calada por la nariz.

—Ángel —se les acercó Cardona entonces, seguido de Tián— Pensábamos que no venías.

—Sí. Yo también —bromeó Ángel.

—Pues me alegro de que haya cambiado de idea —intervino Mayo, seco como la noche de aquel verano en que el gobierno ponía restricciones al agua, los maridos restricciones a sus mujeres y las putas del barrio restricciones a los maridos de aquellas mujeres.

«Pues Maca no se alegraría» se dijo Ángel en aquel momento *«si supiera para qué estoy aquí en realidad. Tampoco Manuel ¡Mierda!...»* pues aquella misma mañana le había dicho a su hija que tenía un nuevo trabajo, mientras se enrollaba una corbata al cuello que luego dejaría tirada en el asiento trasero de su coche. El caso es que ella lo miraba con otros ojos cuando se arreglaba para ir a trabajar, y seguramente se lo imaginaba sentado a una mesa en la oficina de una importante multinacional... *«icon aire acondicionado y todo!»* le había dicho ella en una ocasión; pero los asesinos no van a la oficina, se dijo Ángel entonces, ni tienen aire acondicionado, porque para qué enfriar un alma ya de por sí fría.

—Bien... —dejó escapar Mayo otra vez su aliento alcohólico mezclado con su tono de voz sarcástico, y sonrió después en un gesto indescifrable— Entonces parece que podemos empezar... Por aquí, por favor... —les dijo indicándoles el camino.

Capítulo 23

Mayo

«¿Es que no podrían haber escogido un sitio mejor que esta mierda de nave abandonada?...» se dijo Mayo de repente echando una ojeada a su alrededor en la nave del polígono donde los habían reunido otra vez. Entonces se encendió otro cigarrillo y aspiró una larga bocanada de humo, después de eso escupió humo, puso los ojos en blanco (un segundo), chascó la lengua con una mueca cargada de resentimiento y ladró «*hay que joderse*», tras lo cual al fin se dirigió a los demás:

Vamos allá...

—Este es Guillem Manresa —les dijo entregándoles a cada uno una fotografía en blanco y negro de bastante mala calidad junto con unos dosieres que contenían gran cantidad de documentación escrita a máquina y más fotografías.

En seguida los cuatro ojearon el material que acababan de recibir, echando un vistazo rápido a las fotos y sacando el contenido de los dosieres que también ojearon de una pasada; permanecían sentados frente a frente en dos grupos de dos alrededor de una mesa rectangular con un proyector en el centro.

—Un cabrón muy listo —continuó el comisario Mayo mientras regresaba a su sitio, en la cabecera de la mesa, murmuraba algo que ninguno pudo oír y descargaba la ceniza acumulada en la punta de su cigarrillo en un cenicero que tenía enfrente.

—Quién... —lo interrumpió Cardona antes de que continuara explicándoles.

—Quién... qué... —le preguntó Mayo.

—El tal Manresa ¿Quién es?... En la foto.

...En la foto.

Mayo se detuvo un instante y echó una ojeada a la fotografía. Aparecían cuatro hombres en aquella foto y podía no estar muy claro de quién se trataba, aunque, se dijo, Cardona lo sabía de sobras.

—El de la americana a cuadros —pronunció finalmente Mayo lanzando una sarcástica mirada a su ex colega quien le dedicó una sonrisa socarrona

mientras se llevaba él también un cigarrillo a la boca en un gesto bastante mecánico.

Cardona contempló la foto de nuevo, suspiró y se dijo que conocía a tantos cabrones como aquellos cuatro que todos le parecían iguales. Manresa («*el de la americana a cuadros*» y aunque aquél no era su verdadero nombre) ya había recalado en Barcelona hacía cuatro años y fue a él y a un tal Vázquez a quienes les tocó entonces vigilar sus pasos. Manresa era un hombre alto y delgado, de piel macilenta y mirada de psicópata; su palidez en contraste con su larga cabellera negra hacía que Cardona pensase en él como el candidato perfecto para una película de vampiros y siempre se preguntó si es que padecía algún tipo de enfermedad que le otorgase aquel semblante tan pálido y a la vez macabro.

En la foto también aparecía *el siciliano*, situado a la derecha de Manresa, gordo, calvo y con su misma mirada desorbitada de siempre; si aquella fotografía era actual, pensó Cardona en un instante, la verdad es que aquel hombre ya no tenía edad para dedicarse a correr delante de la policía, pero ahí estaba, ahí seguía...

A la izquierda de Manresa se encontraba *nieto*, a quien Cardona también conocía, y se dijo que el pelo que le faltaba a *el siciliano* le sobraba a éste, rió. Lo llevaba recogido en una cola y era casi tan alto como Manresa además de muy (MUY) corpulento; nieto era lo que se dice «*un puñetero armario*» que ya debía rondar los cincuenta y que seguramente seguía machacando cabezas, estaba seguro Cardona, «*como josdeputa de treinta*».

Y por último estaba *turco*, quien en la foto aparecía algo apartado del resto, como si no formara parte de aquel grupo, como si hubiese aparecido en aquella fotografía de casualidad,... pero de quien Cardona sabía que lo que hacía era cubrir las espaldas de los demás. *Turco* era un hombre de treinta y tantos (mayor, se dijo Cardona, si se le comparaba con el niño que era en realidad Manresa) y aunque distante en la imagen y aunque ésta fuese de bastante mala calidad, su enorme cicatriz, que le recortaba el lado izquierdo de la cara desde esa ceja hasta el mentón,... resultaba inconfundible.

—...El de la americana a cuadros —continuó Mayo haciendo regresar a Cardona a la mugrienta habitación de la mugrienta nave en la que estaban reunidos— mueve hoy más de la mitad de la coca que viaja cada día de Centroamérica a Europa, y ahora mismo se encuentra en España, aquí, en Barcelona, a doscientos kilómetros de este polígono para ser más precisos. Naturalmente «Guillem Manresa» no es su verdadero nombre, claro que no, en realidad se llama Lucio Testarrosa, pero nosotros nos referiremos a él como «Manresa». Los que lo acompañan... —continuó entonces plasmando la misma fotografía en blanco y negro contra la pared

a modo de diapositiva después de que la chica que casi arrolla antes a Ángel apagase las luces de la sala— Estos tres de aquí... —y los señaló uno por uno con los dedos índice y medio con que sujetaba el cigarrillo— son *turco, el siciliano y nieto*; sus lugartenientes, por así llamarlos. Naturalmente tampoco estos son sus verdaderos nombres, pero ahora eso no es lo importante.

—¿*Tenemo* que *cargarno* a *toos* esos tíos?... —lo interrumpió Toni de repente, haciendo visible su ansiedad por apretar el gatillo, señalando con un gesto de la cabeza a los cuatro gángsters proyectados sobre la pared.

...

Mayo se quedó mirando a Toni, tan sólo un instante, pero un instante desconcertadamente largo durante el que se hizo entre ellos un hueco un silencio («*jodidamente*» se dio cuenta Cardona) incómodo. Entre la oscuridad que los envolvía, detrás del proyector, ninguno podía verle los ojos a Mayo, pero todos pudieron advertir su mirada, la del perro viejo que ya ha perdido el apetito.

—Claro —contestó Mayo por fin— Y también a *binladen*, y a *castro*... Y si nos sobra tiempo incluso a uno que hay en China que creo que anda ahora tocando bastante los cojones también. Pero empezaremos con éste y, si no la jodemos, señor Maneras... —le dijo con especial énfasis en la palabra «jodemos»—, porque ante todo se trata de ayudar y no de dar por culo a la pasma, señor Maneras —en aquel instante la expresión en la cara de Toni era un extraño combinado de rabia, de «*mejor no contestes*», con cuatro gotas de amargura y de una mala leche tan mala que podía olerse antes incluso de abrir el *tetrabrick*—... entonces ya veremos si nos sobra tiempo para acabar de salvar al mundo —hizo una pausa— El problema... —y entonces se dirigió de nuevo al resto del grupo— es que si quitamos de en medio a Manresa cualquiera de sus *subcabrones* no tardará más de un par de días y un par tiros en la nuca a los otros dos en ascender. Si eso ocurriese, los tres cuentan con organizaciones propias y cada uno de ellos tiene sus propios contactos, contactos que hoy desconocemos, y sería como empezar de cero. Trabajan para Manresa pero no están en nómina, no sé si me explico, y que cualquiera de ellos asumiera el cargo significaría tirar por tierra un huevo de años de trabajo e impuestos de esos que nunca se invierten en infraestructuras porque tendríamos que investigar de nuevo al capo de turno y volver a infiltrar a nuestros mejores agentes (a los que aún no les han pegado un tiro) porque a día de hoy aún desconocemos cuáles son los contactos de cada uno de ellos. Por eso... —cogió aliento— Por eso vamos a eliminar a estos tres mamones antes de cargarnos a de Niro. Por eso vamos a empezar por abajo.

Capítulo 24

Cardona

No es que a Cardona le gustasen los hombres, no, a Cardona le gustaban las mujeres; las mujeres, de hecho, lo volvían loco: morenas, con piernas de seda, labios de acero, dientes de espuma y puñales en los ojos. Pero acostumbraba a ir a aquel bar en el Eixample en que sólo había hombres, una bandera con los colores del arco iris a la entrada y su amigo Rafa detrás de la barra.

Rafa y Cardona se conocían de siempre. De niños vivían el uno a quinientos metros del otro en el barrio de El Raval, fueron juntos al mismo colegio, al mismo instituto y ninguno de los dos fue a la universidad; cogieron sus primeras borracheras juntos, perdieron la virginidad juntos (aunque por separado) y fueron los reyes del mambo de Barcelona allá por los setenta, e incluso hicieron juntos la mili; después de eso Cardona ingresó en la policía y Rafa montó un bar que de los setenta a los noventa fue bar de desayunos y de platos combinados, bar de copas después y, finalmente, bar de ambiente, y como Rafa le dijo en una ocasión a su amigo *«tío, nunca me había ido tan bien con la mierda del bar desde que los tíos se lían con tíos y las tías con tías»*

Acostumbraba a ir a aquel bar en el Eixample en que sólo había hombres, recordaban los viejos tiempos y bebía gratis.

Aquella noche hablaron de infinidad de cosas, como siempre hacían; recordar los viejos tiempos era para Cardona como salir por la puerta trasera en que se había convertido su vida para sonreírle un poco antes de volver a ella.

Se acordaron de *el penas* y de cuando estuvieron en Benidorm con las gemelas (se acordaron de las gemelas), del lío aquel con los Casado, del lío aquel con los Díez y del lío aquel con los Molas, de demasiados líos. Se acordaron de sus exs y brindaron por ello (otra vez), se acordaron de quienes fueron y pensaron en lo que ya no eran...

¡Joder!

Aún no era la una cuando se despidió de Rafa, salió a la calle, se encendió un cigarrillo y aspiró profundamente. Observó el cielo encapotado y se quedó embozado observando cómo las nubes podían distinguirse claramente aún a aquellas horas de la noche; después de eso y sin saber

por qué sonrió en un gesto cargado de melancolía. Un gato aquí, dos hombres allá (besándose en un callejón que Rafa utilizaba para sacar las basuras) y también un bonito *citroën tiburón* de color beige aparcado en la puerta y que Cardona, se dijo, jamás (*¡jamás!*) aparcaría en la puerta de ningún local.

Entonces echó a andar...

Y fue un par de calles antes de llegar a la plaza Catalunya cuando se dio cuenta de que lo andaban siguiendo, no fue difícil darse cuenta pues los que llevaba detrás («tres colgados» se dijo, que iban hasta las cejas de caballo) lo habían visto salir del bar de Rafa y lo increpaban a gritos de «*¡viejo maricón!*».

...Una calle antes de llegar a la plaza, torció a la izquierda.

—¡NO TE ESCONDAS, MARIQUITA!...

Y en cuanto se asomaron a aquella calleja (calleja estrecha, calleja oscura, calleja de adoquines, de farolas ambarinas, de contenedores grises, verdes y amarillos, calleja de orines de perros y de olor a sexo barato, «*te lo vendo por la mitá*», la calleja del diablo cuando oscurece y la de pobres diablos que han hecho de ella su hogar)... en décimas de segundo los ojos viejos del perro viejo que era Cardona los caló: Uno, el más alto y el más cachas (*y el más cabrón*) que era el que andaba gritando y que llevaba una navaja de mariposa entre los dedos; otro, un tío larguirucho y calvo que no iba armado pero que escupía sandeces igual, pensó, que si lo hiciera con una maldita ametralladora; y un tercero, muy bajo y más que bajo gordo que también iba desarmado pero que podría herir, se dijo, sólo con lo feo que era.

Y en cuanto se adentraron en la oscura calleja, Cardona los recibió con un fuerte puñetazo de su derecha en los morros del tío alto de la navaja, notando cómo todos los huesecitos de su nariz de las narices se hundían entre sus pómulos de heroinómano colgado desde hacía ya demasiado rato, imaginándose con las sombras que le saldrían en los ojos al día siguiente sin necesidad de maquillarse.

La navaja se fue al suelo, después el colgado y después el mono que llevaba encima.

Entonces con una rapidez que sorprendió a Cardona, el larguirucho trató de hacerse con la navaja entre la acera y la reja de una alcantarilla, pero al tiempo que se agachaba para recoger el arma el ex policía le propinó una fuerte patada en la cara que lo montó sobre una *scooter* aparcada dos metros más atrás.

Transcurrieron tres segundos que a los tres colgados les parecieron tres minutos (*uno, dos y tres...*) y entonces el enano y gordo vaciló, pero finalmente se lanzó sobre Cardona quien lo esquivó sin ninguna dificultad y por lo que, se dijo el ex policía, se merecía las dos orejas (*el rabo no, gracias*), y cuando volvió a la carga simplemente le clavó el codo en la espalda y éste se derrumbó de bruces sobre el pavimento en medio de un meado de perro o de borracho y el vómito de un colgado (o puede que se tratase de una mezcla de estos tres).

Joder...

Joder...

¡Joooder!...

¿Cuánto hacía que no se metía en una de éstas?...

Y entonces le vino a la memoria la primera vez que arreó con permiso para arrear.

Entonces tenía veintitrés y se encontraba por primera vez con el equipo al completo (botas, cartuchera, chaleco, escudo, porra y casco) enfrente de una multitud encolerizada por uno de tantos escándalos que salieron a la luz en tiempos de Felipe González durante la crisis de los noventa por los que siempre acababa pagando el pueblo; pero que en esta ocasión salían a la calle con pañuelos tapándoles la cara, con palos, con botellas y con mucha mala leche.

Se lo habían advertido a todos aquella misma mañana, justo antes de subirse al furgón:

¡Sólo maniobras disuasorias!

Pero la situación enseguida se salió de madre.

Y antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo,... se vio rodeado por vecinos, padres, hermanos, autónomos y parados, por incapacitados que de repente ya no estaban incapacitados, por estudiantes y, como siempre, por algún que otro desgraciado que no se encontraba en ninguna de estas colectividades pero con ganas de arrear o de que le arreen.

Antes de que pudieran darse cuenta las maniobras disuasorias se habían convirtieron en maniobras de manual de supervivencia.

La policía se vio desbordada aquel día, y él se encontraba en una esquina en el paseo de Gracia a la altura de Aragón donde (de alguna forma, aunque ignoraba cuál) mantenía a raya a los manifestantes. Entonces ya no se trataba de restaurar el orden y, como tampoco podían retirarse,

simplemente se trataba de aguantar. Y eso fue lo que hizo, mientras pudo. Hasta que una piedra del tamaño de una PIEDRA le impactó en el casco y lo desorientó durante lo que fueron fracciones de segundo, pero las justas para que un grupo de activistas se le echara finalmente encima y consiguieran derribarlo; Cardona vio como estos se hacían con las sillas de un bar cercano mientras arremetían contra él, y también se vio en las primeras páginas en los titulares de todos los periódicos del día siguiente, y no solo, ya que la policía besó bien el suelo aquel día.

A aquellas alturas Cardona había perdido la porra, el escudo, el casco, la autoestima y seguramente también, se dijo, su cita de aquella noche con Marisa (la hermana de *el penas*, el del cuarto segunda) porque lo más probable era que acabase pasando la noche en un hospital. Había perdido las esperanzas, la compostura y casi el ojo izquierdo. Un reguero de sangre le bajaba desde su ceja izquierda y le empapaba la cara, le bajaba por el cuello y se le metía por debajo del chaleco dejándole el pecho pegajoso y pringándolo todo de rojo.

Y en aquel instante apareció otro policía, de unos treinta y pocos, quien tampoco llevaba ya ni porra, ni escudo ni casco pero que repartía estopa como si lo hubiera estado haciendo durante toda su vida. Aquél se presentó ante él con un tremendo corte en el puente de la nariz de donde le bajaba un reguero de sangre que le llegaba hasta la barbilla (parecía una máquina de aporrear, «*iun maldito terminador!*» se dijo Cardona).

Llegó hasta él a golpe de porra y de (mucho) mala leche, abriendo cabezas y maldiciendo a todo el que se le ponía delante, recibió una silla que llegó volando hasta ellos y que desvió de un porrazo igual que si espantase una mosca y entonces le tendió la mano y lo ayudó a ponerse en pie.

—¡Espabila tío! —le dijo.

Aquella noche ninguno de los dos la pasó en el hospital, y Cardona tuvo su cita con Marisa. Más tarde sabría que aquel policía era un tal Víctor Mayo de quien ya había oído hablar («*iun cabrón con mucha mala leche!*» decían) y de quien oiría hablar aún más en el futuro.

Capítulo 25

el cordobés

—Te lo explicaré de la siguiente manera... —le dijo Mayo a su ex colega haciendo a un lado su plato de pollo frito con guarnición (sin pollo ya, aunque con toda su guarnición) al tiempo que se llevaba un cigarrillo a la boca y murmuraba mientras buscaba su mechero en los bolsillos interiores de su americana colgada sobre el respaldo de su silla— ¿Ves esa hormiga de ahí? ¿La ves?... —y se encendió el cigarro y aspiró profundamente.

Una hormiga cruza el mantel tip-tap-tip-tap-tip-tap... Se dirige hacia una migaja de pan olvidada sobre un cuadradito de tela rojo entre la aceitera y una botella de vino barato sin denominación de origen vacía. Diez de sus diminutos pasitos tip-tap-tip-tap-tip-tap... para pasar de uno a otro de esos diminutos cuadraditos de color rojo-blanco-rojo-blanco-rojo-blanco... que forman el mantel.

—¿Qué pasa con la condenada hormiga?... —pareció que empezaba a rallarse *el cordobés*, porque «se rallaba» como él mismo decía siempre que Mayo se ponía en plan trascendental.

Entonces Mayo colocó boca abajo su vaso vacío de vino aprisionando a la hormiga entre sus paredes de cristal opaco, y *el cordobés* arqueó las cejas.

...Y de repente un campo de fuerza invisible se interpone entre ella y su objetivo, puede ver la diminuta migaja de pan a sólo unos cuadraditos más de distancia (rojo-blanco-rojo-blanco-rojo-blanco...) pero ya no puede llegar hasta ella.

—Esa hormiga, puede... —le explicó Mayo a *el cordobés* entonces—, puede que lleve una vida de hormiga de puta madre, no lo niego. Pero...

—¿Pero?...

—...Que tal vez no trabaja tanto como el resto de sus compañeras, y se pasa todo el puto día rascándose los huevos, si es que tienen huevos, que no lo sé. Se lo monta de puta madre en el hormiguero y se cepilla a la reina cada dos por tres. Es una hormiga cojonuda y lleva una vida (de hormiga claro) también cojonuda. Pero la pregunta es... ¿Por qué ella es una hormiga y tú un hombre?

—Por qué...

Mayo sonrió, pues le encantaba cuando al fin conseguía que el tosco de su amigo mostrara una pizca de interés por algo, por banal que fuera aquello.

—Pues porque en su vida anterior también ella fue un hombre, como tú, y como yo —le dijo entonces— Pero fue muy 'joputa y por eso ahora le toca vivir como una maldita hormiga. Bueno... de hecho es una hormiga, ya lo ves, y, repito, puede que lleve una vida de hormiga cojonuda. Pero ¿sabes por qué? ¿Sabes por qué a pesar de ser una hormiga lleva una vida de hormiga tan de *putamadre*?... Pues porque el pobre cabrón fue un hijo de puta, pero no un AUTÉNTICO hijo de puta. ¿Me explico?... —entonces *el cordobés* murmuró algo que Mayo no pudo entender y negó con la cabeza— Quiero decir que tal vez no se portó como un cabrón auténtico y por eso ahora es una hormiga... pero una hormiga que se lo monta muy bien. Y porque ahora mismo ha dado conmigo, que adoro a los bichos, y por eso sólo la he atrapado dentro de este vaso. Ahora bien...

—interrumpió Mayo de repente a *el cordobés* cuando éste estuvo a punto de decir algo— Si en su vida anterior hubiese sido de verdad cabrón, quiero decir... un AUTÉNTICO cabrón, pues en lugar de ponerle encima un vaso boca abajo, tal vez lo hubiera puesto boca arriba y... la habría aplastado.

—Estás fatal —consiguió articular *el cordobés* al cabo de un rato.

—¡Joder! Quiero decir... —insistió Mayo retirando por fin el vaso que aprisionaba a la hormiga— que según cómo nos comportemos en nuestras vidas, seamos un hombre o una hormiga, pues que eso repercute en nuestras vidas futuras, y que es por eso por lo que después de muertos volvemos a nacer bien como hombre, bien como hormiga o, si cabe, como una puta mierda —sonrió satisfecho— Y que aún así, según cómo nos hayamos portado de mal (mal, muy mal o condenadamente mal) viviremos esa vida mejor o peor...

...Y de repente el campo de fuerza invisible que le cerraba el paso desaparece, y se ve libre otra vez, vuelve a sentir el aire agitarse entre sus antenas y se dirige de nuevo hacia la migaja de pan que la espera a sólo unos pocos «tips-taps» más de distancia. Tip-tap-tip-tap-tip-tap...

—Lo dicho. Estás fatal —sentenció finalmente *el cordobés* depositando de repente (iruidosamente!) su vaso boca arriba sobre la hormiguita que inmediatamente pasó a ser un manchón negro sobre un cuadradito de tela de color rojo.

Y esta vez fue Mayo quien arqueó las cejas.

—Bueno... —titubeó al cabo— Después de todo tal vez sí se portara como un AUTÉNTICO cabrón.

—Es más... —añadió entonces *el cordobés* regocijándose, acercándose a Mayo, como éste diría, con una sonrisa de AUTÉNTICO cabrón enmarcando su cara de cabrón AUTÉNTICO— Esa hormiga en otra vida fue el rey de los auténticos cabrones. ¿Sabes por qué?... Pues porque si hubiera sido cabrón (la hormiga, no yo) me la habría cargado con el vaso, sin más. Pero antes de aplastar al muy '*joputa*, el muy '*joputa* ha estado sometido a una presión de la leche al haberlo aprisionado antes, tú, con tu puto vaso.

—Coño...

—Sí. Un coño así de grande —reiteró *el cordobés* separando las palmas de sus manos dos palmos la una de la otra— Y seguro que ni siquiera se cepillaba a la reina.

—En fin...

—En fin...

—Al grano —murmuró Mayo definitivamente— Dime... ¿Vas a hacerte cargo de este equipo o no?...

—Cuánta mierda.

—¿Cuánta?...

—Un montón.

—¿Cuándo?...

—Siempre.

—...¿Entonces? —insistió el comisario— Haz algo positivo con tu vida y en tu próxima vida... —sonrió ante la redundancia de sus palabras— no te aplastaran con un vaso de mierda —le dijo finalmente depositando sobre la mesa entre los dos un sobre cerrado.

El cordobés suspiró, con mucho desazón, de la única forma sabía suspirar, entonces recogió el sobre y lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta que tenía colgada del respaldo de su silla.

—...¿Quién es el primero?

—¿Te dice algo el nombre de *el siciliano*?...

De repente a el cordobés se le escapó una estruendosa carcajada, lo que hizo que los otros clientes del bar dirigieran sus miradas hacia él.

—Hay que joderse —le dijo a su amigo entonces— Porque hay que joderse. ¿Verdad, Víctor?...

Capítulo 26

Tián

Aqué! era un buen hotel, incluso había un hombre uniformado a la entrada, observó Tián, que te abría la puerta. Era uno de esos hoteles, se dijo, en los que el minibar (seguro) está lleno y hasta le dejan a uno una chocolatina sobre la almohada a modo de bienvenida, uno de esos hoteles en los que Tián no había estado en su vida.

—¿Te has fijado en todos esos cuadros?... —le dijo Cardona mientras se encendía un cigarrillo en el pasillo que daba al *hall* del ostentoso hotel que los de la OE habían escogido como escenario por el que comenzar a hacer de este mundo un mundo (tal vez) mejor— Son feos de cojones.

Tián se fijó en los cuadros, tosió, volvió a toser y asintió con la cabeza un par de veces.

—Seguramente —dijo, al fin—... son, todos, de la hija del dueño de este hotel.

—¡Vaya! ¿Qué te hace pensar eso?... —pronunció Cardona al tiempo que aspiraba una calada en el mismo instante en que se le acercaba un muchacho que vestía de uniforme y que caminaba, se dijo entonces, como si fuera gilipollas.

—Lo sentimos mucho, señor. Pero no está permitido fumar aquí...

—Oh. Perdona... —se disculpó Cardona de inmediato llevando el cigarrillo a la grava de una maceta que tenía al lado; entonces el chico sonrió con cortesía y se retiró.

...Y Cardona alejó el cigarrillo de la maceta y se lo llevó otra vez a la boca, y exhaló sin disimular el placer que sentía en aquel instante, tanto por el tabaco en sí como por hacer siempre lo que le daba la gana.

—Una vez leí algo sobre un estudio que decía que muchos hoteleros tienen hijas que pintan, y que de hecho pintan fatal —le explicó Tián entonces— Ocurre lo mismo con los restaurantes. Y si hay una exposición y son feos, pero feos de cojones... —apuntó— entonces es que son de la hija del dueño de ese hotel o restaurante.

—¡Coño! ¿Dónde lees tú esas cosas?... —murmuró Cardona dejando escapar el humo de su siguiente calada por la nariz.

Tián se encogió de hombros.

—En los periódicos. No sé...

—¿En los periódicos? Joder... ¿Qué clase de periódicos lees tú?... —Tián se encogió de hombros otra vez, las manos en los bolsillos— ¿A ti ese qué te parece que es?... —le preguntó Cardona, de nuevo, señalando uno de los cuadros que tenía más cerca con la mirada (uno bastante raro, «abstracto» como diría un entendido que se las da de que realmente entiende).

—No sé... ¿Una mujer?...

Entonces Cardona inclinó la cabeza a un lado como para ver «aquello» desde otra perspectiva y Tián hizo lo mismo.

—¿De verdad eso te parece una mujer?... —le preguntó Cardona otra vez— Tus padres te llevaban a un colegio sólo de chicos, ¿verdad?...

A Tián su pregunta pareció hacerle gracia.

—Yo no fui al colegio —le dijo.

Pero tuvieron que interrumpir su desdeñada (aunque ilustre) plática cuando de repente *el cordobés* (al que todos se habían referido como el nuevo aquel día) les hizo una seña desde la otra punta del vestíbulo, y entonces se pusieron en movimiento. Ángel, que se encontraba entonces en la barra del bar, también se movilizó, y Toni se levantó del sofá en el centro del *hall* y salió del hotel.

Tián y Cardona cogieron el ascensor y subieron hasta el tercer piso.

A Tián el ascenso le pareció interminable, y pensó que en su vida había estado más nervioso, mientras se frotaba las manos y sudaba.

¿Por qué iba a estar nervioso? ¡Como si nunca hubiese hecho algo así antes!

—¿Qué te ocurre? ¿Es que estás nervioso o qué?... —le preguntó Cardona alarmado, ya que en un equipo de asesinos el que uno se ponga nervioso puede hacer que todos acaben a dos metros bajo tierra.

—Claro que no.

—Pues relájate, ¿quieres?...

Claro que, se dijo Tián entonces, nunca antes había jugado a aquel «juego» a aquel nivel.

.
. .
.

Llegaron al tercer piso y las puertas del ascensor se abrieron con un ruidoso *¡GONG!*... Justo al mismo tiempo, a unos cincuenta metros al otro lado del pasillo, se abría la puerta que daba a la escalera de servicio y aparecía Ángel vestido con un mono azul marino y una gorra blanca que le tapaba casi por completo la cara. Para entonces *el cordobés* ya se encontraba enfrente de la uno-siete-siete-siete, los tres se dirigieron hacia él.

El nuevo abrió la puerta con una tarjeta electrónica y todos se colaron en la habitación que la *OE* había reservado para ellos aquella misma mañana.

—¿Estáis listos?... —les preguntó entonces el «policía muerto», pero ninguno dijo nada— Joder, mejor no digáis nada —murmuró— ¿Ángel?...

Ángel asintió con la cabeza, y *el cordobés*, Tián y Cardona sacaron sus armas mientras el «chico del mono azul» dejaba la habitación y se dirigía a la contigua.

.
. .
.

Toc-toc-toc... llamó con los nudillos.

—¿Sí?...

—Servicio de habitaciones, señor... Estamos comprobando habitación por habitación las conexiones *güifi*, hemos tenido problemas...

—Ya era hora, joder —la puerta se abrió de repente y un hombre bajo, calvo y con la cara picada de viruela se asomó al pasillo— ¡Joder, tengo la leche de trabajo y el puto internet no chuta!

—...Sentimos las molestias, señor —se disculpó Ángel enseguida— Si me

deja... será sólo cuestión de unos minutos.

Aqué! sopesó sus palabras un instante y finalmente asintió.

—Date prisa —le dijo, y lo dejó entrar.

Y la puerta se cerró tras él como si fueran las fauces de un lobo que acabara de engullirlo.

Desde el momento en que Ángel se introdujo en aquella habitación, los segundos ganaron peso y el tiempo se congeló:

Tic-tac--tic---tac----tic-----tac-----tic...

El cordobés, Tián y Cardona permanecían en silencio, atentos a todo cuanto aquellas paredes de pladur les permitiesen escuchar.

—¿Por qué estaba tan nervioso aquel tío?... —inquirió Cardona.

—Si Manresa no recibe los informes a tiempo —les explicó *el cordobés*—, el mismo día de cada mes y a la misma puñetera hora, entonces se pone nervioso, y eso, que Manresa se ponga nervioso, es lo que pone nervioso a *el siciliano*.

—¿Ese era *el siciliano*?...

—No. Ese era gilipollas.

—Me parece una jodienda que nos hayamos cargado la red del hotel —pronunció Tián al cabo de un rato.

—A la mierda —le dijo *el cordobés*— ¿Es que crees que les va a costar mucho arreglarlo? Aquí hay mucha pasta. El dueño de un hotel en el que tiene los santos cojones de exponer los cuadros de su hija... es que está forrado. Pues que se joda.

Cardona miró a Tián y arqueó las cejas, divertido.

Y entonces volvieron a oír a Ángel.

—Enseguida volverá a tener línea, señor. Disculpe las molestias y...

Pero la puerta de la habitación contigua se cerró en sus narices sin que el tapón de la cara picada de viruela abriera la boca, y entonces Ángel se dirigió de nuevo a la uno-siete-siete-siete.

Toc-toc-toc...

—Servicio de habitaciones, señor...

Y *el cordobés* le abrió y Ángel entró con una sonrisa socarrona en los labios.

—Sólo son cuatro —les dijo— Por las fotos diría que *el siciliano* es el que está sentado en el sofá, está viendo la tele, justo a las doce en punto, un tío enorme sin un sólo pelo en la cabeza.

—Es él —corroboró *el cordobés* entonces— Puto gordo-calvo-cabrón.

—Hay otro a su derecha, a un par de metros. Un tío enorme. El que me ha abierto la puerta no se mueve de al lado de la ventana, a las tres, y el otro creo que está en la cocina, no he podido verlo —terminó entregándole a *el cordobés* la tarjeta-llave que había birlado de la habitación de *el siciliano*.

—Está bien —les dijo *el cordobés* entonces— Nosotros también somos cuatro, yo me encargaré del tío de la cocina, olvidaos de ese, ¿estamos?... Cardona, creo que eres el que tiene más experiencia con armas de fuego aquí, quiero un tiro en la olla de *el siciliano* sólo entrar. Tián, el gorila que hay al lado de *el siciliano*. Y Ángel, tú te cargas al enano, apunta bajo. ¿Entendido?... Silenciadores. ¡Ya!

Ocurrió todo en cuestión de segundos. El primero en disparar fue Cardona, el objetivo estaba cumplido, los sesos de *el siciliano* volaron hasta la pantalla del televisor mientras la *campos* trataba de poner orden en el plató. El pobre desgraciado que había al lado del *puto gordo-calvo-cabrón* apenas tuvo tiempo de llevar la mano a la cartuchera que le colgaba de debajo del brazo cuando cuatro balas del calibre 45 le abrieron cuatro acueductos entre pecho y espalda y otra borró su expresión de la cara cuando comenzaba a decir: *¡Espera, T...* A la vez que Ángel le metía dos balas entre ceja y ceja al enano de la cara picada (asombrado de ver al de la puñetera *telefónica* de nuevo pero esta vez apuntándole con una pistola) una más arriba y la otra más abajo y que le hicieron rodar por el suelo como una peonza.

Para entonces *el cordobés* ya regresaba de la cocina, el pobre al que le tocó preparar la cena aquella noche no se enteró de nada y acabó sazonando el guiso con sus propios sesos y tomate de olla. Mientras Ángel se hizo con un portátil que había sobre la mesa, un montón de papeles y el móvil de *el siciliano* (que encontró en el bolsillo interior de su chaqueta) y rápidamente lo metió todo dentro de una bolsa de plástico negro que se

sacó de uno de los bolsillos traseros de sus pantalones.

Los silenciadores habían hecho su trabajo (y la señora de la limpieza haría el suyo) pero una de sus armas había rugido tanto que casi cambia las paredes de sitio, porque no había silenciador para semejante cañón.

—¿Qué? ¿coño? ¿de? ¿pistola? ¿es?... ¡¿ESA?!... —dijo el cordobés entonces entre asombrado y más que mosqueado (en ambos casos por no haberla visto antes) señalando el arma de Tián con los ojos desorbitados y las cejas tan en arcas que casi las pierde debajo de la cabellera.

Entonces Tián se guardó el arma, hecha con varias piezas de varias pistolas diferentes y un cañón de veinticinco centímetros de largo (la cara del pobre desgraciado al que había disparado se había perdido debajo del sofá).

—Una mala folla del calibre cuarenta y cinco —contestó Tián, y tosió.

—...*Y tiene los santos cojones de ponerle nombre* —se dijo el cordobés— ¡Joder! En fin... —pronunció después, y entonces sacó el móvil de su chaqueta y marcó— Toni, arranca. Nos vamos.

Capítulo 27

Toni

Llevó sus manos hasta su cintura «*suave como el lino y tersa como el cuero*» mientras tiraba de ella hacia arriba con un movimiento brusco a la vez que controlado.

—¡Ohhh!... —pronunció divertida la chica que le recordaba a una Meg Ryan, como decía él (*mi Mec Rayan*), pero en morena. *Mi Mec Rayan* tenía el pelo corto y las piernas largas, las manos pequeñas y aterciopeladas, la mirada más dulce que jamás pudo encontrar de entre los cientos de dulces miradas que pasaron por su vida, y los labios (siempre) pintados de un descarado color violeta que lo volvía loco.

Y rieron.

En aquella posición ella quedaba sentada sobre el volante y Toni pudo desabrocharse fácilmente los pantalones que después bajó hasta sus rodillas y que terminaron por caer entre los pedales de embrague y acelerador.

Y así la poseyó.

Su cuerpo se convulsionaba sobre el de Toni en espasmos que la llevaban a rodearlo con sus brazos por detrás del asiento del conductor, y sus pestañas caían vencidas separando sus labios rindiendo las puertas de su boca a los deseos de su amante.

Entonces abrió los ojos, y él la domó con su mirada de perro clavada en la de ella como dos estacas en el hielo.

...Y le pasó una mano por la nuca, con las yemas de sus dedos acarició su corta cabellera, la acercó hasta él y la besó.

Y así comenzó a gemir, mientras Toni echaba la cabeza atrás y atravesaba el techo de su coche con sus fríos ojos negros.

Otra embestida. Sus muslos parecían una trampa de la que nadie podría zafarse.

—...¡Oh! ¡Toni!

Así los minutos transcurrieron como si fueran segundos, y a cada segundo un suspiro, mientras segundo a segundo los cristales del coche se fueron

empañando ocultando a sus ocupantes como a dos proscritos tras el vaho.

Permanecieron desnudos, permanecieron en silencio.

Toni le pasó la mano otra vez por su corta cabellera negra, y al llegar a su boca ella le besó en la palma. Después cerró un segundo los ojos.

—...¿Cuándo *va* a *dejá ta* mierda? —le preguntó.

Entonces ella abrió los ojos y lo miró como si no entendiera, y sonrió.

—¿Qué «mierda»?...

—No me joda *Mec*, ya *sabe* a lo que me refiero.

—Deja ya de llamarme así, ¿quieres?... Mi nombre es Carola.

Toni puso los ojos en blanco y rió.

—Perdona.

—No pasa nada —le quitó importancia Carola— Y dime... ¿Qué iba a hacer yo si no fuera esto?

—Puedo mantenerte —le dijo Toni— No haría falta que *trabajara*.

Entonces ella estalló en carcajadas, carcajadas cargadas de ilusiones robadas, cargadas de ironía, cargadas de tristeza y cargadas de resignación.

—Vamos... Conduces un taxi, cariño. Seguro que yo gano más que tú.

—También hago *otro trabajo* —se apresuró Toni en su insistencia.

Enseguida Carola acentuó su sonrisa, expandiendo sus labios de color violeta.

—¿Ah, sí? ¿Cómo qué?...

—...Bueno —titubeó un momento— *Digamo* que soy algo así como un... un... *jít janter*.

—¿Cómo? ¿Un caza talentos?...

—Podría llamársele así. Sí.

En aquel instante ella lo rodeó con sus brazos a la altura de la nuca.

—Los tíos que hacen eso ganan un montón de pasta —le dijo— ¿Para qué ibas a conducir un taxi entonces?...

—Pues porque *nesesito* un *coshe pa* moverme, y si *ademá* puedo llevar a alguien y me paga... —y arqueó las cejas y dejó la frase en el aire.

—Claro —rió ella de nuevo— Oye, ya sabes dónde encontrarme, ¿vale?... Ahora tengo que irme —y abrió la puerta del coche y el frío de la noche invadió el calor arrebatado de sus cuerpos cautivo aún en la cabina de su taxi— ¡Joder! ¡Qué frío! —se quejó, y después se volvió hacia él y le dijo— Son cincuenta, como siempre Toni. Ya lo sabes —y le plantó un beso en la boca.

Entonces Toni sacó un billete de cien del bolsillo de sus pantalones y se lo entregó.

—Por lo *meno* me consuela *pensá* que sólo me *besa* en la boca a mí —y ella le dedicó una sonrisa de complicidad— Quédate con el cambio —le dijo.

—Lámame —le murmuró ella. Entonces se bajó de su coche y lo dejó solo, otra vez, y regresó a la noche, otra vez.

Capítulo 28

Manresa (...y va uno)

—¿Tienes idea de lo que me supone... —su tono de voz era grave, y hablaba como quien le susurra a su amante al oído, aunque sin amor ninguno en ninguna de sus palabras que lanzaba como puñaladas— que *el siciliano*... —le dijo— haya dejado los negocios para dedicarse a abonar el CAMPO?

Aquél lo observó con detenimiento, con desconfianza (como siempre), igual que observas a un hombre que se ha hecho hombre cuando todavía es un niño, porque Manresa sólo tenía veintinueve y porque ya era el rey del hampa en medio mundo; lo observó igual que lo observaba todo el que tenía que aguantarle la mirada, aunque fuera por tan sólo un segundo, si se dirigía a él.

«Pero sin miedo» se dijo el venezolano entonces (siempre al lado de Manresa), porque no había miedo en su mirada.

—Lo organizaron todo muy deprisa —habló aquél por fin— No tuve tiempo de avisaros. Y de no haber actuado con ellos hubiera quedado al descubierto.

A Manresa sus palabras parecieron hacerle gracia, y el venezolano advirtió que no dudaba en nada de lo que decía.

—¿Puedes imaginarte, siquiera... —le dijo Manresa esta vez sin fijar ahora su mirada en él— la cantidad de dinero que voy a dejar de ganar por culpa de... «esto»? —terminó separando los brazos como si lo que quisiese fuera abarcar toda la habitación, y después añadió— Dame una sola razón por la que no deba enviarte ahora mismo a hacerle compañía a *el siciliano*.

Entonces aquél rió, y lo hizo con desdén (con un desdén desmesurado), y después de eso también maldijo, chistó, murmuró «¡pero qué mierda!» e hizo que escupía sobre la carísima alfombra que pisaba en aquel momento en el recibidor del ático en el que se refugiaba Manresa para que el venezolano tras ser testigo de tanto descaro terminara escribiendo con su mirada en su frente: *¡Menudos cojones tiene el muy cabrón!*

—Porque estaríamos muy incómodos durmiendo juntos —le respondió al fin— Y *el siciliano* y tú erais colegas y tú no le harías esa putada, ¿verdad?... —le dijo en chanza, primero— Y... —añadió después de unos

segundos en un tono más grave— Porque si ahora me matas mi equipo se acabará cargando a *nieto* y a *turco*, y después a ti, y nadie te podrá avisar antes de que eso ocurra.

—Tienes unos huevos de camello —habló Manresa de nuevo pasados unos segundos— He de reconocerlo, sí, ¡ENORMES! —y abrió los ojos, como platos— ¡Joder!... Pero vas a tener que adelantarme algo si no quieres que me la juegue.

Entonces aquél suspiró, y después tosió. Al fin y al cabo, se dijo, era a contarle aquello a lo que había ido.

—El siguiente es *nieto* —reveló entonces— Sabemos que va a supervisar una entrega el martes dentro de dos semanas, en el puerto. Pensamos cargárnoslo igual que a *el siciliano*, en la habitación de su hotel una hora antes de que acuda a la cita. Después la pasma acudirá al puerto y detendrá la entrega —primero tosió y después rió igual que si acabase de contar un chiste que sólo él entendía, antes de ponerse a toser de nuevo— Un doble golpe. ¡Joder! ¡Un golpe de *putamadre*! ¿No os parece?... —le dejó ver el sarcasmo (y la media sonrisa) que guardaba en cada una de sus palabras.

Entonces Manresa hizo que aplaudía, sus ojos aún como platos soperos, sus cejas en arcas, su mirada la de un maníaco asesino.

—Espero que así sea. Por tu propio bien, eso espero.

Pero aquél sólo le dedicó otra sonrisa, después una reverencia (irónica, sarcástica, mordaz), murmuró «a la mierda» y le dio la espalda.

—¡*Holliday*!... ¡Eh, *holliday*! —lo llamó Manresa antes de que se alejara lo suficiente. Entonces aquél se giró, se lo quedó mirando otra vez y le dedicó de nuevo su atención cansina— No me jodas, doc. Ten cuidado —lo advirtió.

—Claro —murmuró aquél después de unos segundos— Joder... Estate tranquilo —Y entonces le dio la espalda de nuevo y se fue.

...

—¿Por qué lo llamas «*holliday*»?... —inquirió el venezolano cuando aquél por fin ya se había ido.

—¿Es que no has visto *Tombstone*?... —le preguntó Manresa como si la respuesta a aquella pregunta tuviese que ser la más evidente.

—No... —meditó el venezolano unos segundos— No. No he visto *tonston*.

¿Qué coño... es eso de... *tonston*?

—Pues mal hecho. Una gran película —le reprochó Manresa— Joder... Y el pobre desgraciado ese está tan jodido como el jodido *Doc Holliday*.

Capítulo 29

Tián

—Toni conduce... —pronunció Tián despreocupadamente al tiempo que le echaba endulzante al amargo café solo que acababa de servirle *el Manel* hacía sólo un par de minutos, mientras le daba vueltas distraídamente con su cucharilla—, y Ángel limpia la habitación.

—¿Y qué quieres decir con eso?... —le preguntó Cardona que apuraba su cortado al tiempo que echaba mano ya de sus cigarrillos para llevarse uno a la boca.

—Que nosotros... —continuó Tián mientras seguía dándole vueltas a su café con la cucharilla y a su sesera con la desconfianza del matón que ya se ha hecho viejo— Nosotros... Nosotros sólo matamos.

—Ángel también se cargó a un tío —le recordó Cardona entonces.

—Sí. Además Ángel también mata —y tosió, una, dos, tres veces— En cambio... a nosotros sólo nos utilizan para apretar el gatillo.

—Ellos son más jóvenes —alegó el ex policía mientras se encendía el cigarrillo.

—¿Qué quieres decir ahora tú con eso?...

—Joder... —aspiró una larga bocanada de humo— Es como el que opta a un puesto de contable en una empresa y es rechazado y tiempo después se entera de que se lo han dado a un niño de veinte años —le explicó— Y que además sabe inglés.

—¡No me jodas, hombre! Que para matar no hace falta saber inglés —alegó Tián entonces llevándose por fin la taza humeante a la boca.

—Tampoco para contar.

—Y... ¿Crees que si el día de mañana Ángel se busca un empleo le servirá de algo decir que era él el que limpiaba la habitación de portátiles y móviles cuando se cometía un delito? Aunque sea un delito legal, vamos,... gubernamental, lo que lo convierte en legal.

—Primero —le dijo Cardona después de una larga calada que escupió por la nariz igual que si fuera un dragón— No creo que Ángel se busque jamás un empleo, no un empleo «normal» al menos. Segundo —más humo—

Lamentablemente tampoco creo que llegué al «día de mañana». Y tercero. Joder... Te sorprendería la de empresas «legales» que lo emplearían si pusiese algo así en su currículum.

Tián se acabó el café de un trago.

—Por cierto... —habló de nuevo Cardona, al rato— Y tú... ¡Mierda!...

—Qué...

—¿Puede saberse por qué cojones te expones... así?

Entonces Tián se lo quedó mirando un instante.

—Por qué cojones me expongo... ¿Cómo?...

—¡Así!... —repitió Cardona— Cuando entramos en esa habitación —le recordó otra vez— ¡Joder! ¡Tú no entras a matar! ¡Tú entras a que te maten! Cualquiera diría que lo que quieres es que te metan una bala entre las pellas, ¡coño! ¡¿Es que es eso lo que quieres?!... Joder, Tián ¿Sabes lo que pasa si te meten una puta bala en la puta cabeza? ¡¿Lo sabes?!... —le preguntó después como quien le pregunta a un niño pequeño.

—¿Duele?... —se pavoneó Tián.

—Sí. Joder. Un poco.

—Entonces tendré más cuidado.

En aquel instante se produjo un momento de silencio. Tián sabía muy bien lo que Cardona iba a preguntarle a continuación y Cardona sabía muy bien que Tián lo sabía.

—Te da lo mismo. ¿Verdad?...

—Me muero, Cardona —le confesó por fin— Tengo cáncer. Así que si me meten una bala entre las pellas... —imitó su forma de hablar— ¡Coño! ¡Casi me hacen un favor! ¿No te parece?...

—Claro —asintió Cardona— Claro... —y aplastó la colilla de su cigarrillo en el cenicero entre los dos? Pero no olvides una cosa, que formas parte de un equipo, Tián, no sea que se la vayan a meter a otro por tu culpa.

Capítulo 30

Cardona

Se sentó en un banco entre dos angostas calles del borne y se encendió un cigarro, aún era temprano para un montón de cosas aquel día; quemó el tabaco de una larga calada y se llenó los pulmones de humo: *Ummm...* Mientras su ciudad comenzaba a cobrar vida de buena mañana; una ciudad, se dijo, que en realidad nunca descansaba: vendedores ambulantes y puestos de flores, quioscos y comerciantes que levantaban las persianas de sus locales de tapas, de souvenirs y de óleos de artistas que serán artistas cuando hayan muerto.

Y de repente... gritos.

Entonces Cardona alzó la vista al edificio que tenía enfrente y vio en un balcón a una pareja de enamorados en apariencia desenamorados porque («*seguramente*» se dijo) aún no se han despertado del todo; ella en bata y con unas horribles zapatillas peludas de color rosado a juego, él en calzoncillos cortos con una camiseta de tirantes de color blanca.

Joooder...

Y ella que se mete otra vez dentro, y él que la sigue, y ella que vuelve a salir esta vez con un cubo para recoger la ropa de un tendedero del todo a cien mientras él detrás suyo la increpa a gritos de «traidora», «ramera» y «mala madre». Y los dos que entran de nuevo, y desaparecen, un segundo...

Pero los gritos no cesan.

Y encima hay un crío de por medio.

Y más gritos.

—¡Hijo de puta! ¡Ni se te ocurra!...

¿Hijo de puta?...

—¡No,... espera! ¡No, por favor!...

Y otra vez al balcón. Pero en esta ocasión él ya no la sigue, la persigue.

¡¿Pero qué cojones?!...

Y la bofetada que le dio entonces hizo que más de uno o una que pasaban por ahí en aquel preciso instante se llevara la mano a la boca. Cardona, en cambio, permaneció impasible; se terminó el cigarro y lo dejó caer para machacarlo después con el pie, antes de levantarse, murmurar «suficiente» y después «a la mierda».

*¡¿Es que acaso era un imán para los problemas?! Pero qué manía tenía todo el mundo en atracar una farmacia, a una pobre octogenaria o simplemente en liarse a tortas siempre delante de sus pu*** narices.*

Mientras subía Cardona advirtió la presencia de varios vecinos asomados al rellano con la mirada puesta en la escalera, con esa expresión en sus caras de «*sabía que esto iba a ocurrir algún día*».

«...¿Es usted policía?» le preguntó una señora mayor que se sujetaba al marco de su puerta igual que si fuera a venirse abajo si lo soltara.

A Cardona su pregunta pareció hacerle gracia, prefirió no contestar.

Hasta que por fin se plantó en la casa, pero no se molestó en utilizar al timbre, (*¡¿pa'qué?! ¡Joder!*) patada al picaporte... *¡y la puerta entera a tomar por culo!*

—...¡Eh, tío! ¡¿Qué haces?! —se encontró con él, cinturón en mano, mientras ella lo miraba sorprendida desde el suelo en una esquina de la cocina.

—No se pega a las mujeres —le dijo Cardona señalándolo con el dedo como quien regaña a un niño porque se ha portado mal— ¿Qué clase de hombre eres tú?...

—¡QUE TE JODAN CABRÓN! ¡¿QUIÉN COÑO TE HA DADO A TI VELA EN ESTE ENTIERRO?!...

A esta pregunta Cardona fue muy conciso:

—Tú.

Y entonces sacó la pistola de la cartuchera de su chaqueta y se la plantó en la frente, apretó el gatillo y la camiseta de tirantes blanca del maltratador se tiñó de rojo oscuro un segundo antes de que su cuerpo cayese hacia atrás como un árbol recién talado.

Un niño de apenas meses lloraba dentro de una cuna en la habitación contigua.

—Yo... le quería —escuchó entonces a la madre; su cara magullada, sus labios sangrantes, su mirada vacía, su alma lacia.

Cardona se puso de cuclillas enfrente suyo:

—Pero él a ti... —le dijo entonces— Él a ti no.

—¡No tenías derecho! —lo increpó de repente mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas enrojecidas.

—No quería ver tu cara en las noticias de las tres —terminó Cardona, «*lo llamaran violencia de género*» pensó—. Tu hijo está llorando.

Capítulo 31

el cordobés

—¿Somos los nuevos GAL?... —le preguntó *el cordobés* a Mayo pidiendo a gritos que por una vez en su vida alguien le dijera que formaba parte de algo grande (*más que grande: ¡GRANDE!... Joder, grande no, ¡ENORME!*), fuese legal o todo lo contrario; suspiró.

—Vosotros matáis traficantes —alegó Mayo después de unos segundos, irritado, a saber por qué...

«A saber por qué. Lo extraño sería que estuviera de buenas» se dijo *el cordobés* entonces.

—...Sí. Nosotros matamos —pronunció a continuación el «policía muerto»— Matamos. Y punto.

Mayo no le prestó demasiada atención, aplastó la colilla de su cigarrillo en el cenicero y sacó otro del paquete del bolsillo interior de su americana, se lo llevó a los labios y lo encendió.

—Últimamente estás muy borde —se quejó el comisario. Aspiró y expulsó el humo por la nariz— ¿Lo sabías?...

—Sí, lo sé —sonrió *el cordobés*— Y si lo sé es porque lo soy a propósito. ¡Joder!...

También Mayo sonrió en esta ocasión— Pero qué jodido —le dijo— ¡Y qué borde! —añadió después.

En aquel instante llegaba Tián, quien los saludó con un «señores» muy formal antes de ponerse a toser. Al rato apareció Cardona, seguido de Ángel y un poco más tarde de Toni.

Entonces Mayo sonrió otra vez— Bien —ladró— Ya podemos empezar.

El plan estaba bastante claro, tal como Mayo se lo había resumido: «*Entrar otra vez, disparar otra vez, y salir cagando leches otra vez*».

Si no fuese por aquel insufrible olor a pescado, pensó Mayo quien empezaba a creer que lo llevaba encima todo el puñetero día, casi podrían olerse las ansias del equipo por volver a la acción (*ilas feromonas del*

asesino!), como un equipo de fútbol que ha vapuleado a su contrincante y está deseando volver a salir al campo; a Mayo le gustaba la idea, pero esperaba que no se confiaran, porque el exceso de confianza es el asesino de los asesinos.

—¿Acaso se creen el maldito equipo A?... —les preguntó entonces, ¿esperaba una respuesta?...

—Sí. ¡"A" de «*auténtico cabrone*»! —opinó Toni, y rió.

—En el *equipo A* nunca moría nadie —opinó Ángel esta vez, pero Ángel no rió— Aunque gastaban munición como para poner a las *COEs* mirando a Cuenca.

—¡Pues no lo son! —cortó Mayo, tajante, de repente; ninguno respondió— Escuchen. Nadie se esperaba que a *el siciliano* se la diesen con plomo —continuó— Pero ahora sí lo esperan. Lo espera *nieto* y lo espera *turco*. Y por supuesto también Manresa.

Todos asintieron.

—Joder, Sebastián... —volvió a la carga— Búsquese una pipa a la que pueda calzarle un silenciador, ¿quiere?...

Esta vez sólo Tián asintió.

—Bien... —terminó por fin— Todos saben cuándo, dónde y cómo. Nos veremos aquí otra vez cuando nieto vaya a ver cómo le van las cosas a *el siciliano*. Se levanta la puta sesión.

Aunque terminada aquella segunda reunión aún quedaba mucho por hacer y todos permanecieron en la nave gran parte del día; había que revisar el plan, recoger datos, contrastar datos, verificar datos y volver a revisar el plan, había que (si se podía) intentar ligarse a *la tía aquella* que casi tira al suelo a Ángel hacía unos días y a la que en un alarde de caballerosidad Toni había dicho «*joé, te iba a meté mano hasta en el bolso*».

Se podría decir que pasaron el día. Día cuya mayor parte Tián la pasó ensimismado con qué narices le estaría pasando a Lucy para la que últimamente, se dijo, parecía que se había vuelto un maldito desconocido.

Hasta que por fin un ruido lo sacó de su ensimismamiento.

¿Qué demonios?...

El móvil no sonaba, al parecer estaba en modo silencio y vibraba entre los papeles de Mayo provocando aquel molesto *ruuun-ruuun* al rebotar contra

la superficie de chapa de la mesa del comisario, vibraba y se desplazaba de lado como uno de esos conejitos a pilas inagotables... «*y estúpidos*» se dijo Tián «*porque si sigue así va a irse a tomar por culo en cuanto llegue al borde de la mesa*». Y entonces lo cogió...

—...¿De quién es este móvil? —preguntó después alzándolo en una mano.

Pero nadie contestó.

...Seguía vibrando, incansable. «Incansable» quién fuese que estaba llamado.

En aquel instante Tián se fijó en el número que aparecía parpadeante en la pantalla, y se dijo que conocía aquel número.

Coño...

Mientras el móvil seguía vibrando. *Ruuun-ruuun...*

...Aquel número.

Mierda...

Ruuun-ruuun...

...Aquel número.

Ruuun-ruuun...

El número...

El número...

...El número.

Ruuun-ruuun...

...Claro, joder.

Claro que lo conocía.

Ruuun-ruuun...

¡Joder!... ¡Joder si lo conocía!

Ruuun...

...Y descolgó y se llevó el auricular al oído.

—¿Sí?...

—...¿Dani?

—Sí.

—¿Qué haces?... Llevo media hora llamándote.

—Lo siento.

Entonces oyó risas, y se dijo que conocía aquella risa.

¡Joder si la conocía!

—*Tú nunca lo sientes* —dijo ella.

—...

—...*Dani*.

—¿Lucy?...

<Silencio>

—¿*Tián?*...

—¿Es para mí?... —oyó entonces a el cordobés, estoico, a su espalda.

Tián lo observó un instante, y al rato le tendió el móvil y le dijo:

—Sí. Es para ti.

Era una noche fría, pero más fría aún lo era en el corazón sin sangre de un matón a sueldo que tosía en la calle, apoyado en la pared de la nave de la policía en el polígono de los asesinos (*...porque cuando te emborrachan la mente durante tantas horas seguidas con tanto tío cabrón al que hay que pegarle un tiro, se agradece el salir a la calle a toserle al aire un rato*).

—¿Hasta qué punto es importante para ti esa mujer?...

Tián se volvió y se encontró con el cordobés de pie sobre su sombra a la luz de las farolas.

—¿Hasta qué punto lo es para ti?... —le respondió, tosió.

Entonces *el cordobés* se apoyó en la pared a su lado, las manos en los bolsillos y la mirada clavada en la luna que una vez prometió a una mujer que lo creía muerto.

—El mundo es pequeño.

Tián sonrió. Sonrió, se rió, maldijo,... a saber. Tosió...

—Ya te digo.

El cordobés sonrió. Sonrió, se rió, maldijo,... a saber.

—Vamos... —le dijo— Venga, volvamos dentro. Tenemos trabajo.

Capítulo 32

Toni

Riiing... Riiing... ¡Clic!

—¿Diga?...

—¿Mec?...

—*Hola, Toni, cariño.*

«Hola», «Toni» y «cariño»: tres palabras que pronunciadas en ese orden siempre le arrancaban una sonrisa que hacía que se olvidara momentáneamente de lo perra que era su vida.

—¿Cómo tá mi *Mec Rayan* favorita?...

—*Toni, amor mío, ya te he dicho que no me llames así. Por favor...*

—Claro. *Dicúlpame.*

«*Dicúlpame, Mec*» se dijo, y sonrió, de nuevo, y enseguida su sonrisa ocupó el espacio libre entre sus mejillas mal afeitadas.

—*Disculpado.*

—Había *pensao* que qué te *parese* si... —titubeó—, bueno, *salí a cená, hoy, ta noshe...*

—*Me gustaría mucho, cariño, pero tengo trabajo, ya lo sabes. Podríamos ir a comer mañana.*

—*Joé...* No é lo mismo —dijo sintiendo cómo sus palabras desalojaban ahora sus mejillas recién ocupadas.

—*Bueno... En ambos casos se trata de meterse comida en la boca y charlar con el que tienes delante* —rió divertida— *¿No?...*

—Tú ya *m'entiende* —suspiró Toni con resignación.

—*Claro que sí, pero ya sabes que no puedo faltar a mi trabajo* —Un ruego, un «no insistas», un «no empecemos otra vez» y un «te lo he explicado

un millón de veces»...

—Ni que *tuviera* que *fichá, joé...*

—*Pues casi, sí... ¿O le vas a decir tú a el pive que hoy no curro?...*

—Si *hase* falta, sí —pronunció Toni entonces con determinación.

—*No, no hace falta, Toni. Lo que me hace falta es trabajar.*

—Y cuándo lo *va* a *dejá...*

—*No quiero volver a hablar de eso, ¿vale?...* —«que no insistas», «que no empecemos otra vez», «que te lo he explicado un millón de veces»...

—Bueno...

—*Bueno.*

—*Tonses... ¿No vemo* mañana, como siempre?...

—*Claro, como siempre y donde siempre. Un beso, guapo.*

—Un beso, *Mec...*

Te quiero Carola.

Capítulo 33

Cardona

—Me he cargado a un tío, Víctor —pronunció Cardona en cuanto entró en *El Celler* y se sentó a la misma mesa que Mayo, enfrente de éste, quien terminaba un plato combinado de lomo, patatas y huevos revueltos y se disponía ya a pedirse su carajillo de anís.

—Sí, pero se lo merecía —le dijo el comisario masticando aún un trozo de lomo frito a la vez que se limpiaba los morros con una servilleta de papel.

—No me refiero a *el siciliano*. Otro... tío.

—Pero... ¡¿Qué cojones me estás diciendo, Diego?! ¡No me jodas!
¡Hombre! ¡¿Qué es lo que has hecho?!... —pronunció el comisario, de repente sorprendido, claramente cabreado y bajando la voz aunque no la intensidad de sus palabras.

—No. Hace semanas que no —ladró Cardona sin perder (nunca) el sentido del humor.

—Que no qué...

—Que no jodo.

—¡Menos cachondeo, Diego, por favor! —lo increpó Mayo— Dime... Qué coño ha ocurrido...

—Un tío cabrón que pegaba a su mujer —alegó Cardona mientras se encendía un cigarrillo y pedía un trago de whiskey—. Que le estaba dejando la cara hecha un mapa, Víctor, joder...

—Joder, Diego...

—Sí «joder» sí.

<Silencio>

En aquel instante se les acercó Elías, con la camisa por fuera, el carajillo de Mayo y el escocés de Cardona.

—Hola, Diego.

—Elías —lo saludó Cardona.

Les dejó lo que habían pedido y se retiró.

—Lo he oído —asintió el comisario entonces, llevándose también un cigarrillo a la boca, encendiéndolo con sumo cuidado, refunfuñando y escupiendo humo por la nariz— En las noticias, hace un rato.

—Pues no pude evitarlo, ¿vale?... Tendrías que haber visto a esa pobre chica.

—Ten cuidado, Diego —lo advirtió Mayo entonces señalándolo con los dos dedos con que sujetaba el cigarrillo— ¡Ten mucho cuidado, coño! Que trabajes con quien trabajas ahora no significa que puedas ir por ahí repartiendo estopa a quien a ti te de la gana.

—Eso ya lo sé.

—¡Pues no lo parece, joder! ¡¿Es que crees que vais a gozar del beneplácito de la pasma toda la puta vida?!...

—Ninguno viviremos tanto —dijo Cardona, rió— Ni siquiera tú.

Porque toda la puta vida es mucho tiempo.

—Oye, no te vayas a poner ahora trascendental conmigo, ¿quieres?...

—Pero deja que te diga que necesito acabar con toda esta historia, Víctor, y que necesito acabar... ¡Ya!

—¿Qué coño quieres decir ahora con eso?... —le preguntó el comisario, más serio (si cabía) que hacía sólo un momento.

—Que en cuanto acabemos con *nieto, turco* y Manresa pienso largarme, joder si pienso largarme, y que no quiero volver a coger un arma en lo que me quede de vida.

A Mayo aquello pareció hacerle gracia y sonrió.

—¿En lo que te quede de vida?... —repitió, suspiró, rió— Que no será mucho, por lo que acabas de decir hace un rato.

—Tú ya me entiendes.

—Mi padre... —dijo Mayo entonces, y sonrió en un gesto lleno de melancolía— Mi padre siempre me decía que con marcharte a otro lugar

no solucionas tus problemas, que sólo los cambias de sitio.

—Mi padre... —le contestó Cardona, con un atisbo de ironía en su tono de voz rasgado por el alcohol y la nicotina— Mi padre pegaba a mi madre cuando yo era sólo un niño.

Capítulo 34

Mayo

Llovía. El agua caía incesante y una cortina de agua resbalaba por los cristales de la ventana frente a la que permanecía Mayo, impasible, con una taza de café solo (frío) en una mano y un cigarrillo encendido en la otra.

Observó el agua caer y empapar las calles de su ciudad.

Caer y empapar el quiosco de la esquina en el que todos los días compraba el periódico para leer lo que ya sabía, que el mundo no había cambiado; caer y empapar el puesto de bicicletas aquel que llevaba ahí desde antes incluso de que se mudara a aquel apartamento después de separarse (de lo que ya hacía demasiado tiempo); caer y empapar el bar *restaurant* del Asensi donde a menudo (y más a menudo cada vez) entraba por las noches después de acabar el día para matar sus penas con whiskey solo y la comprensión del bueno de Asensi siempre ponía la oreja para él; caer y empapar a los vagabundos que todavía vivían en el parque, como *el yanqui*, *el colgado* o *el penas*.

Observó el agua caer, empapar y ahogar su vida que ya era de por sí suficientemente gris en los días de sol, y que cuando llovía sentía que se le encharcaba el alma.

...Cuantísima mierda, joder.

Había estado tomando café con la mujer de Milo, no tanto porque le apeteciera como por el mero formalismo que en aquellos casos entre policías vivos y esposas de policías muertos era necesario. El agente Rubio era el tercer compañero que perdía desde que entró en servicio.

¡¿Y a quién coño me pondrán ahora?!...

¡Joder! ¡¿Para qué otro compañero?!...

...Si además, se dijo, él era perro solitario.

Porque algunos animales no necesitan de la compañía de otros.

Porque él era ya un animal demasiado viejo.

Pero el jefe Rojas le había dicho que en cuanto acabasen con lo de

Manresa le asignarían a alguien.

—Pues yo no quiero a nadie —le había dicho Mayo.

—¡No me joda, Mayo! ¡¿Quiere?!... —había ladrado Rojas, perro viejo también.

Mayo ya no le insistió más, y cuando llegase el momento, se dijo, tomaría café también con la viuda de su próximo compañero.

Capítulo 35

Ángel

—Si alguna *ves* has de *apuñalá* a alguien, asegúrate de meterle MÁS de *diesisiete puñalás* —Toni lo decía muy en serio, porque las dos veces al año en que hablaba en serio... se ponía serio de verdad.

—Por qué... —le preguntó Ángel sin disimular lo más mínimo su desinterés (total) en lo que le estaban contando, al tiempo que se chamuscaba los dedos mientras calentaba una china sentado sobre el capó del taxi de Toni.

—Me lo dijo un colega mío que *é abogao* —le explicó entonces Toni— Si son más de *diesisiete puñalás é* «*enajenación mental*» y no *vá* a la *cársel*, te meten en una *institución* mental y *tás* fuera *ante* de *tre año*.

Entonces Ángel le prestó algo más de atención.

—Joder... ¿Me estas diciendo que si le metes diecisiete puñaladas a un tío vas a la cárcel, y que si son dieciocho te meten en un manicomio?...

Toni asintió como si aquella fuese la mayor de las verdades que hasta aquel momento sólo él conocía.

—Así *é* —y sonrió— Pero *tonses* asegúrate de matarlo, porque si le *mete má* de *diesisiete* y el tío no se muere... en ese caso *é* «agresión con perversión e intento de asesinato» y *tonses* sí que *vá* a la *cársel*, y por el resto de tu vida.

—Joooder —exclamó Ángel de nuevo, en tanto que mezclaba el hachís con el tabaco, lo enrollaba y se lo colocaba detrás de la oreja igual que hace un carpintero con un lápiz.

—Sí —asintió Toni otra vez— *Joé*.

...Schrrr-schrrr los interrumpió el walky.

Con un gesto Ángel le pidió silencio a su compañero, se llevó el auricular a la boca y preguntó:

—¿Sí?...

—*Vamos a entrar* —escucharon la voz de *el cordobés*.

Entonces Ángel se guardó el *walky* en el bolsillo interior de su chaqueta, se puso en pie de un salto y se dirigió a la puerta del hotel mientras Toni volvía a meterse en su taxi que tenía aparcado frente a la entrada donde había una gran cantidad de medios de información presentes, había unidades móviles de televisión y periodistas, cámaras, focos y cámaras con focos, e incluso había tíos con micrófonos de esos a los que les colocan una pértiga para así acercarlos más a quien fuera que fuese que generaba tanto alboroto: Un político, un deportista, un actor, o, se dijo Ángel, la puta de turno que se haya acostado con cualquiera de estos tres.

En aquella ocasión los de *Inteligencia* dieron con bastante antelación con la habitación del hotel en la que iba a alojarse *nieto* antes de acudir al puerto a supervisar la entrega, por lo que con bastante antelación también sembraron aquella habitación de cámaras y micros y así evitaron a los «chicos» de *el cordobés* tener que ideárselas de nuevo para descubrir el escenario en el que iban a actuar antes de entrar.

Así que ya en el ascensor *el cordobés*, Ángel, Tián y Cardona sacaron todo su arsenal, cargaron y le quitaron los seguros a sus pistolas (Tián había vuelto a traerse su *mala folla* del cuarenta y cinco y el cordobés ladró «joder»).

—¡Joder! —exclamó también, de repente, alguien más en el ascensor.

Entonces todos se fijaron en la ancianita que había en una esquina al final del enorme ascensor típico de enormes y ostentosos hoteles como aquél.

—¡Joooder! —ladró de nuevo *el cordobés*— ¿Pero qué coño hace esta señora aquí?...

—Voy a la planta veintitrés —les dijo ella entonces, con determinación.

—¿Es que nadie... la ha visto al entrar? —les preguntó entonces *el cordobés* a los otros tres ignorando por completo a la ancianita— ¡Mierda! ¡Ni que fuera un *seal*, coño!

—...¿Me van a violar? —les preguntó en aquel instante la ancianita, de repente, visiblemente alarmada.

...¿Violar?! ¿Pero cojones qué le pasa hoy a la gente?... se dijo *el cordobés*.

—Ni de coña, señora —pronunció Ángel entonces.

Y todos miraron a Ángel, quien se encogió de hombros y se disculpó con la mirada, y después otra vez a la ancianita.

Enseguida llegaron a la planta veintinueve en la que se hospedaba *nieto*, y en lo que tardaron en amordazar a la ancianita y meterla en un armario para los trastos de la limpieza que encontraron en el pasillo, se plantaron frente a la habitación del segundo *subcabrón* de Manresa al que tenían que enviar al infierno aquel día.

—¿Listos?... —les preguntó en voz baja el cordobés a la hora señalada, todo de acuerdo al plan.

El plan.

El plan.

El plan.

El puto plan...

¡Listos!

...Y justo en ese instante la puerta frente a ellos se llenó de agujeros.

Al principio ninguno oyó los taponazos de la pistola con silenciador que deshizo literalmente la puerta... Y a continuación sólo silencio, y de repente todo lo que hay a su alrededor deja de existir, y el tiempo corre a cámara lenta, y la muerte a una velocidad de vértigo. Una bala impacta a Cardona en la mano con la que sostiene el arma, que cae al suelo, y su mano se transforma en una garra sanguinolenta mientras Ángel sale despedido hacia atrás con más de quince impactos en el pecho y rebota contra la pared a su espalda que pinta de rojo al caer y resbalar sobre ésta hasta al suelo.

Un segundo, dos, tres...

El tiempo recobra su premura, la puerta queda abierta y Tián y el *cordobés* entran sin tocar el suelo disparando sobre todo lo que se menea.

Un pobre desgraciado con una recortada entre las manos a las doce en punto que, antes del segundo *cuatro*, se despide ya de sus sesos.

Otro que recibe dos impactos en el pecho y que cae de bruces sobre un televisor en el que puede verse a Ángel en el suelo al otro lado de la puerta.

Y otro (el de la pistola con silenciador con la que ha hecho de la puerta un colador) que les dispara, que no para, que sigue disparando y que mata

hasta con la mirada.

Y Tián que se tira detrás de un sofá de *ikea* con estampado de flores marrones por el que asoma su *mala folla* del cuarenta y cinco escupiendo balas sin mirar.

El cordobés que identifica a nieto, y que grita:

¡Nieto joputa!...

...Y *nieto* que maldice.

Pero nieto recibe un balazo entre las cejas.

Nieto que cae al suelo.

Y el de la pistola con silenciador que no deja de disparar, pero que al fin se le vacía el cargador.

Y Tián que se asoma.

Y el de la pistola con silenciador que recarga.

Que carga.

¡Que apunta!

Y Tián que se pone de nuevo en pie, recoge una lámpara del suelo y se la tira encima.

La lámpara que estalla en las narices del pistolero del silenciador.

Y éste aparta la mirada de su objetivo y maldice y se queja: *¡COÑO!*

En el momento mismo en que Tián que le mete cuatro tiros entre pecho y espalda.

¡PUM!

¡PUM!

¡PUM!

¡PUM!

Dos segundos de silencio. Uno, dos,... y...

—¡Cardona! ¡Llévate a Ángel de aquí! ¡Rápido, joder! ?grita *el cordobés*.

—¡Está muerto!

—...¡No lo dudo! ¡Llévatelo, joder!

Entonces Cardona cargó con Ángel al hombro, como pudo a pesar del agujero de bala por el que podía ver a través de la palma de su mano, y se metió en el ascensor presionando y pringando de rojo el botón de la planta baja.

Mierda...

Mierda...

Mierda...

—¿Tú estás bien?... —le preguntó entonces *el cordobés* a Tián.

Pero Tián no responde, y de repente *el cordobés* se encuentra con la pistola del silenciador apuntándole a los sesos y murmura «mierda» otra vez.

—Pero qué coño haces, Tián...

Pero Tián no responde.

—Tián...

Pero Tián no responde.

—Por qué... —le pregunta finalmente *el cordobés*— ¿Por una mujer?...

—Siempre es por una mujer —le responde entonces.

Y dispara.

El cordobés cayó de espaldas. «Y otro cuerpo más para los de la policía científica» se dijo Tián, porque a efectos del Estado, de la policía y de la madre que los parió, pensó, nada de aquello había ocurrido, al menos no como había ocurrido realmente.

Un segundo después Tián volvió a colocarle la pistola del silenciador en la mano a su legítimo dueño (que seguía estudiando sin ver los estucados del techo), recargó después la suya y le disparó de nuevo, un solo tiro, esta vez en la cabeza. Tras eso maldijo, ladró «a la mierda» y salió de la habitación.

Capítulo 36

Cardona

La mano le dolía horrores, y sentía las articulaciones, pensó, como seguramente se sentiría una marioneta a la que le han cortado los hilos que la sujetan. Recordaba que antes de que se la vendasen había mirado a través del agujero que tenía en la palma, como el que mira a través de la cerradura de una puerta (porque no todos los días uno puede mirar a través de su mano, y... *¡Joder, la verdad es que resulta curioso!*), y a través de éste había visto acercándose a la enfermera que lo atendería, una mujer con la mirada y los andares de una gata, de largas piernas y de cintura estrecha, de larga cabellera rubia que llevaba recogida en un moño atravesado por un lápiz, de ojos esmaltados por el verde del mar, labios encarnados y mejillas sonrosadas: Una mujer como las pocas que a aquel ex policía tan loco volvían.

—¡Pche! —chasqueó la lengua— *¡Cagon'la leche!*

No. Una mujer no... ¡Una niña!

Y se preguntó que qué sería lo que había pasado, que por qué las mujeres de hoy eran todas niñas de veintipocos con los pechos operados y un piercing en la nariz, o eso, se dijo, o es que él se había hecho ya demasiado mayor.

«*Lo segundo, seguramente*» reflexionó.

—¿Es usted policía?... —le había preguntado ella mientras lo atendía.

—Lo fui —asintió Cardona, contemplando su mirada felina vigilando hilo, aguja y el agujero en su mano.

Aquello a ella pareció hacerle gracia.

—Y... ¿Aún le disparan?...

—Algunas cosas nunca cambian —alegó Cardona con una sonrisa socarrona en los labios y malos pensamientos rondándole la mente.

Por norma general, si un herido de bala entra en un hospital éste avisa a la policía. Cardona había llegado solo, había plantado su garra sanguinolenta sobre el mostrador de recepción y había preguntado si alguien podía atenderlo, pero antes de que llegara el director de aquel hospital ya había recibido la llamada de la Central y habían puesto en

antecedentes también a aquella enfermera de que no sería necesario dar parte a la policía.

Cardona advirtió en sus ojos de gata lo que la gata pensaba (*imiau!*), que no era policía pero que la policía lo encubría.

—...¿Y? —volvió a preguntarle ella, entonces detuvo un instante su mirada en la de Cardona. Y después de eso de nuevo en la aguja, en el hilo y en el agujero que ahora se había vuelto algo más pequeño— ¿Consiguió atrapar a... su hombre?

—¿Mi... hombre?... —repitió Cardona, divertido.

¡Joder! ¡No me trates de usted!

—...Su hombre —dijo ella otra vez— El malo, ¿no?... —otra mirada, otra sonrisa.

—¿Qué «malo»?... —le preguntó él.

—El «malo» —dijo ella otra vez— Porque usted... es... el bueno, ¿no?...

Esta vez fue a él a quien sus palabras parecieron hacerle gracia.

—El bueno, claro... —sonrió— Verás, en realidad no hay buenos, ni malos. No hay nada de eso.

—¡Claro que sí! —le devolvió la sonrisa, cortó hilo— El malo es el que roba y mata y estafa, y el bueno... el bueno es el poli.

—No —negó Cardona con un gesto de cabeza— Es cuestión de puntos de vista, nada más. El que tú llamas «el malo» hace lo que cree que ha hacer, y al que llamas «el bueno»... pues también. Cuestión de opiniones —sonrió— Sólo eso —y se acordó del *benito* y de cuando atracó aquella sucursal del popular porque su mujer tenía cáncer y necesitaba dinero para pagarle un tratamiento que con su pensión de funcionario jubilado no podía permitirse; del Cases que le pegó un tiro a el chato porque éste había violado a su hija de tan sólo nueve años; del *el francés* que se metió en un lío de drogas para que sus dos hijos pudieran continuar yendo a la universidad... Todos ellos, ahora, en la cárcel.

—Sin embargo al que llamamos «el bueno» es el que está del lado de la ley —lo sacó la gata entonces de su ensimismamiento.

—Sí, al que llamamos «el bueno» es el que está del lado de la ley —le dio la razón— Pero eso es porque al que llamamos «el bueno» se lo ha

montado de put... muy bien.

¡Joder, Diego! ¡No digas palabrotas, coño!...

—Y... ¿En qué lugar le deja eso a usted?... —inquirió ella entonces, divertida.

—Hago lo que creo que he de hacer —repuso él, con determinación; ella terminó de coser y vendó.

—Pero usted no es policía —entonces las pupilas de sus ojos de gata se dilataron y Cardona se sintió atrapado por sus iris de verde esmeralda.

—No. No soy policía.

—Pero tampoco es «el malo» —volvió a la carga.

—Tampoco.

Otra sonrisa, otra mirada, terminó de vendar y se mordió el labio inferior, y a esas alturas a Cardona su piercing empezó a parecerle condenadamente atractivo.

—Mi turno termina a las ocho —le dijo ella, al fin, y entonces se dio la vuelta y se fue con los mismos andares con los que Cardona la había visto venir a través del agujero que ahora ya no tenía en la mano.

Capítulo 37

Manresa (...y van dos)

Manresa siempre comía solo, y sin embargo siempre que lo hacía... lo hacía en compañía de alguien: gente que iba a verlo por una u otra razón, la que fuese, gente que le exponía sus «problemas» y con la que compartía, si cabía, una copa de vino, una de coñac o una de helado (según en qué momento de la comida de Manresa se presentasen).

Cuando llegó, Manresa disfrutaba de un succulento plato de espagueti con mucha salsa de tomate, tenía la servilleta colgada del cuello y escuchaba al tío enorme que tenía sentado delante y que daba vueltas al vino en su copa tratando de adivinar qué narices veían en ello los que entendían (o que decían que entendían) de vinos; éste tenía una enorme cicatriz que le recorría la cara desde su ceja izquierda, pasando por su ojo izquierdo (en cuya cuenca no había ojo alguno, sino una esfera de cristal con un iris pintado de color azul que contrastaba bastante con el iris auténtico de su otro ojo, el derecho, que era de color negro), recortándole los labios por el centro hasta llegar al mentón.

—Mañana salgo para Amberes —había dicho aquél mientras contemplaba el vino en su copa como si ahí fuera a descubrir por dónde tenía que tirar para llegar a Amberes— ¡Joder! —se quejó después— Tengo un juicio que ya no puedo eludir por más tiempo.

Manresa rió, con su copa de vino en una mano y la sensación de tener el mundo en la otra, parecía que se conocían de hacía tiempo y existía esa complicidad en las palabras entre ambos.

—Dime... ¿Ha quién has matado esta vez? —bromeó Manresa mientras masticaba al mismo tiempo que se llevaba la servilleta del cuello a los morros y se limpiaba la boca. Después echó un trago de vino— Está bien —rectificó— Que ya somos unos señores, que ya nos hemos hecho mayores, joder —decía un niño de veintinueve años— Dime, dime... ¿Ha quién has MANDADO matar esta vez?...

Los dos rieron a la vez en esta ocasión.

Holliday (así lo llamaba Manresa) decidió hacer oídos sordos y esperar a que el tío enorme aquél acabase de una vez de hablar con Manresa para que le tocara el turno a él, porque fuera lo que fuera de lo que estaban

hablando, se dijo, lo cierto era que a él no le interesaba lo más mínimo.

Pero su turno no tardó demasiado en llegar. Al poco aquél se acabó el vino, se levantó, se despidió de Manresa y se fue.

Ya era hora... ¡Joder!

—*iHolliday!* —exclamó Manresa entonces como quien se encuentra con un amigo de la infancia a quién hace años que no ve. Le sonrió y lo invitó a sentarse con un gesto de la mano, después bebió un poco más de vino.

Al que llamaban *Holliday* advirtió que en aquella ocasión no se encontraba presente aquél con acento venezolano. No le gustaba aquel tío (*mejor...*). Pero aún no dijo nada, tomó asiento y aguardó, sin más (porque en reuniones como aquella, sabía aquel hombre mejor que bien, es el novato, el chivato, el matón... el que siempre aguarda a que el otro hable primero).

—Tú dirás, doc... —lo invitó a empezar Manresa no obstante.

—Hemos perdido a dos de nuestros hombres.

Manresa sonrió, rió, maldijo, ladró «joder» y lo apuñaló con la mirada.

—Aclárame una cosa —le pidió entonces— Cuando dices «*nuestros hombres*»... Joder ¿A cuáles te refieres exactamente?... —quiso recordarle lo que era: Un tramposo que juega a dobles parejas, la puta que se acuesta con todos.

—A los hombres de Mayo —ladró *Holliday*.

Esta vez, claramente, la sonrisa del diablo transfiguró sus facciones.

—Así que Mayo tiene dos bajas —dijo— Y yo otras dos —entonces hizo el plato a un lado, se limpió otra vez los morros con la servilleta, después la dejó encima del plato y se quedó con la copa de vino entre los dos— ¿Estamos empatados, *Holliday*? ¿A qué crees que estás jugando? ¿Qué coño crees que es esto? ¿Una maldita competición?... —echó otro trago de vino, casi vacía la copa— A *el siciliano* y a *nieto* ya les han puesto el traje de pino —lo advirtió— Si *turco* se apunta también a esa moda yo mismo te arrancaré el corazón y lo usaré para hacer salsa para espagueti.

Al que llamaban *Holliday* se dijo que resultaba curioso cómo aquel hombre era capaz de decir todo aquello sin siquiera alterarse, pues su tono de voz era el mismo tanto si te invitaba a sentarse a su mesa como si te amenazaba con hacer salsa para espagueti con tu corazón de asesino

implacable.

—*Nieto* no tenía que estar en esa habitación —le dijo— Sabíais cuándo íbamos a actuar.

En aquel momento Manresa rió como si acabasen de decirle algo imposible de creer y absurdo.

—¡Joder! Tú no conocías a *nieto* —le dijo, negó con la cabeza— Siempre acudía personalmente a todas sus entregas, a todas, cuando tenía que cobrar, que pagar o que dar por saco —rió— Bastaba con decirle que no a cualquier cosa... para que no faltase a su puñetera cita, fuera la que fuera. ¡Y encima el muy cabrón siempre, siempre era el primero! *Nieto* sabía que ibais a por él. ¡Claro! ¡Yo mismo se lo dije, joder! Aún así... —añadió cuando parecía que por fin había terminado de elogiar a su difunto colega— Aún así *nieto* no debería estar en un cajón, no. Y más te vale... —lo señaló con la copa de vino ya vacía— Joder... Más te vale que *turco* viva hasta que no tenga edad para seguir viviendo.

—No te preocupes por eso —habló de nuevo aquel al que llamaban *Holliday* antes de ponerse a toser otra vez, una, dos, tres veces...

—¿Por qué no?... —le preguntó Manresa— Tampoco tendría que haber ocurrido con *el siciliano*, ni con *nieto*.

—Porque quedaré al descubierto antes de dejar que eliminen a *turco*.

Aquello pareció agradar a Manresa, quien al cabo de un rato asintió con la cabeza aparentemente convencido.

—Está bien —le dijo, por fin— Está bien. Aunque ya podrías haber tomado esa decisión antes de cargaros a *el siciliano*. Aunque... —dijo también, como si estuviera cavilando el mayor de los razonamientos—, más vale tarde que nunca, claro. ¿Sabes?... —añadió entonces como si acabase de darse cuenta de lo próximo que iba a decir— Mayo y su puta *operación Manresa* me están tocando mucho los huevos.

—...Bueno —habló de nuevo el hombre al que llamaban *Holliday*— Supongo que de eso se trata, ¿no? —y sonrió, sin falta de sorna entre sus mejillas.

—Pues si te quedas al descubierto... —le dijo Manresa entonces sopesando un segundo aquella posibilidad— Joder. Si te quedas al descubierto ya puestos podrías cargarte a Mayo a ver si así se me deshinchon las pelotas.

Capítulo 38

Mayo

—Cuéntamelo otra vez —le pidió Mayo a su ex colega del cuerpo antes de llevarse la taza humeante a los labios.

Cardona hizo a un lado su taza de café, ya vacía, y se encendió un cigarrillo, aparatosamente dado que llevaba la mano derecha vendada y el brazo le colgaba de un pañuelo de los *sex pistols* que tenía atado al cuello. Entonces ladró malhumorado, aspiró profundamente y exhaló una larga bocanada de humo antes de volver a hablar:

—¿Cuántas vueltas más quieres darle a este asunto, Víctor?... —le preguntó— Sabían que íbamos —le dijo (otra vez)— Sabían que estábamos delante de la maldita puerta. ¡Que tenían una cámara enfocando el pasillo! ¡Coño!...

Pero Cardona conocía a Mayo, y lo conocía bien, muy bien: el policía que siempre se empeñaba en volver a ver la misma cinta desde diferentes ángulos cada vez, en reconstruir y volver a reconstruir los mismos hechos desde diferentes puntos de vista y en volver a interrogar al mismo pobre desgraciado y hacerle las mismas preguntas utilizando diferentes palabras.

—Las cámaras y los micros dejaron de funcionar al menos cinco minutos antes de que entraseis —insistió Mayo en lo que llevaban comentando media mañana, dos cafés y veinte cigarrillos— Había una multitud congregada, algún tipo de acto social, no lo sé... Habían cámaras de televisión y focos por todas partes. ¡Joder!... Lo acatamos a alguna clase de interferencia —casi se abroncó a sí mismo por aquello— Lo que me hace suponer que el topo que tenemos forma parte de este condenado equipo.

—Vamos, Víctor, no me jodas... ¿En serio?...

—...¿Acaso te estás dando por aludido?

—...¿Acaso te puedes ir a la mierda? ¡Venga, no me jodas!...

—Diego, el «equipo» es muy grande —le recordó Mayo a su amigo— No sois sólo vosotros cinco y yo —(«*Aunque ya sólo eran tres y él*» se dijo después).

—Entonces —comenzó a decir Cardona—, creo que lo único que sacarás en claro de todo esto es que ni Ángel ni *el cordobés* eran el maldito topo ese.

—Eso... —añadió Mayo— y que en ocasiones cuatro balazos en el pecho no son suficiente para matar a un pobre cabrón, aunque salgan del *pedazo* cañón de la pistola para cazar dinosaurios de Tián.

—Sin embargo... —dijo Cardona, al rato, y dejó la frase en el aire.

—No me jodas, Diego. Sin embargo qué, coño...

—Que de quien no me fío... —continuó Cardona después de un segundo— De quien no me fío es de Toni —ladró por fin— No. De Toni no me fío. ¡Joder! ... ¡Piénsalo, Víctor!... Toni nunca se expone.

—Ayer metiste el cuerpo sin vida de Ángel en el asiento de atrás de su taxi en medio de una calle atestada de gente, e incluso de cámaras, y la ley no os ampara en esto. Diego, Aunque trabajéis para el gobierno... Joder... ¡Nada de esto está ocurriendo! Así que sí se expone, menos tal vez, pero también él está expuesto.

—Está bien —asintió el ex policía— Está bien, vale, se expone, sí. Pero...

Entonces Mayo suspiró lánguidamente.

—¡Mierda, Diego! —ladró el comisario— Pero qué, ¡joder! ¡QUÉ!...

Pero Mayo ya sabía el qué, pues había compartido suposiciones e instinto en decenas de ocasiones con aquel ex policía durante aquellos años en que ambos vestían el mismo uniforme azul.

¿Era Toni el maldito topo?...

¿Quién además de ser el culpable de haber perdido a dos de sus hombres también había mandado a tomar por saco la operación para detener la entrega que tenía que supervisar *nieto* aquel día?... Porque al llegar al puerto no encontraron nada que incautar ni nadie a quien detener y los de anti-vicio se quedaron con dos palmos de narices, como si en lugar de habérsela incautado a los narcos en realidad se la hubiesen chutado.

...Toni.

Capítulo 39

Cardona

Se llamaba Luna y era enfermera.

Cuando le dijo su nombre, lo primero que pensó Cardona fue que aquel era el nombre más raro que jamás había oído (precioso, aunque extraño), y después de eso que al parecer las mujeres (todavía, e incluso las niñas) seguían quedándose colgadas de su mirada de perro y barba de tres días (aunque a aquella, comprendió al fin, parecía que lo que realmente la volvía loca era estar con un tío que llevaba pipa y que ya no tenía placa).

Luna aún dormía, porque aún era temprano. Aún no había amanecido y las luces de neón del cartel del bar de abajo que tenía instalado en la terraza (por lo que le pagaban cien euros todos los meses) iluminaba su cuerpo desnudo sobre las sábanas confiriéndole un descarado color rojo que acentuaba aún más cada curva de su sensual fisonomía.

Joder... ¡Diego!...

Se incorporó y se pasó la mano por la cara, y después de eso se puso en pie y buscó con la mirada su chaqueta que halló hecha un ovillo en el suelo debajo de sus pantalones. *Mierda...* Y se acercó y la cogió y rebuscó en sus bolsillos hasta que dio con sus cigarrillos y una cajetilla de cerillas del hotel en el que habían liquidado a *el siciliano*.

Entonces se acercó a la ventana y la abrió lo justo para dejar escapar el humo de las caladas de su amarga melancolía, se encendió un cigarro y aspiró profundamente.

Pensó que ella le gustaba.

Desde que la había conocido (*dos cenas y dos polvos*) había conseguido evadirse, momentáneamente, de su miserable vida de perro a sueldo del gobierno. En una ocasión incluso se había sorprendido a sí mismo sonriéndole al espejo.

Después de cenar aquella noche, en aquel viejo mejicano en las ramblas, ella le había pedido que se mudara a su apartamento.

¿Pero... qué cojones les pasa a las mujeres de hoy día?...

Aún no hacía un mes que se conocían.

Se terminó el cigarro, lanzó la colilla por la ventana y se encendió otro.

Tal vez, se dijo entonces, aquella era la ocasión que (sin saberlo) había estado esperando tanto tiempo, el momento de empezar de nuevo, de tener, de nuevo, a alguien a quien ver todos los días, de volver a sentir la calidez de unos labios besando los suyos y de un abrazo que le ayudase a olvidar todas las noches lo que hacía todos los días.

Tal vez...

Pero aquella no era la primera vez que se sentía tentado de llevar como algo normal una vida que de normal no tenía nada, y en las otras ocasiones nunca había funcionado (porque los miserables no están hechos para historias de amor para siempre, paseos por el parque, tardes de cine y cenas a la luz de las velas sin que nadie reciba un tiro entre plato y plato).

Entonces apagó el cigarro aplastándolo contra la barandilla del balcón, lanzó otra vez la colilla y cerró la ventana. Murmuró «menuda mierda», buscó sus pantalones y se vistió sin hacer demasiado ruido, después contempló por última vez a Luna y le susurró un «adiós» al que se había ido acostumbrando con el paso de los años.

Y después de eso se fue, cerrando la puerta con el mayor de los cuidados.

Capítulo 40

Tián

Se despertó con un tremendo dolor de cabeza.

Ummm...

Abrió los ojos y clavó la mirada en el techo, pero sólo aquello ya agravaba su dolor, así que volvió a cerrarlos y suspiró malhumorado. Pensó que todos sus músculos pesaban una tonelada, pero aún así pensó en incorporarse, así que puso un pie en el suelo y se quedó en aquella posición: estirado con una pierna fuera de la cama.

...Joder

Y aquel irritante pitido taladrándole la sien...

Piiiiiiiiiiiiiiiiiii...

...Y que no cesa (porque llevas más alcohol que sangre en las putas venas... ¡Cabrón!...).

Joder...

Joder... Pensó que daría lo que fuera por una aspirina y un vaso de agua (*lo que fuera*), pero el camino hasta la cocina le pareció un viaje demasiado largo y que no podía terminar bien. *Ni de coña...*

Oyó el interfono al otro lado de la pared en que tenía el cabezal de la cama.

¡Shrrr!

Entonces levantó levemente la cabeza, y en aquel instante se dio cuenta de que había dormido vestido.

Joder...

¡Shrrr!

Joder...

¡Shrrr! ¡Shrrr!

¡Mierda!...

¡Shrrr! ¡Shrrr! ¡Shrrr!

...Por fin cesó y la tranquilidad volvió a reinar en su cabeza, aunque el pitido aquél seguía tirando tabiques dentro de su cerebro si ningún miramiento.

<Silencio>

Y entonces sonó el móvil...

Piii-pi-pi-piii...
Hay que joderse...
Piii-pi-pi-piii...
¡Que te calles!
Piii-pi-pi-piii...
¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Cogió el teléfono de su mesilla de noche, descolgó y se lo llevó el al oído:

—Quién... —ladró más que preguntó.

—¿*Tián?*...

—...Quién coño eres —su tono de voz seco, sequísimo, con una carraspera de la leche que le subía por la garganta y la música de anoche agobiando todavía en su cabeza; por culpa del vino, y después de eso por culpa del whisky, y por culpa también de la rubia aquella que estaba sola (o eso creyó él entonces) y por culpa de su novio que no entendía que la invitaba «sólo» (*tan sólo, joder, únicamente, exclusivamente, meramente, justamente...*) por mera cortesía. *¿Sí, sólo por cortesía?... ¡Y una leche!...* Por culpa de su novio que no entendía que no quería pelea. En definitiva, por culpa de una resaca de la leche.

—*Soy Cardona* —le escupió el móvil— *¿Qué te pasa? Tienes una voz de pena. ¿Te encuentras mal?...*

—...Estar mal estaría bien —dilucidó Tián— Porque si sólo estuviera mal estaría mejor de lo que estoy, y estoy fatal, joder... —*Vaya, cuántas palabras seguidas con tanta resaca.*

—¿*Dónde estás?*... —le preguntó Cardona— *Estoy enfrente de tu casa, estaba llamando al interfono.*

—Sí,... lo he oído... —admitió Tián— Así... que debo de estar en casa —murmuró— Espera... —le dijo— Ahora te abro —y colgó.

—¿Crees que pillar semejante borrachera (y me quedo corto, porque tienes una cara que das pena) hará que te sientas mejor?... —le preguntó Cardona mientras se encendía un cigarrillo y se apoyaba sobre la encimera de su cocina americana.

Tián pareció sopesar un instante sus palabras, como si fuese a encontrar un mensaje oculto en ellas; meditó un segundo su respuesta y dijo:

—¿Sinceramente?... Sí.

—No... —lo corrigió Cardona enseguida— No. Joder, tú no tienes la culpa de que aquel pobre cabrón no estuviera muerto. ¡Con cuatro tiros entre pecho y espalda uno se muere... y punto!

—...Lo que tú digas —murmuró Tián antes de volver a echar la cabeza atrás sobre el respaldo del sofá y cerrar los ojos— A qué coño has venido.

—Tenemos un trabajo que terminar, y quiero acabarlo cuanto antes —le dijo el ex policía— Después de esto pienso... desaparecer una temporada.

Entonces Tián abrió los ojos y levantó otra vez la cabeza, tosió...

—Pensaba que después de lo de el cordobés y Ángel, el «trabajo»... había sido,... joder, dado por concluido.

—Si cada guerra se diera por terminada a las dos primeras bajas sería la leche... ¿No te parece?... —le preguntó Cardona— Durarían dos días, en los telediarios hablarían más de las expo y cosas que no interesan a nadie y habría un montón de madres que no tendrían que llorar a sus hijos —y echó una calada, larga, y después sonrió— En serio, sería la leche. ¿No te parece, Tián?...

—Lo que tú digas.

—Ayer estuve con Mayo —volvió a la carga Cardona— Vamos a ir a por *turco*, y después de eso se acabó. A Manresa le pueden dar por saco. Cuando todo esto acabe no podrá levantar cabeza, la organización entera se le habrá ido a la mierda y ya no representará una amenaza seria, al menos no por el momento.

—¿Vamos a reunirnos? —le preguntó Tián, al cabo.

En aquel instante Cardona se dio cuenta que a Tián la respuesta le daba lo mismo.

—La reunión la tuve yo ayer con Mayo —le dijo— Con *turco* vamos a ir a saco, sin miramientos, entramos en su casa y le pegamos un tiro, y punto final a toda esta historia de mierda —le entregó un sobre— Hay tienes los

detalles. Dónde, cuándo y cómo.

—Dónde, cuándo y cómo —repitió Tián— ¿Y el porque, Cardona?...

—¿Porque... qué?... —le preguntó el ex policía.

—Por qué... hacemos todo esto.

Durante unos segundos ninguno dijo más. Cardona abrió el grifo de la cocina y apagó el final de su cigarro que acto seguido tiró a la basura para después encenderse otro, mientras Tián se metía otra aspirina en la boca y maldecía antes de pasársela con un trago de cerveza y melancolía.

—Porque nosotros somos los buenos —respondió Cardona finalmente— Y ellos los malos, ¿no?... —aquello le recordó su primera conversación con su última historia de amor y sonrió, sin que Tián entendiera por qué.

—Porque el gobierno nos dice que matar a esos tíos es lo que hay que hacer —pronunció Tián como el profesor que da la respuesta correcta al alumno que acaba de fallarle.

...Una calada.

Y más humo.

Un «*mierda*», un «*a tomar por culo*» y un «*hay que joderse*» seguido de un silencio demasiado largo.

Cardona sabía que Tián, quien de repente se puso a toser de nuevo, tenía razón.

—No pienso tener esta discusión contigo —ladró ex policía entonces.

—Está bien.

—Bien...

—...

—...Tengo que localizar a Toni —habló de nuevo Cardona, al rato— Nadie lo ha visto desde hace un par días.

—Qué raro.

—¿Raro?...

—Muy raro.

—¿Cómo de raro?...

—Mucho.

—No te fías de él, ¿verdad?...

—...¿Te fías tú?

—No te fías de él —afirmó Cardona asintiendo con la cabeza esta vez.

En esta ocasión Tián no sopesó su pregunta, ni su seguida afirmación. No caviló su respuesta. Fue claro y directo:

—No.

Pero Cardona no dijo nada, dejó que un gesto agrio se apoderara un segundo de su rostro de perro viejo y después se dirigió a la puerta.

—Cardona —lo llamó Tián antes de que se fuera, y aquél se dio la vuelta, y se lo quedó mirando un instante— ¿Estás ahora al mando?... —quiso saber.

A Tián le pareció que Cardona sonreía.

—Vamos... —dijo el ex policía— No me jodas... ¿Quieres?...

Capítulo 41

Toni

Se entretuvo observando la publicidad en una marquesina rota en una parada de autobús a pocos metros de donde había aparcado (*donde siempre*), lo poco que cuesta una televisión de plasma de cincuenta y dos pulgadas si la pagas en «cómodos» plazos en cincuenta y dos años, o lo poco que cuesta endeudarse e ir de culo y cuesta abajo todos los putos meses si uno empieza con ese tipo de cosas.

—Pero dónde coño *tá*... —se dijo también.

Finalmente paró el motor y apagó las luces, y entonces aquella otra chica se le acercó; hacía un rato que la observaba, yendo arriba y abajo de la esquina de *Mec* hasta la marquesina y vuelta. La observó acercársele mientras bajaba la ventanilla y apoyaba el codo sobre el marco de la puerta y se encendía un cigarrillo.

«*Joé... Pa lo que lleva puesto...*» pensó Toni, mejor sería que no llevase nada: Una minifalda (lo de «mini» era un decir), una chaqueta de piel sintética de color blanca que llevaba arremangada hasta los codos, también «mini» pero que escondía, aunque lo justo, sus pechos (en absolutos «minis») bajó un sujetador de color negro y botas negras hasta las rodillas. Y... se dijo, si iba así no era porque fuese una chica del norte de Europa que estaba en España de intercambio y que pensase que aquí hace un calor de la leche; aquello arrancó una sonrisa socarrona de su mente calenturienta, porque de hecho la mayoría eran del sur y, en esta época del año, se dijo también «*aquí hase un frío de cojone*».

—¿Buscas compañía?... —le preguntó con su frío acento del este de Europa.

—No. Busco a mi perro que se *m'ha escapao* —dijo él. Ella hizo ademán de reírse, pero enseguida se puso seria otra vez— *Toy buscando a Carola. Se parese a Mec Rayan. La actris, ¿la conose?*...

—No —pronunció ella tajante.

Y después de eso...

—Cuánto.

—Cincuenta.

—Por cuánto.

—Media hora.

—¿Sólo?...

—...Sólo.

—*¡Joé!...*

—Cariño... La vida está muy cara.

—Y por ese *presio*... ¿Qué?...

—Lo que tú quieras... Amor...

—Claro... *Tá* bien.

Entonces le abrió la puerta y ella se subió encima suyo en el asiento del conductor, apoyando la espalda sobre el volante. Toni tiró el cigarrillo a medio acabar al suelo y cerró la puerta... Al poco el vaho comenzó a trepar por los cristales de las ventanillas de su viejo taxi.

Sus manos en la cintura de ella, las de ella en su entrepierna.

—*Joé...* —se quejó Toni— No *corra* tanto, coño. Ya sé que en media hora te *desenamorará* de mí, pero cariño en ese tiempo me planto en el nivel veinte del *tetri*. Así que *vamo a jugá* un poco... ¿Vale?...

Ella sonrió, levemente.

—...Claro.

—*¡Joé!...* ¡Pero qué poca vidilla que *l'écha*, coño!... —casi se le escapó la risa— ¿Es que tú no *tiene* sangre en la *vena* o qué?...

Ella sonrió, otra vez.

—Con lo chutada que ya voy... —le dijo—, dudo que me quede espacio en las venas para nada más.

—Claro —asintió Toni con resignación.

Pensó que no parecía una puta, pensó que tal vez no tuviera experiencia aún, pensó que tal vez acababa de llegar de dónde fuera que venía, de

dónde fuera que la habían engañado para irse.

No, no era eso...

Pensó que sus manos eran de seda, que el perfume que enseguida tomó cada rincón de su viejo taxi no era de aquellos que regalan con las revistas, y que sus ropas (aunque escasas, aunque pudieran parecerlo) no eran de esas que venden en el rastro.

Entonces lo besó.

Labios acostumbrados a *dry martini*, a tabaco para señoritas y a barra de labios de las mejores boutiques del Paseo de Gracia; no a cerveza, a tabaco blando y a los besos de un taxista hambriento de sexo.

...¿Qué era ella?

Joé... ¿Una puta de lujo que no llega a fin de mé?...

Entonces lo notó, como el agua de un río que mana y que le pega la camiseta al pecho.

...Frunció el ceño.

...Qué

Y se llevó una mano al cuello, y la hundió en el agua que baja del río de la vida, para observarla después manchada de rojo, pringosa y delatora.

Pero qué coño...

Y a continuación la observó a ella (*pero... qué...*), sus ojos de gata clavados en su mirada llena de perplejidad, su cara de repente borrosa y un cuchillo pringado de rojo entre sus manos de seda.

—*Será... puta...* —consiguió articular; sus últimas palabras, un chiste que no pretendía.

Lo último que oyó fue la risa de ella, mientras recostaba la cabeza sobre el respaldo del asiento y perdía la vista clavada en el techo de su viejo taxi en su última ronda.

Entonces ella abrió la puerta y se bajó, se colocó bien la minifalda que entonces llevaba a la altura de las caderas y cerró la puerta del coche con sumo cuidado.

En aquel instante se le acercó otro hombre, alto, con abrigo largo y la sonrisa del diablo, que salía de las sombras del final de aquella calle como

si de repente dejase de formar parte de éstas. Aquél le entregó un sobre (que ella se apresuró a guardar en un bolsillo de su diminuta chaqueta) y con acento venezolano y la mirada clavada en su escote, y le dijo:

—Has hecho un buen trabajo, en ese sobre tienes lo tuyo.

—Claro.

—...¿Y la puta? —le preguntó.

—¿Te refieres a Meg Ryan?... —preguntó ella, sonriente.

—Me refiero a la puta —atajó él, tajante.

Entonces ella volvió la mirada y con ésta le señaló un contenedor de basura al final de la calle.

—Está bien —pronunció el venezolano al rato— Entonces ya no nos volveremos a ver —le dijo— Cuídate mucho.

—Sí, tú también —le dijo ella, y después de eso le dio la espalda y regresó a las sombras de la noche Barcelona.

Capítulo 42

Mayo

Pensó que se sentía viejo. Pensó que sólo tenía cincuenta y seis años y que no debería sentirse viejo, pero que así era cómo se sentía. Desde que su mujer lo dejó, Mayo se había vuelto más viejo, más rudo, más insociable para todo el mundo, más esquivo y mucho más irónico de lo que ya era; desde que su mujer lo dejó, decían, se había vuelto más policía y más cabrón.

Pero algo bueno tenía que tener todo aquello,... ¿o no?...

Su ex le decía que de una experiencia negativa siempre se saca algo en positivo. Pero... ¿qué podía tener de positivo el haberse vuelto de repente tan irascible, el haber vuelto a fumar y el que ahora durmiese con su revolver debajo de la almohada? *Joder...* ¿Qué podía tener de positivo que se hubiera vuelto tan desconfiado?

Pero cuando aquella noche Mayo llegó a su casa se dijo que tal vez su ex-mujer tuviera razón.

Porque aquella noche, el policía que fue hacía años no se hubiera percatado de que la puerta se había separado del marco, aunque siguiese cerrada, ni de que su llave no entraba bien en la cerradura, aunque la abrió.

El policía que era ahora le advirtió de que no encendiera las luces, y no lo hizo.

Y un haz de luz amarillenta se coló desde el rellano de la escalera en la que aún permanecía, e iluminó el recibidor de su apartamento: la alfombra de la entrada que su mujer había comprado en Brujas durante su viaje de bodas, la mesa del salón, las sillas...

El policía que era ahora advirtió una silla donde no debía, porque hacía toda una vida que seguían en la misma *pu*** posición, alineadas perfectamente rodeando la mesa del salón, porque ya nunca las movía de ahí, porque ya nunca nadie venía a cenar.

Entonces entró, cerró la puerta y el haz de luz desapareció y lo sumió en una densa oscuridad, mientras sus sentidos se disparaban, como los de un gato al que intentan dar caza.

El policía en que se había convertido advirtió el parqué bajo sus pies, que crujía y que de repente acallaba.

.
. .

Advirtió que venía de su habitación y sacó el revolver de la cartuchera que llevaba colgada de los hombros bajo la americana de pana.

Pegó la espalda a la pared y se dirigió hacia allí, mientras sus ojos comenzaban a acostumbrarse a aquella oscuridad; le quitó el seguro al arma y avanzó despacio...

Sus pulsaciones se habían disparado y sintió el redoble de sus latidos contra su pecho con tanta fuerza que creyó que lo delataría.

Otro ruido.

...Joder.

Quién fuera que fuese... estaba en su habitación, de eso no tenía duda.

Pero antes de llegar a ésta se coló en el baño, no emitió ningún sonido y entró con el cuidado de que quién fuera que estaba en su casa no se encontrase tras aquella puerta o en la bañera, pero ahí no había nadie. E intentó adivinar a través del espejo que reflejaba la puerta de su habitación, entreabierta, algún movimiento.

Nada.

Demasiada oscuridad... *¡Joder!*

Quién fuera que habían enviado a matarle ya sabía que lo había descubierto, tampoco tenía dudas de esto otro; pero seguía en las sombras, seguía en silencio.

No obstante, sabía Mayo, cuando te dedicas a escuchar el silencio... descubres que éste tiene mucho que decir.

Otro ruido, muy leve, podía oírlo respirar...

Quién fuera que aquella noche pretendía quitarlo de en medio, acababa de cambiar de sitio.

Entonces la puerta de su habitación se abrió del todo, levemente también,

sin emitir ningún ruido.

El espejo seguía ciego y la pistola en las manos de Mayo llenas de sudor.

Un segundo, dos, tres...

Entonces distinguí una silueta saliendo de su habitación, la silueta de un hombre alto, condenadamente grande, y su arma... una recortada de dos cañones (de esas, se dijo Mayo, que dan por saco tan bien).

Mierda...

Un segundo, dos, tres...

¡Ahora!

Entonces Mayo salió de su escondite y disparó a ciegas, pero erró el tiro... Y aquél dirigió su cañón hacia él y disparó dos veces...

¡PUM! ¡PUM!

El primer proyectil hizo añicos el espejo que había quedado a sus espaldas y el segundo reventó la cisterna del *váter* y una tromba de agua inundó el baño.

—¡Coño!

Después aquél salió corriendo y Mayo fue tras él. Pero el comisario se sentía viejo y cansado, y aquél hombre era joven y ágil y llegó a la puerta antes que él, y la abrió y corrió escaleras abajo mientras Mayo salía al rellano y disparaba errando de nuevo y abriendo dos boquetes en la pared de la escalera que quedarían ahí para la prosperidad y para que al día siguiente sus vecinos hablaran peor aún de él.

Al día siguiente, cuando el teléfono (que sonaba, que vibraba y que, se dijo Mayo, daba tanto por saco) le despertó, lo hizo con el arma en la mano.

¡Piiiiiiiiii!...

—Coño... —musitó malhumorado— ¡Joder!...

¡Piiiiiiiiii!...

Se dijo que aquella noche su ex-mujer le había salvado la vida (*¡hay que*

joderse!).

¡Piiiiiiiiii!...

Porque al parecer sí se podía sacar algo en positivo de toda la porquería que había tenido que tragar y del hombre en que se había convertido tras su separación.

¡Piiiiiiiiii!...

Al final, como siempre, ella tenía razón.

¡Piiiiiiiiii!...

Entonces cogió el teléfono y contestó:

—¿Sí?... —y lo que oyó lo dejó helado, pero no lo sorprendió, no después de aquella noche— Voy para allá —ladró y colgó.

Se puso en pie torpemente, se frotó la cara con la mano y marcó un número. No tardaron en contestar.

—*Diga...*

—¿Diego?...

—¿Víctor?...

—Sí. Soy yo. Anota esta dirección —le pidió; el ex policía la apuntó al momento— Quiero que vayas para ahí, ahora —le ordenó a continuación— Yo ya voy para allá.

—¿*Qué ha ocurrido?*...

—Que estabas equivocado con Toni —le dijo— No tardes.

Cuando Mayo llegó al lugar de los hechos Cardona ya estaba ahí; la policía científica hacía su trabajo y la prensa intentaba hacer el suyo. Los *mossos* habían acordonado la zona y el taxi de Toni (y Toni) aparecían en el centro como la obra de arte favorita en un museo impresionista de moda.

¡Mierda!

Sin detenerse le mostró su placa al guardia de turno y cruzó el cordón, se acercó a Cardona y le preguntó:

—¿Tenemos algo?...

Entonces Cardona se dio la vuelta y tiró al suelo la colilla que empezaba ya a chamuscarle los labios.

—...Nada —le dijo— Nada, Víctor. No tenemos nada. Excepto que por lo visto se fue de putas y que fue eso lo que lo mató. Pero no sabemos si fue la puta, el putero o alguien a quién tenía puteado. No hay huellas, quién lo hiciese fue muy cuidadoso, o cuidadosa... —se corrigió— Claro que eso ahora ya da igual.

Toni tenía la cabeza apoyada en el reposacabezas de su asiento y sangre que le manchaba la camiseta y los pantalones hasta las rodillas, la mirada clavada en el techo de su coche y el miembro fuera de los pantalones.

—Joder... —musitó Mayo.

—Sí. Joder —coincidió Cardona— Supongo que esto tendría que ponernos en alerta al resto, ¿no?... Vamos... —se encendió otro cigarrillo—, que si se han cargado a Toni cualquiera de nosotros podría coger un taxi también mañana.

—No. Aún falta mucho para mañana —dijo el comisario después de pensárselo unos segundos.

—¿Qué coño quieres decir?...

—Que anoche intentaron matarme —le confesó— ¿Viste ayer a Tián? —le preguntó a continuación, inmediatamente, sin darle tiempo de reaccionar. Entonces Cardona asintió con la cabeza— Pues acabad con *turco* de una vez, y después desapareced.

Capítulo 43

Cardona

Turco vivía en un lujoso apartamento en un ostentoso pasaje particular en el Paseo de Gracia de Barcelona; al pasaje se accedía a pie y dejaron el coche un par de calles más arriba. Para entonces ya había oscurecido y éste aparecía iluminado por la tenue luz anaranjada de las farolas de la antigua Barcelona, por los faros de un coche estacionado en doble fila en la calle contigua y por las miradas lascivas de los amantes que se besan en su interior, que se despiden, que se despiden otra vez, que se besan otra vez,... y por los ojos ambarinos de un gato negro que araña una bolsa de basura que alguien ha dejado olvidada fuera del contenedor.

Caminaron, sin prisa, sobre el suelo de adoquines, con los cantos redondeados por el paso del tiempo y de la gente y de los gobiernos conservadores que dicen que esa es la huella de la ciudad condal de siempre, igual que los orines de perro en cada esquina de aquella angosta calleja.

Cruzaron el pasaje mientras cargaban sus armas.

—Después del asesinato de Toni en el interior de su propio taxi, joder...

—hablaba Cardona mientras caminaban— los medios ya lo han relacionado con las muertes de *el siciliano* y de *nieto*.

—...¿Cómo es eso? —le preguntó Tián mientras revisaba el cañón de su pistola.

—Cuando saqué a Ángel de ahí, había muchos periodistas, había algún tipo de acto social, no sé... Aunque estaba muerto no lo advirtieron

—dijo—, pero muchos se quedaron con «alguien» que metía a otro «alguien» moribundo en un taxi que salía de ahí a toda leche.

—Alguien anotó la matrícula —comprendió Tián.

—Alguien anotó la matrícula —corroboró Cardona— Y después de que encontraran a *nieto* muerto poco después en una habitación del mismo hotel, se dijo que algo tendrían que ver dos tíos, uno medio muerto (aunque en realidad lo estuviera del todo), que se meten en un taxi y que salen cagando leches.

—Y ahora han encontrado ese taxi y a su propietario muerto.

—Aha...

—Quien se cargó a *nieto* aquel día es a todas luces el mismo que mató a *el siciliano* —hablaba Tián ahora como el protagonista de una película de detectives— Ese tío conduce un taxi y ahora también aparece muerto —Cardona no le respondió— Y... ¿Eso... nos exculpa a ti y a mi?... —le preguntó después.

—Lo dudo —pronunció Cardona.

—Sin embargo, Toni se ha convertido en una cabeza de turco —alegó Tián, sonriente, divertido...

—Teniendo en cuenta a quién vamos a liquidar... —advirtió Cardona al cabo—, tienes un humor muy retorcido. ¿Lo sabías?...

Entonces se plantaron enfrente de la portería de *turco*.

—Sí. Lo sabía —pronunció Tián finalmente.

Comenzaba a llover.

—Es el último piso —anotó Cardona.

Tián empujó la puerta de la portería, ésta estaba abierta y se colaron en su interior.

El suelo de la portería estaba sembrado de correos basura: de Pizzas a domicilio, chino a domicilio y bocadillos a domicilio, de «*iGestionamos todas sus multas!*» y de «*Busco piso en esta zona, pago al contado*». Pasaron por encima de todas aquellas cartas de comida rápida y ofertas que tratan de hacerte creer que te hacen un favor, hasta la escalera.

iMierda! iNo me jodas! ¿En serio?...

No había ascensor.

Tián maldijo cien veces aquellos edificios tan antiguos (*ique tendrían que reformar, coño, que ya estamos CASI en el puto siglo veintiuno!*) y después de eso tosió y volvió a quejarse y volvió a toser una vez más, hasta que finalmente comenzaron a subir por la escalera, que ascendía en espiral, con las espaldas pegadas a la pared, la pistola en la mano y la mirada siempre fija en el siguiente rellano.

Nadie... Pensaron que el edificio parecía abandonado.

Hasta que en el tercer piso se encontraron con un hombre menudo, calvo y en bata (y, en cuanto les vio las armas, se dijo Tián «*icon los cojones a metro sesenta del suelo!*»).

—¡Coño!... —su voz quebrada por el miedo y la impresión.

—Sí. Coño —coincidió Tián.

—Yo sólo sacaba las basuras... —comenzó a decirles aquél, vacilante...

Pero antes de que pudiera decir más, Tián le propinó un fuerte puñetazo en los morros. Entonces aquél se tambaleó, sus *cojones* regresaron a su lugar original y cayó de bruces sobre el felpudo de su casa en el que aparecía dibujado un perro con manchas, un árbol pelado y un sol con nubes.

—¡Joder! ¡Tián!... —se quejó Cardona enseguida, en voz baja.

—¡No me jodas! ¡Coño!... ¿Es que no has visto como se miraba las pipas?... ¡Habría avisado a la pasma!

—Pues espero que de aquí al ático no le de a toda la puta comunidad por sacar las putas basuras precisamente ahora.

—Joder... Espero que no... —bromeó Tián.

—Espera aquí —le ordenó Cardona entonces— Voy a ver si el enano éste vive sólo o no, a ver si lo metemos en su casa otra vez o en algún trastero.

Al parecer el «*enano éste*» vivía solo. Así que lo dejaron sobre el sofá, igual que si se hubiese quedado dormido viendo a *buenafuente* y, por si despertaba, como apuntó Tián, cortaron la línea del teléfono y cerraron la puerta e inutilizaron la cerradura clavándole un cuchillo de cocina y partiéndolo por la mitad. Siguieron subiendo.

En el rellano del ático había cuatro puertas.

Ático primera.

Ático segunda.

Ático tercera.

Y ático cuarta.

—La segunda —indicó Cardona con un hilo de voz.

Tián asintió un par de veces, se dirigieron a la contigua a ésta y llamaron con los nudillos.

...iToc-toc-toc!

Y esperaron...

...iToc-toc-toc! (otra vez).

Al poco la puerta se abrió y apareció un muchacho de unos quince años (en bata, también, y descalzo) que con la cara que puso les dijo que no esperaba visitas aquella noche, al menos no la de dos tíos enormes con caras de perro de peleas.

—¿Qué quieren?... —les preguntó.

Entonces Cardona se apresuró a mostrarle su antigua placa.

—Policía —pronunció con determinación— ¿Le importa que entremos?...

—No... —vaciló el muchacho, indeciso... (Tián ya estaba dentro).

En aquel instante el chico se fijó en sus armas y gimió «*joder*» antes de darse cuenta de que lo había dicho en voz alta y de taparse la boca con ambas manos a la vez.

Cardona cerró la puerta y echó el seguro.

—Siéntate —le ordenó al chico quien no vaciló en hacer lo que le decían.

Mientras tanto Tián se había encaramado a un aparador que había arrimado a la pared que daba al apartamento de *turco* y que palpaba con ambas manos en absoluto silencio.

Hasta que finalmente dio con el lugar.

—Cardona... —lo llamó— Este es el sitio —Cardona se le acercó— Por cierto... —aprovechó y le preguntó en voz baja— ¡Joder!... ¿De dónde coño has sacado tú esa placa?...

—No preguntes —le aconsejó el ex policía en tanto que le pasaba un diminuto taladro con una finísima broca de unos veinte centímetros de largo.

Enseguida Tián se puso a taladrar en el lugar escogido, en silencio. El taladro no emitía ningún tipo de ruido y el polvo anaranjado de los ladrillos que había detrás de la pared pintaba la madera del aparador

sobre el que se había encaramado.

—¿Es por los porros?... —preguntó el muchacho entonces, de repente.

—...¿Cómo dices? —inquirió Cardona.

Tián seguía taladrando.

—Es por los porros... ¿Verdad?... —preguntó otra vez— Me van a detener, ¿verdad?...

—No —le dijo Cardona— No, joder, no es por los porros. Y ahora cállate y no molestes.

—*El canela* dice que fumar es sano —insistió el chico, al cabo.

—...¿Quién coño es *el canela*? —inquirió Cardona.

—Un colega...

—Un colega... ¿Eh?... —repitió el ex policía mientras asentía— Pues tu colega —le dijo después—... miente.

En aquel instante llamaron a la puerta.

¡Ding-dong!

Cardona miró al chico, Tián miró al chico y el chico miró a Tián, y Tián le preguntó:

—¿Esperas a alguien?...

—Mi madre —dijo el chico.

Entonces Cardona se dirigió a la puerta, corrió el seguro y abrió.

Al otro lado había una mujer, condenadamente alta, con la melena rubia, hasta la cintura y tacones de aguja de quince centímetros.

¡Coño!...

—Oiga... ¿Quién es usted?... —preguntó ella de inmediato, visiblemente alarmada— Y ¿qué está haciendo en mi casa?...

—Amigo de su hijo, señora —le contestó Cardona al instante— Pase y siéntese, ¿quiere?... —le ordenó a continuación.

Aquella asomó la cabeza al interior de su casa y se quedó mirando a su hijo en bata y descalzo sentado en el sofá enfrente del televisor, enseguida comprendió que ni aquel hombre era amigo de su hijo ni que nada iba como debería ir todo un martes cualquiera por la tarde. Así que pasó y se sentó en el sofá, al lado del muchacho.

Cardona cerró de nuevo la puerta y volvió a echar el seguro. Tián seguía trabajando encaramado al aparador.

—Te he dicho mil veces que no vayas descalzo por casa.

Caso omiso.

—No es amigo mío —le dijo entonces el chico a su madre en un susurro que en absoluto fue un susurro— Son de la policía.

—¿Policía?!... —se alarmó la señora susurrando en voz alta también— Es por los *puerros* esos que te fumas ¿Verdad?!... ?lo recriminó al momento.

En ese instante Tián terminó de taladrar, dejó el taladro sobre el aparador a sus pies y limpió de polvo con la mano la pared y tosió una, dos veces...

—...Ya está —dijo.

Y Cardona se le acercó y le pasó un objeto cilíndrico muy delgado y largo, flexible, que Tián introdujo por el agujero que acababa de hacer en la pared. Del final del diminuto cilindro colgaba una minúscula pantalla y una cruceta como las de los mandos de las videoconsolas que Tián comenzó a manipular enseguida.

—¿Qué ves?... —le preguntó Cardona impaciente.

—Veo a tres... —dijo Tián— *Turco* y dos más.

—Tres —repitió Cardona.

—Al menos tres, sí —confirmó Tián antes de ponerse a toser de nuevo— En un salón igual que éste.

Entonces Cardona estudió el salón de la casa en la que se encontraban.

—¿Dónde, Tián?... Exactamente —preguntó el ex policía.

—...*Turco* —dijo Tián señalando una ventana que había detrás del sofá en el que seguían sentados la mujer y su hijo— *Turco*, junto a esa ventana de ahí. Hay uno que no deja de moverse. Y el otro tío está sentado, en

una silla —vaciló— Ahí —dijo finalmente señalando un *potus* seco al lado del televisor.

—...Está bien —ladró Cardona al tiempo que asentía lentamente con la cabeza— Bien.

Entonces volvieron a llamar a la puerta...

iDing-dong!

Cardona miró al chico, el chico miró a Tián, Tián miró a la señora y la señora miró a Cardona.

—Mi marido.

—Mi padre.

—...Joooder.

Y Cardona, de nuevo, se dirigió a la puerta, corrió el seguro y abrió.

—¿Quién es usted?... —preguntó inmediatamente un hombre bajo y feo desde el otro lado de la puerta— Y qué está haciendo en mi casa...

Cardona (cansado ya de tanta historia) le enseñó su arma y le indicó que entrara, se sentara y se callara.

El hombre bajo y feo (lo que era habitual, pensó Tián desde lo alto del aparador, *iporque todos los tíos bajos y feos tienen unas mujeres que te cagas!*) entró, se sentó entre su esposa y su hijo y dijo:

—Coño...

—Sí. Coño —le dio la razón Cardona.

Y entre susurros capaces de despertar ballenas les preguntó a su cónyuge y descendiente:

—¿De qué va todo esto?...

—...Son de la policía —pronunció el chico.

—¿Por lo de la *marisa* esa que te fumas?... —le preguntó su padre— Es por eso, ¿verdad?...

—¡No, joder, que no es por eso!...

—¡Que no digas palabrotas! ¡Coño!... —lo regañó su padre, y acto seguido le propinó un fuerte bofetón.

—¡Au!...

—Bueno, nosotros ya hemos terminado —les dijo entonces Cardona, por fin, queriendo parecer de repente amable— Así que muchas gracias por todo... Su colaboración,... joder,... ha sido de gran ayuda, en serio. El cuerpo de policía les está profundamente agradecido...

—¿Entonces no me van a detener?... —preguntó el chico, al cabo, visiblemente aliviado.

—No, no... No te vamos a detener, no —le dijo Cardona mientras Tián recogía sus utensilios y se dirigía a la puerta— Pero te voy a dar un consejo... —se le ocurrió después, y lo apuntó con su dedo índice y mirada severa— Deja ya de fumar esa mierda.

—¿Por qué?... —quiso que le aclarara el muchacho.

—Porque la última persona que conocí que «fumaba»... —le dijo el ex policía con un gesto tan serio que Tián no le conocía— está muerta.

Claro que Ángel no había muerto por culpa de *maría*, pero Cardona no había mentido, únicamente había omitido un pequeño detalle (o tantos pequeños detalles como balas le habían metido a Ángel en el cuerpo) de la corta historia con que acababa de resumir la corta vida de su amigo, y tal vez de esa manera, se dijo Cardona con la esperanza de ser el bueno de la película al menos por una vez, en lugar de sólo matar... salve, de paso, alguna vida.

El muchacho ya no dijo nada, y entonces Cardona se dio la vuelta y se dirigió a la puerta donde le esperaba Tián, pistola en ristre, impaciente.

—...Y ahora háganse un favor —les pidió el ex policía antes de salir, los tres seguían sentados en el sofá uno al lado del otro en el más absoluto silencio— Vean la tele, en familia —sonrió— Y suban el volumen.

—¿Patada en la puerta?... —le preguntó Tián a Cardona.

—...Patada en la puerta —asintió Cardona.

¡Pues patada a la puta puerta!

¡Joder!

...Uno, dos, tres. Y...

...Y la patada que le propinó a la puerta sacó a ésta de sus goznes, y antes de que tocara el suelo la pistola de Tián voló literalmente la cara del tío aquél que no hacía más que moverse y que rebotó contra la pared a sus espaldas antes de caer al suelo.

De repente en el piso de al lado subieron al máximo el volumen del televisor.

Y el que Tián había visto sentado en la silla los maldijo en un idioma que ninguno de los dos entendió, pero antes de que echara mano del arma que tenía sobre la mesa Cardona le metió cuatro balas en el pecho que lo tumbaron en el suelo con la silla aún entre las piernas.

Silencio.

Un segundo, dos, tres...
—*¿Dónde coño está turco?!...*

...Oyeron la cisterna del váter.

¡En el baño, joder, en el baño!...
¡En el baño!...
¡En el baño!...
¡En el baño!...

Pero de ahí no salió nadie.

Nadie...

Entonces Tián se acercó al baño, con su pistola a la altura de las rodillas mientras Cardona lo cubría desde atrás.

Silencio.

Una sombra, y Tián que se pega a la pared, la pistola ahora algo más arriba.

Un reflejo.

Un segundo que parece un minuto.

Y de repente *turco* que sale de las sombras con un cuchillo entre las manos, directo al vientre del hombre de la pistola para cazar dinosaurios.

Y Tián que lo esquivo.

Y Cardona que apunta.

Y *turco* que retrocede, que maldice, que amaga, que escupe...:

—¡JOSDEPUTA!...

Pero antes de que Cardona lo congele Tián le golpea fuertemente en la cabeza con la culata de su pistola y *turco* suelta el cuchillo y cae de bruces al suelo.

—¡Acaba y vámonos! ¡Ya joder!... —le ordenó Cardona a Tián echando una rápida ojeada al rellano de la escalera comprobando que tanto alboroto no hubiera trascendido (aún).

En aquel instante *turco* se reincorporó, maldijo, apoyó la espalda contra la pared y desde el suelo se quedó observando a su verdugo. *Turco* tenía una enorme cicatriz que le recorría la cara desde su ceja izquierda, pasando por su ojo izquierdo y recortándole los labios por el centro hasta el mentón; ahora además tenía una fea brecha sanguinolenta en la cabeza. Se quedó observando a Tián y pensó que ya había visto antes a aquel hombre, y frunció el ceño. No sabía cuándo, ni dónde, pero había visto su cara ya en algún lugar...

—¡Acaba ya de una puta vez, Tián! —ordenó Cardona una vez más.

Pero de repente Tián deja de apuntar a *turco* y dirige su arma hacia el ex policía.

Cardona lo entendió enseguida.

—Lárgate ya de aquí —le dijo Tián a *turco*— ¡Vamos!...

Turco, quien también se dio perfecta cuenta de lo que estaba ocurriendo, se puso en pie y observó primero a uno y luego al otro, con detenimiento (porque los perros se hablan con la mirada), y después rió. A continuación, sin prisas, se dirigió a la puerta y desapareció...

—¡Mierda!... ¿A que coño juegas, Tián?... —le preguntó Cardona después de unos segundos.

—Al mejor postor —le respondió Tián al momento.

Cardona sonrió.

—Pero qué hijo de puta... —ladró.

Y en el tiempo que dijo «puta» levantó su arma y los dos dispararon a la vez. Cardona recibió un balazo que le atravesó el hombro y que continuó

hasta el rellano, reventó el aplique y dejó la escalera a oscuras. Tián lo recibió en el centro del pecho y cayó hacia atrás, quedando su arma en el suelo y él apoyado aún de pie contra la pared.

—¡Aghhh!...

Entonces Tián fue dejándose caer hasta que finalmente quedó sentado en el suelo.

Mierda...

Mierda...

Mierda... ¡Joder!...

Cardona se quedó un instante agazapado, el hombro le ardía y la sangre le bajaba por el brazo hasta su mano de donde caía ensuciando la moqueta del salón de *turco*.

...Pero al cabo se puso en pie, y se le acercó.

Tián tosía y cada vez que lo hacía escupía un reguero sangre.

Entonces Cardona se acuclilló enfrente suyo y suspiró lánguidamente.

Se miraron un instante que duró una eternidad.

—Joder, Tián... —pronunció el ex policía.

—Lo... siento —gruñó Tián, su voz entrecortada fruto de querer hablar y respirar al mismo tiempo.

—No tienes nada que sentir —le dijo Cardona— Uno trabaja para quien le da la gana, joder.

Tián aún hizo un esfuerzo para sonreír, y casi rió.

—Aún así, lo siento... —le dijo antes de ponerse a toser violentamente.

—Aún puedes hacer algo bien, Tián —dijo el ex policía.

—¿Ah sí?... —rió otra vez mientras la sangre asomaba a la comisura de sus labios— Dime el qué...

—Dime quién es el contacto de Manresa en la policía.

Pareció sopesar sus palabras un instante.

Qué cojones...

—No sé su nombre —admitió al fin— Es un hombre alto, moreno. Con acento venezolano, es todo lo que sé... —y rió de nuevo, perdiendo la compostura, la esperanza y el aliento— Joder... ¿Crees que esto me redimirá para poder ir al cielo?... —le preguntó después.

Entonces los dos rieron a la vez, como los viejos amigos.

—No... —le dijo Cardona— Irás al infierno, por *hijoputa*.

—Entonces... ¿Nos vemos ahí?...

—Sí... —admitió el ex policía— Tarde o temprano, sí.

Aquello fue lo último que dijo, Tián no volvió a toserle más a la vida y Cardona se puso en pie como pudo.

—¡Pero cuánta mierda!... —se quejó para sí por enésima vez en su vida.

Y sacó su móvil del bolsillo de su chaqueta y marcó pringando de rojo cada tecla.

—¿Víctor?...

—*Diego*...

—Tenías razón —le dijo, y aguardó un segundo, el hombro le dolía horrores y pensó que se estaba mareando— Había dos topos —Mayo no dijo nada pues sabía de sobras lo que eso quería decir— El otro... —continuó Cardona apretando los dientes para tragarse el dolor—, el cabrón que tenéis en el cuerpo. Es un tío alto, venezolano... Es todo lo que sé.

En aquel preciso instante *turco* volvió a aparecer en la puerta de su casa, Cardona no se lo esperaba y ni siquiera recordaba dónde había dejado el arma. *Turco* lo apuntaba con una recortada y dos hombres venían con él.

—¿*Diego*?... —oyó la voz de Mayo al teléfono— *Diego, coño, qué pasa...*

Entonces *turco* negó con la cabeza y Cardona soltó el móvil que cayó sobre la moqueta manchada de rojo sin emitir ruido alguno.

Capítulo 44

Los miserables (epílogo)

Resulta curioso la de cosas que se te pueden llegar a pasar por la cabeza cuando te han puesto una venda en los ojos y tienes el cañón de una pistola pegado a la sien.

...

Adviertes hasta el más mínimo detalle...

...El acero de la pistola está frío, como cuando eras niño y el médico aquél te auscultaba con el estetoscopio aquél (o cómo diablos se diga); o como cuando todavía estás en la cama, porque es domingo, joder, y llaman a la puerta y te levantas a abrir y vas descalzo, claro, y en tu piso de cuarenta metros sin ascensor con vistas al patio de luces tampoco tienes parqué sino esa mierda de baldosas que cuando lo alquilaste "te vendieron" que eran del siglo pasado y que están condenadamente frías (ijoder, heladas!); o como los besos de Marisa, fríos, cómo el acero...

Adviertes hasta el más mínimo detalle...

¿Cuántos son?... No les he oído abrir la boca.

...Entonces te concentras, y escuchas cómo la bala que va a desparramar tus sesos (los mismos que un día creíste que te harían rico y famoso y que seguramente mañana acabará lamiendo cualquier puto chucho callejero) de repente deja el cargador y se reubica en el cañón de la pistola.

¡Clic-Clac!

...Una puta semiautomática.

Adviertes hasta el más mínimo detalle...

...Cuando te encuentras de rodillas sobre un charco de agua, porque hoy a llovido todo el día, porque la tierra está mojada y porque puedo olerlo, ese olor a sucia humedad. *¡Mierda!...* Entonces ya no sabes si es agua lo que empapa tus pantalones o si es que te has meado encima, porque nunca antes habías estado tan cerca del final, aunque sabías (y joder si lo sabías) que no podía tardar mucho más en llegar.

¿Dónde me han traído?... ¿Un callejón? ¿Un polígono? ¿Un vertedero?...

Entonces daría mi vida por un cigarrillo. Qué ironía. Qué vida. La que me queda. Segundos... En contra de lo que decía mi madre, al parecer, el tabaco no me matará. Y te planteas si te dará tiempo a terminar tu último pensamiento antes de que te metan una bala con la punta hueca en tu hueca cabeza. Entonces te preguntas si es que está (él) esperando a algo o si es que la espera se te hace (a ti, claro) condenadamente larga. Y de esta forma inicias una especie monólogo interno (y condenadamente íntimo), una especie de «vamos a dejar las cosas claras» contigo mismo, y te das cuenta de que hacía mucho que no eras sincero contigo mismo (si es que alguna vez lo fuiste).

Adviertes hasta el más mínimo detalle...

Un gato que maúlla. Los faros de un coche. No estoy en un vertedero. Pasos...

Y de repente... ¡PUM! ¡PUM!

...

Pero lo que realmente hace que te rebanes los sesos durante las próximas décimas de segundo es... por qué no son los tuyos los que manchan tus pantalones... ¿Por qué... Coño... Sigo... Respirando?...

Y a continuación sólo silencio.

.
. .

Cardona escuchó unos pasos sobre el pavimento mojado, y notó una navaja cortando las bridas que le mantenían las manos atadas a la espalda.

¿Quién?...

Y de repente se sintió libre, aunque continuaba ciego.

Cuando por fin se retiró la venda de los ojos lo primero que vio fue el cadáver del que iba a ser su verdugo con la cara aplastada contra el barro, y enseguida se dio cuenta de que aquel no era *turco*.

Entonces desvió la vista y lo vio; con un cigarro todavía apagado en la boca, la palabra «joder» en los labios y la pistola en la mano, implacable:

Mayo.

No había nadie en el polígono aquel día, No había nada. La gente había desaparecido: jefes, subjefes y pelagatos. Todos se habían ido.

Y todas aquellas consolas que habían aparecido de un día para el otro habían desaparecieron de igual forma, de la noche a la mañana.

No quedaba nadie. No quedaba nada.

Aquella enorme nave para operaciones encubiertas de la policía volvía a ser una enorme nave abandonada que había servido de almacén de pescado, y nunca (por supuesto) de central de operaciones de la policía para el rastreo (y programada eliminación) de criminales internacionales que ponían en jaque a la policía de medio mundo y que les daban trabajo a policías como Mayo cuando se refugiaban en España.

Pero ahí ya no había nadie.

Excepto un poli bueno y un ex policía malo recordándose el uno al otro que se habían hecho demasiado viejos ya como para seguir creyendo que podían hacer de este mundo un mundo mejor.

—¿Cómo lo supiste? —le preguntó Cardona mientras se llevaba un cigarrillo a la boca y lo encendía.

Mayo amagó una sonrisa y le dio una penúltima calada a la colilla del suyo.

—Gracias a Dios sólo tenemos un poli venezolano en el cuerpo, de lo contrario hubiera sido complicado.

Rieron a la vez.

—¿Qué pasará ahora?...

El comisario aspiró una larga calada y le devolvió humo al mundo.

—Manresa a vuelto a Italia, ha sido visto en Positano,... o algo así —le explicó— Vuelve a ser Testarrosa y vuelve a ser problema de los *carabinieri*, ya no es asunto nuestro. Pero después de haber perdido a *el siciliano* y a *nieto* nada le será tan fácil como antes. En cuanto asome la cabeza lo atraparán, eso seguro. Pero eso... —dijo, y tiró la colilla al suelo y la machacó con la punta del zapato— Eso ya no nos incumbe —pronunció con un deje de inconformidad— ¿Y tú?... —le preguntó después, mientras sacaba otro cigarrillo de su cajetilla y se lo llevaba

hábilmente a la boca— ¿Qué harás tú ahora?...

—Me iré una temporada —le dijo Cardona, al cabo— El gobierno ha sido generoso conmigo, después de todo...

—¿Crees que lo que has recibido merecía el esfuerzo?... —le preguntó el comisario mientras se encendía el cigarrillo.

Aquello hizo sonreír levemente al ex policía.

—Nunca lo vale —dijo— Pero no hacemos esto por dinero. ¿Verdad?...

Mayo no le contestó.

—A dónde vas a ir... —le preguntó.

Cardona sonrió otra vez, después miró a su amigo y le dijo:

—Puede que a Italia, no lo sé. Joder... —chasqueó la lengua— Siempre quise conocer... —y vaciló— ¿Positano?... —le preguntó— O algo así.